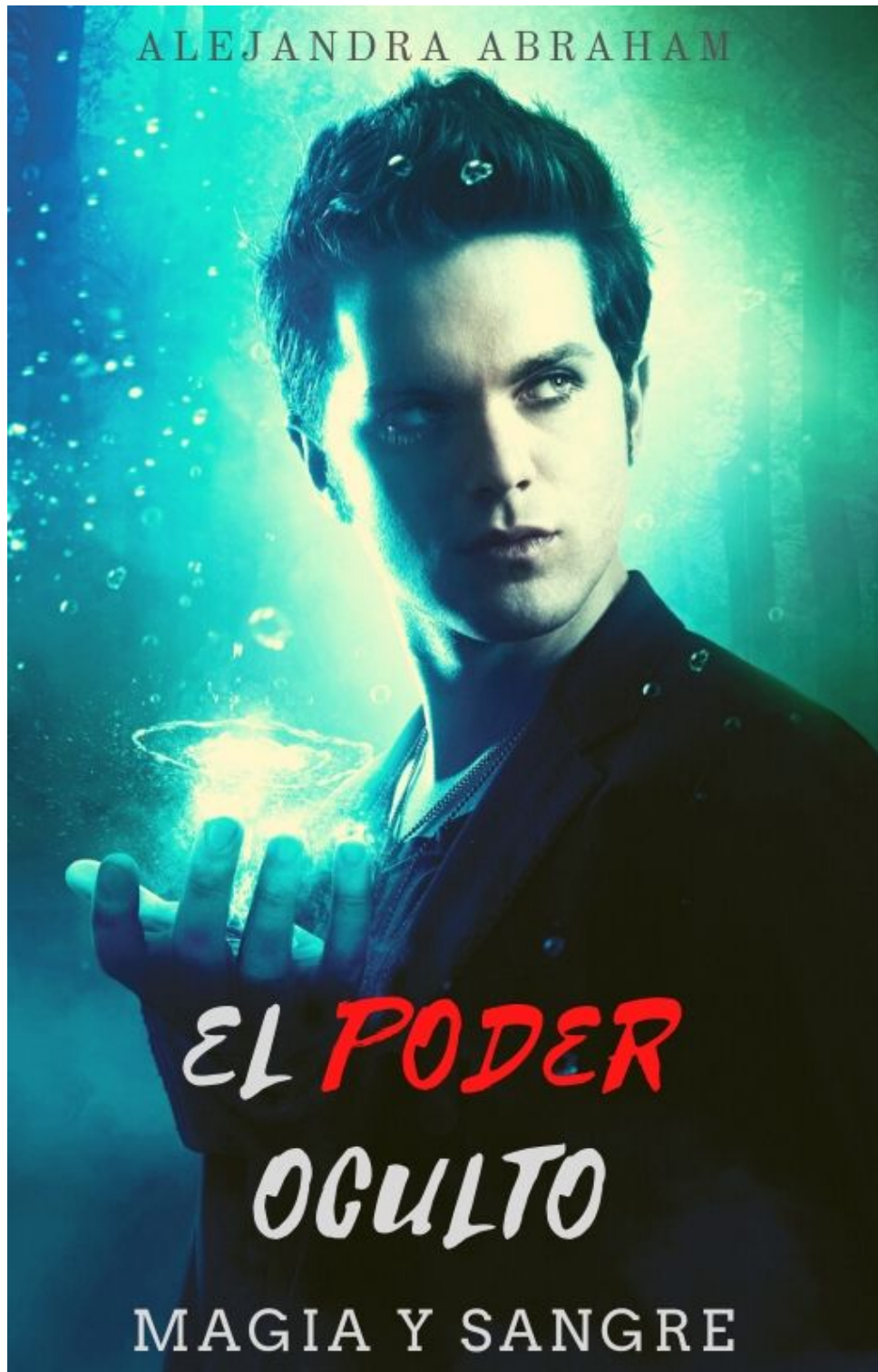


Magia y sangre□□

Alejandra Abraham□



Capítulo 1

Image not found.

Capítulo 1: Presencia oscura

AUDIOLIBRO: <https://youtu.be/Y4JNtwRMOB4>

Aquel martes derribaron mi puerta. Escuché un fuerte estruendo. Luego un silencio extinguió hasta los más mínimos sonidos de la noche y se apoderó de la habitación. No estoy seguro de cuánto tiempo pasó exactamente, podría haber transcurrido una fracción de segundo o quizá minutos enteros.

Recuerdo que permanecí muy quieto. Estaba paralizado en mi silla y al mismo tiempo era consciente de todo lo que sucedía en la habitación. La lámpara oscilaba lentamente sobre mi cabeza como si estuviese siendo movida por una brisa inexistente. El libro que había estado por comenzar a leer permanecía sobre el escritorio de la tienda, aún cerrado, a su lado el vapor del té que no había tenido la oportunidad de probar, se elevaba. Podía percibir eso y mucho más a pesar de tener la vista fija en la silueta de aquel hombre que irrumpió en mitad de la noche en nuestro negocio cerrado.

A pesar de que nunca lo había visto, sabía quién era, incluso antes de que hubiera ingresado en el recinto. No estoy seguro de poder describir solo con palabras las múltiples sensaciones que experimenté. Fue como un presentimiento, pero mucho más intenso. Como si lo hubiese soñado, pero sin haberme quedado dormido. Como el recuerdo de un acontecimiento que no había presenciado.

El aire se había vuelto denso, casi tangible. Podía sentir un gran poder emanando de aquel hombre. No puedo explicar cómo lo percibía, pero lo sentía en mi interior y hacía que se me helara la sangre. La misma sangre que me unía a él.

Avanzó hacia mí durante el tiempo que tarda el corazón en latir siete veces y se detuvo al otro lado del escritorio. Un aura de poder y oscuridad envolvía su cuerpo. No es que estuviesen muy entrenados mis ojos para verlo, pero cualquiera con una pizca de conocimiento en lo oculto lo hubiera percibido.

Podría mentir y decir que me sentí emocionado de conocer a mi padre después de toda una vida sin él o que me sentí invadido por la ira, puesto que cuando nací me había dejado con una mujer que no era mi madre . Aunque lo cierto es que no sentí nada más que un embotamiento extraño que me hacía permanecer atento a todo y a la vez me mantenía como hipnotizado. A decir verdad, no puedo descartar que lo hubiese estado, porque accedí a todo lo que me dijo sin cuestionar nada. Le creí. En ese momento necesitaba creer en algo.

Es extraño que a pesar de haber sido uno de los momentos más importantes de mi vida, no recuerdo con exactitud lo que dijo. Pero puedo asegurar que cuando escuché su voz, sentí que mi respiración se detenía durante un instante. Sus palabras denotaban una fuerza y una seguridad que ninguna otra persona en una situación semejante hubiera logrado conseguir. Puedo asegurar que cuando mi padre hablaba, podía llegar a convencer a cualquiera de saltar hacia un abismo sin tener la oportunidad de pensarlo durante un instante.

En resumidas cuentas, me dijo que era mi padre, lo que extrañamente no me sorprendió. Luego, me pidió o más bien me exigió, que lo acompañase a su auto para nunca más regresar. Ni siquiera se me ocurrió cuestionar su oferta. Me dijo que mi madre, no Susana, sino mi verdadera madre, había descubierto la verdad. Sabía que no me habían sacrificado después de haber nacido como él le había prometido y que estaba cerca de saber dónde encontrarme. En definitiva, si no me iba en ese momento con él, no viviría demasiado.

Me indicó que no debía empacar más que lo justo y necesario, ya que teníamos poco tiempo. Creo que es más doloroso el recuerdo de haber abandonado el hogar que me vio crecer que el haberlo hecho realmente. Como dije, me sentía embotado, y así comencé a moverme como un autómatas.

Atravesamos el umbral de la puerta que daba al patio de mi casa, lo cruzamos iluminados solo por los tenues rayos de la luna y entramos en mi habitación. Encendí la luz y tomé una mochila en la que comencé a guardar algo de ropa. No me fijé demasiado en qué prendas elegía, pero estoy seguro de que eran del color de la noche al igual que casi todo mi guardarropa. Tomé el poco dinero que tenía ahorrado y lo guardé en el bolsillo trasero de mi pantalón.

Estábamos a punto de abandonar la habitación cuando recordé que estaba olvidando el único objeto material que era valioso para mí. Ante los ojos asombrados de mi padre, levanté una tabla de madera floja del piso y tomé mi grimorio, compuesto por un montón de hojas sueltas escritas por mi abuelo, por sus antecesores e incluso por mí. Era una recopilación de hechizos y consejos útiles. Lo guardé con delicadeza y cerré mi mochila. Ahora sí, estaba listo para irme, aunque era apenas consciente de lo que aquello implicaría.

Nuestros pasos nos guiaron a la calle. Cuando cerré con llave por última vez, la realidad cayó sobre mí con un peso que casi hizo que se me doblaran las rodillas. Con vergüenza por no haber reparado en ella antes, pregunté:

—¿Qué pasará con mi madre? Con Susana, quiero decir.

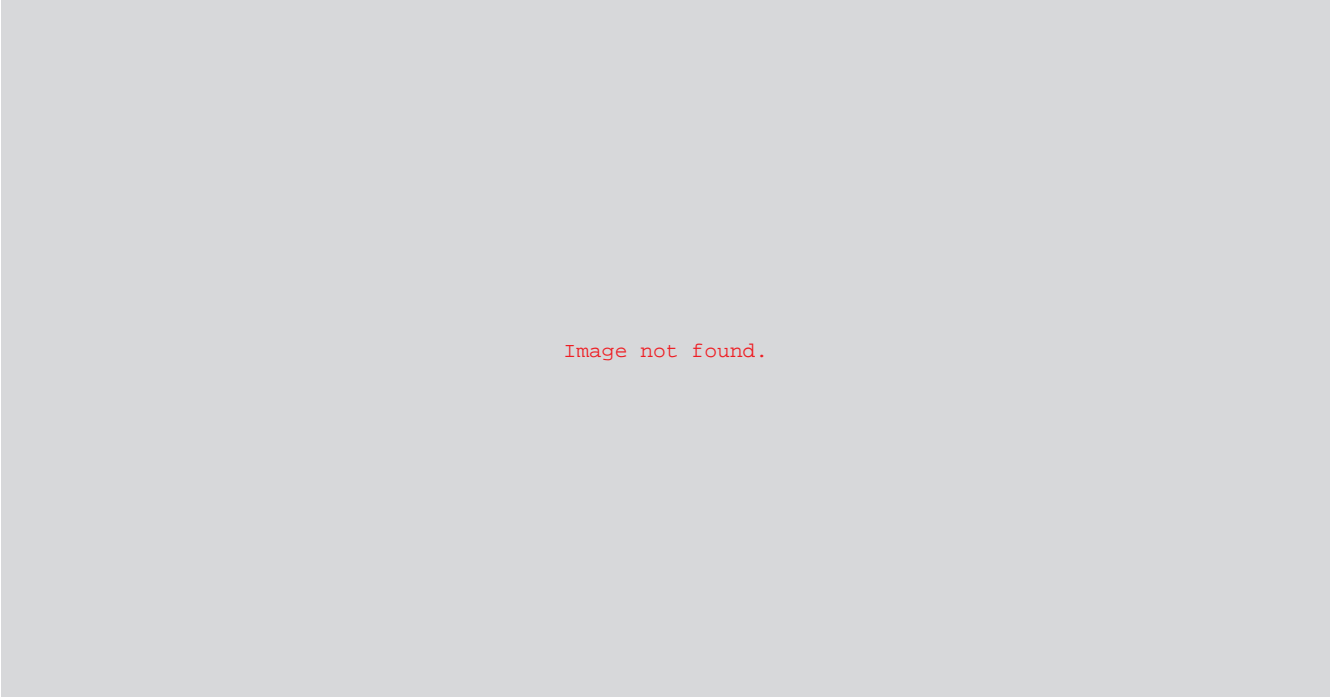


Image not found.

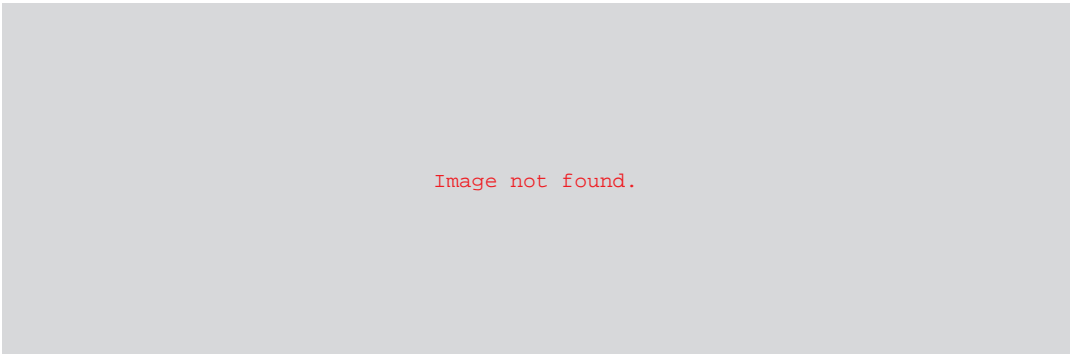


Image not found.

Muchas gracias por comenzar a leer esta historia. Espero que disfrutes leyéndola tanto como yo disfruté al escribirla.

Te mando un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 2

Image not found.

Capítulo 2: Presagios de muerte

AUDIOLIBRO: <https://youtu.be/mBwaktPqFaY>

Ningún lazo de sangre me unía a Susana, pero era ella quien me había cuidado durante más de quince años y sé que hubiese dado su vida por mí. Había renunciado al amor de mi padre e incluso se había apartado del poder y de la magia solo para protegerme. Yo le había pagado con un conjuro que eliminó sus recuerdos e hizo que terminase en el hospital con la mente fragmentada. Al menos eso creía en ese momento.

Resumiendo los hechos de ese modo, parezco un monstruo, pero creo conveniente aclarar que tuve buenas razones para hacerle algo así a la persona que más me quería. Si hubiese tenido tiempo o hubiese previsto lo que ocurriría, quizá podría haber encontrado otro modo de evitar que ella me separase de Tamara.

Yo era consciente de que había aprendido muchísimo sobre lo oculto, la magia, y sobre aquel poder que ardía en mi interior. Sin embargo, debo reconocer que la mayoría de mis logros y descubrimientos los conseguí gracias a Tamara. Nos complementábamos con una perfección absoluta. Su belleza y su poder me habían seducido desde el momento en que la conocí. Me sentía más fuerte a su lado y a la vez sabía que era mi único punto débil. Eso había quedado claro.

Susana había descubierto que poseíamos el conocimiento mágico, y por miedo a que pudiesen rastrearnos a través de los vestigios que dejábamos en el mundo espiritual, intentó separarme de mi compañera y apartarnos a ambos de la magia. La detuvimos, pero las consecuencias para ella fueron graves. Ya nunca volvería a ser la misma.

Mi padre habló mientras abría la puerta de un lujoso auto negro:

—No te preocupes por Susana. Tramité su traslado a una clínica mental en donde estará muy cómoda. En pocos días te habrá olvidado. Lo siento, pero lo mejor será que no vuelvas a tener contacto con ella durante algún tiempo.

Demoré en bordear el vehículo antes de subir. Necesitaba esos segundos para asimilar todo lo que estaba ocurriendo. En ese momento solo fui consciente a medias de que no volvería a ver a mi madre.

Una vez dentro del auto mi mente volvió a sentirse embotada. Era muy factible que él estuviese utilizando cierto tipo de poder para controlar mis emociones. Aunque quizá fuese yo mismo el que se estaba congelando por dentro. De cualquier forma, agradecía ese estado de confusión pues evitaba que una profunda melancolía se apoderase de mi ser.

—Supe en cuanto me dijeron lo que sucedió con Susana que alguien muy poderoso había manipulado sus recuerdos. Es obvio que de esa forma querían evitar que pudiese protegerte.

Pude ver como su mandíbula se tensaba. Estaba claro que aún la quería.

—Si yo hubiera estado aquí, no hubiese permitido que le hicieran daño. Quizá no lo sepas, pero no podía arriesgarme a que te rastrearán por mi culpa —dijo, y negó con la cabeza. Parecía estar tratando de convencerse a sí mismo de haber actuado correctamente a lo largo de tantos años.

Experimenté una sensación ambigua entre alivio y culpa. Él pensaba que aquellos que me creían muerto venían por mí y habían atacado a Susana. Quizás aún no sabían de mi existencia, pues yo había lanzado el hechizo. Consideré por un instante confesar, pero descarté la idea enseguida. Me llevaría mi oscuro secreto a la tumba. Solo esperaba que Tamara tampoco rompiera su silencio.

Maldije para mis adentros. Quizás aún no sabían de mi existencia, pero estaba claro que sabían de Tamara. La pequeña Crisy, mi hermana, la única heredera del aquelarre oscuro controlado por mi madre biológica, había entrado en los sueños de mi compañera.

Tenía que hablarle sobre Tamara. Estaba en peligro, y en ese momento, la única persona que yo creía capaz de ayudarla era aquel hombre que decía ser mi padre. Fui consciente por una fracción de segundo de que si era un impostor, estábamos completamente perdidos, podía sentir su inmenso poder.

—Tengo una amiga —dijo, aunque llamarla así era simplificar demasiado

la situación, pero aún no le habíamos puesto título a nuestra relación.

Hice una pausa tratando de encontrar las palabras para explicarle que no podía desaparecer sin más. Ella podía estar en peligro, pero sobre todo temía no volver a verla. Fue como si mi padre pudiese leer mi mente, pero su reacción me hizo sospechar que había estado más presente en mi vida de lo que yo creía.

—Lo sé, lo sé, te refieres a la pequeña hechicera. No te preocupes. Nos encontraremos con ella y con su familia en nuestro hotel de Bariloche. En este momento sus padres deberían estar firmando un contrato con uno de mis socios. Organicé todo hace algún tiempo, en caso de que algo semejante sucediese.

—¿Un hotel? —atiné a preguntar, a pesar de que absolutamente todo lo que estaba sucediendo me desconcertaba.

No sabía casi nada sobre aquel hombre que me había abandonado argumentando que era para salvar mi vida. No dudaba que mi padre, junto con Susana y la abuela de Tamara, habían ideado un plan para que yo no fuese sacrificado poco después de haber nacido. Esto se le había revelado en sueños a Tamara y yo confiaba en su percepción.

—Creo que te debo unas cuantas explicaciones. Mi verdadero nombre es Andrés Rochi. Soy propietario de algunos hoteles en Argentina, pero principalmente tengo negocios en Europa. Si no estuve presente, no fue porque no quisiese, la única forma de salvar tu vida era no tener ninguna vinculación directa con vos ni con Susana. Junto con algunos aliados fingimos tu asesinato. Así lo exigían los rituales de la familia de Amaia, tu verdadera madre, quien era la líder del grupo al que pertenecíamos en ese momento. El objetivo no era solo para incrementar el poder de tu madre, sino que después de semejante crimen, una traición a su grupo significaría que la justicia caería sobre nosotros. Sus costumbres son bárbaras. Por suerte, te pude poner a salvo —dijo, hablando despacio y dándome tiempo para procesar cada palabra.

—¿Tengo una hermana llamada Crisy, verdad? —pregunté.

—Así es. ¿Cómo supiste?

Creí distinguir un destello de orgullo en sus ojos verdes.

—Mi compañera, Tamara, visualizó el pasado a través de un conjuro y se comunicó con Crisy por medio de sus sueños.

—Veo que la pequeña hechicera está ganando mucho poder y no me sorprende que, pese a su corta edad, Cristina, es decir Crisy, ya sea muy poderosa. Con un poco de suerte su alma no estará tan corrompida como

la de Amaia. Ah, me olvidaba, tus nuevos documentos están en la guantera —dijo y abrió el pequeño compartimiento del que yo tomé un sobre color hueso con papeles dentro.

Mi padre no mentía cuando dijo que había planeado todo con antelación. Observé mi nuevo DNI, seguiría llamándome Esteban, pero mi nuevo apellido era Rochi y mi fecha de nacimiento era otra. Me llamó la atención que ahora tenía diecisiete años. También me habían falsificado una licencia de conducir y el título del secundario. De más está decir que no había sostenido un volante en toda mi vida y que se suponía que había cursado mis estudios en un prestigioso colegio del sur de España.

—Será más sencillo así. Va a ser mejor que emplees tu tiempo en estudiar cosas que realmente puedan serte útiles. Cuando estés listo, tramitaré tu inscripción para que estudies una carrera en alguna universidad a distancia. Por lo pronto, estaremos algún tiempo viviendo en uno de mis hoteles, el que está en la isla del lago Nahuel Huapi. Si nos rodeamos de agua será más difícil que alguien pueda rastrearnos.

No dije nada. Nunca había sido demasiado conversador y me sentía abrumado por todo lo que estaba sucediendo. Parecía un sueño. No estaba seguro de cómo debía sentirme al respecto. La posibilidad de que mi padre apareciera de la nada y que resultara ser un millonario excéntrico nunca había pasado por mi mente. Por otro lado, me asustaba que un grupo lo suficientemente peligroso como para aterrorizar personas tan poderosas como él quisiera verme muerto. Intenté bloquear cualquier pensamiento relacionado con Susana. Me dolía lo que le había hecho, pero lo que más me preocupaba era que él lo descubriese.

No hablamos demasiado durante el resto del viaje hacia el aeropuerto donde se suponía que abordaríamos el avión que nos llevaría a Río Negro. Durante el trayecto utilicé toda mi concentración para bloquear aquellos recuerdos que quería evitar que fuesen revelados. Lo había hecho antes, pero nunca me había sentido tan presionado por lograrlo como en ese momento. Construir barreras negras alrededor de pensamientos evitando vislumbrarlos no era tarea sencilla. Requería que me concentrase en momentos previos y posteriores y que agregase detalles que no habían sucedido, pero debían parecer reales.

Al llegar, mi padre estacionó y bajamos del auto. Cuando cerré la puerta escuché cientos de gritos que hicieron que la sangre se me helase. Conocía muy bien ese sonido. Eran los lamentos provenientes de banshees, aquellos despreciables seres que presagian la muerte. No era la primera vez que las escuchaba, había intentado alejarlas e incluso controlarlas. Yo no era el único con las ansias de controlar la vida y la muerte. Sabía que con los conocimientos que tenía en ese momento lo más sensato era intentar perderlas nuevamente, pues era una batalla que no podía ganar. Alguien o algo más fuerte que yo las movía al son de su

poder.

—Cambiemos de planes, Esteban, iremos en auto. Será más seguro puesto que lo consagré con el poder de la sangre.

Volvimos a entrar al vehículo y partimos a gran velocidad, pero procurando no captar la atención de los radares.

Mi padre sacó un celular de su bolsillo y marcó un número.

—No nos esperes hoy. Llegaremos mañana —dijo y cerró la tapita del teléfono con agilidad y arrojó el aparato por la ventana. Pude ver por el espejo retrovisor como rodaba y se destruía contra el pavimento.

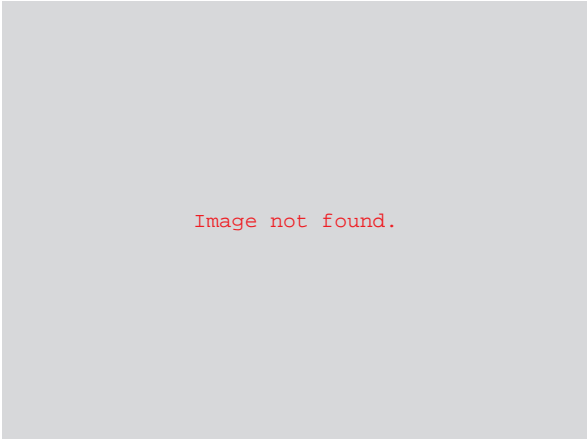


Image not found.



Image not found.

¿Creen que Teby debería confiar en el hombre?

iMuchas gracias por tu apoyo!

Te mando un abrazo muy grande.

iNos leemos pronto!

Capítulo 3

Image not found.

Capítulo 3: Entre llamas

AUDIOLIBRO: <https://youtu.be/GgaW65hTC9k>

El constante sonido del motor del auto y el monótono paisaje de la llanura me envolvieron con su calma. Me adormecí. Me encontraba en un extraño limbo transitando entre el sueño y la vigilia. Quizá fuese el calor de mediados de febrero o que las luces ocres del amanecer teñían el cielo con su encanto, pero comencé a sentir que llamas tibias envolvían mi cuerpo. El fuego no me dañaba, era más bien como estar flotando en un mar cálido y sereno, pero había algo inquietante en esa calma.

La voz de mi padre me devolvió a la realidad.

—Vamos a cargar combustible en la próxima estación de servicio. ¿Quieres bajar a desayunar?

—Está bien —asentí, mientras me refregaba los ojos.

Pedimos dos expresos y unas medialunas y nos sentamos en una mesa junto a la ventana. Si bien me había sentado dándole la espalda al pequeño televisor del local, escuchaba perfectamente la voz de la locutora de un canal de noticias.

—Suman 162 los muertos confirmados en la tragedia del vuelo de pasajeros 875 con destino a Bariloche. La policía intenta recuperar la caja negra del avión para determinar cuáles fueron las causas del forzado aterrizaje.

Del otro lado de la mesa, mi padre no pareció perturbado por la información. Habíamos escuchado a las banshees en el aeropuerto y por eso él había cambiado de planes. Estaba claro que sabía lo que iba a pasar. ¿Podríamos haber evitado de alguna forma la muerte de tantas

personas inocentes? Estoy seguro de que habíamos cambiado nuestro destino gracias a aquellos presagios. ¿No podríamos haber salvado a alguien más? Me preguntaba si habrían enviado a esos seres para asesinarlos o acaso las banshees habían venido a advertirnos.

—No podíamos hacer nada por ellos —dijo mi padre en voz muy baja respondiendo a una pregunta que yo no había formulado— terminemos el café, es mejor que lleguemos lo antes posible.

Decidí que era conveniente no discutir con él, sin embargo creía que si las posibilidades del futuro se nos revelaban, era porque teníamos la oportunidad de cambiarlo. Podríamos haber llamado al aeropuerto desde un teléfono público y haber advertido sobre una amenaza de bomba. Quizá de esa forma ninguna vida se hubiese extinguido.

Debo reconocer que, por otra parte, me sentía aliviado de no haber abordado ese vuelo. Puedo parecer egoísta, pero aquella tragedia me hizo apreciar un poco más mi propia vida.

El sol se alzaba en el cielo cuando volvimos a la ruta. Lamentaba no haber llevado conmigo algún libro para leer, pues el paisaje del desierto era monótono y aburrido. Mi padre, por su parte, no había resultado una persona muy conversadora. Yo intentaba no pensar en las 162 personas que según creía en ese momento, habían muerto en mi lugar.

—¿Es posible aprender a controlar a las banshees? —pregunté sin rodeos.

—Las banshees son seres oscuros, aún más poderosos que los espíritus elementales. Considero que toda criatura, ya sea viva o espiritual, puede ser sometida de alguna forma. Sin embargo, dudo de que haya alguien con el poder como para controlarlas completamente. Aun si existiera, correría el riesgo de que aquellas traicioneras criaturas se volvieran contra él o incluso que terminase siendo una más de ellas.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Había leído en mi grimorio y escuchado de mi mentor que si un hechicero muere en manos de una banshee, se convierte en una de ellas y queda esclavizado por el ángel negro durante toda la eternidad. Dominarlas significaría burlar a la mismísima muerte.

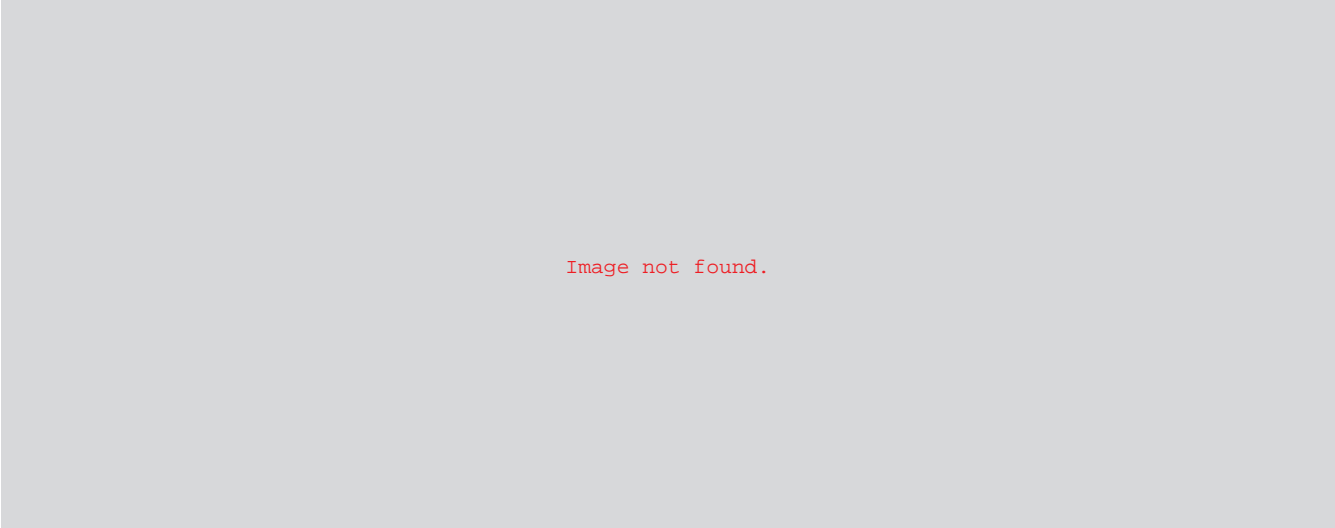


Image not found.



Image not found.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

Te mando un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 4

Image not found.

Capítulo 4: El lago

AUDIOLIBRO: <https://youtu.be/6zs24nNgRLo>

Más allá del paisaje del desierto se alzaban imponentes las montañas. A medida que íbamos acercándonos se iban haciendo más nítidas y nos regalaban detalles. Yo no conocía la nieve y me resultó sorprendente que a pesar de que fuese verano las cumbres y parte de las laderas de los montes estuviesen pincelados de blanco por el hielo. No parecía real sino que era como un cuadro antiguo creado por el mejor de los artistas.

Apreté los labios para no manifestar la emoción que me embargó durante aquel pequeño instante. No quería parecer infantil ante los solemnes ojos verdes de mi padre, necesitaba que él me considerase un digno heredero de su poder mágico. En ese momento, hubiera hecho cualquier cosa para impresionarlo. Supongo que el deseo de poder que me invadía me mantenía en cierto modo esclavizado.

La temperatura descendía poco a poco a medida que la cordillera se iba adueñando del hermoso paisaje. El camino, por su parte, se iba tornando tan sinuoso y lleno altibajos como la vida misma. Era una belleza que me encandilaba con su magia, pero al mismo tiempo me producía cierta melancolía.

Lo cierto era que mi antigua vida había muerto ese día y no estaba seguro de lo que me depararía el destino. No volvería a ver a mi madre. Intenté alejar de mi mente los recuerdos de Susana que podrían resquebrajar el muro emocional que evitaba que me destruyese a mí mismo. No era momento para quebrarme. Necesitaba confiar en él.

Mi padre apartó una mano del volante y palmeó mi hombro por un instante como si pudiera entender por lo que estaba pasando. No puedo decir que me haya hecho sentir mejor, pero comenzó a envolverme una

extraña calma. En parte era consciente de que no había vuelta atrás, pero veía mi vida como un espectador en una obra de teatro como si todo aquello perteneciera a una historia ajena. No tenía absolutamente nada por lo que preocuparme, me convenció una voz lejana en mi cabeza y extrañamente le creí.

Detrás de una curva apareció ante nosotros esplendorosa y distante la ciudad de Bariloche. Bordeaba la ribera occidental del lago Nahuel Huapi que se extendía hacia la infinitud del horizonte y estaba rodeada de bosques y montañas. Las construcciones modernas profanaban la arquitectura casi élfica de cabañas que parecían sacadas de un cuento de hadas.

Estacionamos al llegar, frente al puerto. Un viento gélido que me helaba la sangre me azotó implacable en cuanto abandoné el vehículo. Me arrepentí enseguida de haber dejado toda mi ropa de abrigo dentro de la mochila y crucé los brazos sobre mi pecho.

Mi padre abrió el baúl del auto y sacó una campera de cuero negra que extendió hacia donde yo me encontraba.

—Creí que podría gustarte. Al menos, evitará que te congeles.

—Gracias —me limité a responder mientras me la colocaba.

—Allí está nuestro yate —dijo señalando un pequeño y lujoso barco con letras doradas que rezaban "Salomón III".

—¿Tienes un yate? —pregunté sorprendido.

—Tenemos. Si quieres podrías tomar algunas clases de navegación.

Me pareció percibir cierto dejo de orgullo en su mirada.

Mientras navegábamos un pensamiento oscuro surcó mi mente.

—¿Sigues perteneciendo al aquelarre de mi verdadera madre?

Por un instante sentí que me temblaban las rodillas.

—Tranquilo, hijo. Cuando nació tu hermana, ella ya tenía todo lo que quería de mí. No confiaba completamente en mí, pero tampoco le di motivos para que pudiese culparme de nada. Prefirió alejarme de Cristina simplemente para que no tuviese influencia en su educación... Se aseguró de mi silencio, aunque prefiero no hablar de eso.

El cielo ocre del anochecer cambiaba poco a poco a un intenso azul oscuro y se veía salpicado por las primeras estrellas. En la distancia pude

divisar una isla en la que resaltaba una imponente e iluminada construcción que parecía un palacio romano, perdido en medio del bosque. El hotel de mi padre era tan impresionante que me hizo olvidar casi por completo todo lo que había dejado atrás.



Image not found.




Image not found.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

Te mando un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 5

Image not found.

Capítulo 5: Detrás del muro

AUDIOLIBRO: <https://youtu.be/Esrc8QzFBZw>

El hotel se alzaba majestuoso e imponente en medio del bosque. Era la única construcción visible en toda la isla. Un sinuoso e iluminado sendero de rocas nos condujo desde el muelle hasta la escalinata de la entrada en donde se alzaban dos grandes columnas de mármol blanco.

Los amplios portales que daban a la recepción se encontraban abiertos de par en par. Sentí que el lugar me daba la bienvenida. Sería mi hogar durante mucho tiempo, pero lo que no había considerado en ese momento era que también sería mi prisión. Rodeados de agua absolutamente, nada que escapase a la mirada de mi padre podía entrar ni salir de la isla.

La diferencia de temperatura entre el lujoso hall y el exterior produjo que mi visión se tornara borrosa y que los amplios baldosones negros y blancos se difuminaran bajo mis pies.

—¿Te encuentras bien? —preguntó mi padre frunciendo el entrecejo.

Asentí con la cabeza.

—Sí. El calor hizo que me bajase la presión —dije, restándole importancia a la situación.

No quería parecer una persona débil ante sus ojos y me obligué a seguir sus pasos de manera firme. En retrospectiva, quizás mi cuerpo intentaba advertirme de alguna manera que tuviese cuidado. No supe interpretar las manifestaciones de mi ser.

Nos detuvimos frente a un amplio mostrador de madera lustrada. Del otro lado se encontraba de pie una esbelta mujer con cabello oscuro y tez

aceitunada.

—Bienvenido, señor. ¿Cómo estuvo su viaje? —preguntó con cordialidad.

—Muy bien, Ailén. Te presento a mi hijo, Esteban, quien se quedará a vivir aquí a partir de ahora. Dale la llave de la habitación 308.

—Un placer, Esteban —dijo la joven regalándome una encantadora sonrisa.

La saludé con una inclinación de cabeza.

—Gracias —agregué aceptando las llaves que Ailén acababa de depositar sobre el mostrador.

Seguí a mi padre, quien me condujo por unas lujosas escaleras y pasillos alfombrados hasta la que sería mi habitación. Cuando abrí la puerta me quedé absolutamente maravillado. Esperaba que se tratase de un lugar lujoso, dado que todo el lugar estaba pensado para albergar a turistas con un gran poder adquisitivo, pero mi cuarto era realmente impresionante. No era solo una habitación sino que parecía un amplio monoambiente moderno.

—Mi habitación es la 217. Si necesitás cualquier cosa, no dudes en pedirmela a mí o a Ailén en recepción. ¿Tienes hambre? —preguntó mi padre.

—La verdad, no —respondí.

—Tampoco yo. Creo que iré a descansar un poco. Fue un viaje largo. Si querés ir a comer algo, podés bajar al restaurante del hotel o bien pedir servicio a la habitación. Si querés que te llenen la heladera o necesitás cualquier cosa del continente, pásale una lista a Ailén y ella enviará a alguien. No te preocupes por el dinero. Mañana te presentaré a tu tutor y a tus compañeros. Es importante que forjes una buena relación con ellos, puesto que ustedes serán los líderes del mañana.

Alcé una ceja. ¿A qué se refería? Me interrumpió antes de que pudiera formular mi pregunta:

—Pronto entenderás todo. Estoy demasiado cansado en este momento y es una larga explicación. Ya hablaremos más tarde.

Dichas esas palabras se marchó de la habitación. Me pregunté a qué tipo de lecciones me enfrentaría. Tenía el presentimiento de que iba a adquirir muchísimo poder. Tan solo esperaba estar preparado para lo que

vendría.

Me hubiese gustado poder conversar con Tamara y conocer su punto de vista ante toda esa situación tan extraña. Mi padre había dicho que ella y su familia llegarían al hotel tarde o temprano, pero podían pasar días o quizás semanas hasta que aquello sucediese. Me pregunté si podría comunicarme con ella de alguna forma y hacerle saber que estaba bien. Seguramente, mi repentina desaparición la tenía muy preocupada, porque yo le importaba o al menos eso esperaba en el fondo.

Dejé mi mochila cerrada dentro de un guardarropa y me recosté vestido sobre la cama sin deshacer. Cerré los ojos y me focalicé en visualizar a Tamara. Me concentré en cada detalle de su precioso rostro. Vi sus salvajes bucles dorados, sus grandes y misteriosos ojos negros que me miraban como intentando descifrarme, con cautela y ternura como nunca nadie me había observado, y contemplé aquellos labios rosados con forma de corazón que me hechizaban. Me hacía mucha falta en ese momento. Sentía que estaba renunciado a todo mi pasado y ella era lo único que realmente anhelaba conservar.

Intenté conectar mi alma con la suya, quería hablarle, quería sentirla de nuevo en mis brazos. No sabía si lograría comunicarme con ella de esa forma, pero valía la pena intentarlo. Imploré en silencio a los silfos, los elementales del aire, que unieran mi pensamiento con el de ella. Quería asegurarme de que estaba a salvo y quería que supiera que no la había abandonado y que me encontraba bien.

Su recuerdo me producía cierta melancolía. Junto a Tamara me sentía fuerte y al mismo tiempo vulnerable. Nuestra relación estaba llena de contradicciones. Ella me atraía como un farol atrae a las luciérnagas y al mismo tiempo estaba seguro de que si me envolvía con su llama, acabaría por destruirme. Con ese pensamiento en mi mente me sumergí en un profundo sueño.

Me encontraba en una cueva de cristal y rodeado de agua. Una luz tenue y verdosa lo envolvía todo. En el agua a mi alrededor ciertas imágenes se dibujaban para después esfumarse. No podía ver con claridad.

Reparé en que quizás, al estar en una isla, el agua que me rodeaba limitaba mi poder del mismo modo que me protegía de la magia oscura que quería dañarme. Me sentía atrapado en una lujosa prisión.

Algunas imágenes comenzaron a cobrar nitidez a mi izquierda y me concentré en ellas. La silueta de Tamara estaba de pie del otro lado. Los detalles de la imagen no eran claros. Por una fracción de segundo creí que ella había reparado en mi presencia allí, pero comenzó a caminar y tomó

lo que parecía ser un libro. Supuse que sería su grimorio.

—Tamara —intenté decir, pero mi voz salió distorsionada como si estuviese debajo del agua.

Podía verla aunque no muy claramente, pero ella no me veía a mí. Me sentí poderoso por un momento. Mi magia no era detenida por el agua como la de los demás hechiceros. Sin embargo, ella ignoraba mi presencia allí y de ese modo no podría hacerle saber que me encontraba bien, que estaba a salvo y que pronto volveríamos a estar juntos. Golpeé con frustración el muro que nos separaba y fue como golpear un témpano de hielo. El dolor de mis nudillos se filtró al mundo onírico, pero claro, aquello no era un simple sueño.

Mi corazón dio un golpe dentro de mi pecho y experimenté una sensación horrible. Fue como si me saltara un escalón bajando por una escalera. No la había notado hasta ese momento porque había estado concentrado en Tamara y aquella niña se había mantenido muy quieta, agazapada en un rincón de la borrosa habitación de mi compañera.

—¡Cuidado! —intenté gritar para advertirle, pero volví a fallar.

Tamara no me escuchaba, pero la criatura giró lentamente hacia mí. Un escalofrío me atravesó el cuerpo. Se puso de pie y su cabello negro y lacio se deslizó sobre sus hombros y sus brazos.

—¡Dejala en paz! —grité en silencio.

La pequeña dio un paso y luego otro hacia la dirección en la que yo me encontraba. Se movía con cautela, como si temiera asustarme, aunque ya lo había hecho.

Barajé la posibilidad de que aquello fuese un demonio o quizás un fantasma, pero lo más probable y no menos aterrador era que se tratara de Cristina, mi hermana menor. Si ella descubría mi ubicación, entonces mi madre biológica podría encontrarme.

Contuve la respiración cuando ella caminó al lado de Tamara, quien seguía concentrada en la lectura, pero no se detuvo allí sino que continuó su camino hasta llegar justo al otro lado del cristal. Estaba de pie exactamente frente a mí. Ahora que estaba muy cerca podía ver algunos detalles de su rostro. Sonreía de manera inquietante como si hubiera obtenido lo que quería, encontrarme o quizás haberme separado de Tamara.

Colocó una mano del otro lado de la barrera de agua y hielo que nos separaba. Pude notar cómo sonreía, aunque no podía escuchar ningún sonido proveniente del otro lado. Me pregunté por qué Tamara no la podía

percibir.

Aquel muro que me aislaba y que al mismo tiempo sentía que me protegía, no resultó ser ningún obstáculo para la niña. Su mano comenzó a atravesar el hielo muy despacio hacia donde yo me encontraba. Iba a atraparme.

Imploré en silencio a las ondinias, elementales del agua, que me brindasen su protección, pero ellas siempre acuden al poder y se habían puesto de su lado. Podía sentir su magia. Un aura oscura envolvía su ser.

Quise alejarme de ella, pero estaba congelado. Estaba perdido. Tenía que hacer algo, lo que fuera. Entonces sucedió lo único que me podía salvar, me obligué a abandonar el mundo onírico y abrí los ojos. Comenzaba a amanecer.



Image not found.



Image not found.

Dato curioso: este fue uno de mis capítulos favoritos.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

Te mando un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 6

Image not found.

Capítulo 6: Controlar la muerte para dominar la vida

AUDIOLIBRO: <https://youtu.be/IQzDbHIRZPU>

El amplio salón comedor era ostentoso e impresionante al igual que todo en el hotel. A pesar de que todavía era muy temprano, algunos turistas cuyo murmullo se extendía por el recinto, disfrutaban de un abundante desayuno continental. Estaban ubicados en mesas circulares a una distancia que permitía respetar la privacidad de las conversaciones. Era evidente que cada detalle de aquel sitio estaba cuidadosamente diseñado por arquitectos y decoradores con un refinado gusto.

Lancé una mirada furtiva a un grupo de tres adolescentes que me observaban sentados en una mesa próxima a la entrada. Apartaron sus ojos al darse cuenta de que los había descubierto. Finalmente, distinguí a mi padre. Él estaba solo en una mesa junto a un ventanal gigante. Su mirada se perdía en el lago que se ocultaba con timidez detrás de las ramas de los frondosos pinos.

Me dirigí hacia donde se encontraba y lo saludé al tiempo que me sentaba frente a él:

- Buenos días.
- Buenos días, Esteban. ¿Cómo dormiste?
- Bien —mentí y esquivé sus ojos verdes.

Me serví humeante café negro en una taza de porcelana blanca. Una canasta de mimbre con medialunas y otra con tostadas yacían junto a la bandeja de frutas. El dulce de leche casero y algunas mermeladas de

frutas en pintorescos frascos artesanales daban un toque de distinción.

—¿Seguro que dormiste bien? —me interrogó.

Estaba bebiendo un poco de café amargo por lo que me limité a encogerme de hombros. El poder de su mirada era tan fuerte que podía leer secretos que deberían permanecer ocultos. No quería contarle lo que había soñado, pero intuía que ya lo sabía. Si él realmente era consciente de que mi hermana podía rastrearne, quizás me llevaría a otro sitio y lo cierto era que yo anhelaba reencontrarme con Tamara. Si bien no tenía ninguna lógica arriesgarme a que mi verdadera madre me encontrase, algunas veces las emociones no permiten ver con claridad.

—¿Sabías que si mueres en el plano onírico, tu espíritu puede quedar atrapado allí para siempre?

Asentí lentamente. Hasta ese momento no había tenido la certeza, pero sí una sospecha profunda de que así era. Sus palabras confirmaron mis pensamientos, así como mis temores.

—¿Es posible interactuar con espíritus que hayan quedado atrapados allí o con personas vivas que controlen los sueños?

—Creo que ya sabés la respuesta —dijo y luego cambió de tema abruptamente—. Tu mentor debe estar por llegar a la isla. Es importante que aprendas todo lo que puedas de él y que con el tiempo incluso lo superes. La sangre que corre por tus venas porta las voces de tus ancestros. Tienes que aprender a despertar los recuerdos de pasados remotos y llegar incluso hasta los comienzos, cuando los primeros destellos de poder se manifestaron. Descifrar la muerte para dominar la vida, pero nunca olvides que solo aquello que realmente entendemos es lo que podemos controlar.

Estaba casi seguro de que se refería a las banshees. Si lograba controlarlas nada ni nadie podría oponerse a mis deseos. Mi magia era un legado ancestral. Durante generaciones, la familia de mi madre se había tomado las molestias necesarias para conformar los lazos para lograr dar a luz generaciones cada vez más poderosas, y quizás la de mi padre también. Claro, tenían la creencia de que si dejaban vivir a su estirpe masculina sucesos terribles acontecerían y tal vez así sería. Yo vivía y con la ayuda de mi padre y de Tamara, sumados a mi propio esfuerzo podría llegar a ser más fuerte incluso que Amaia, mi madre. Debo reconocer que sentía miedo de su inmenso poder y maldad, pero al mismo tiempo me producía una inquietante admiración. Mi mayor deseo era adquirir un completo dominio del poder.

Detrás del frío cristal del ventanal, distinguí que una figura conocida estaba bajando de una lancha. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. El cabello

hasta los hombros de aquel hombre era blanco como un témpano de hielo y se acercaba hacia el hotel por el sendero de piedras con el andar de alguien que sabe guiar hacia la muerte.

Mi padre señaló al anciano con la cabeza.

—Será tu tutor. Mandé a traer a Alfonso Aigam desde Buenos Aires, es uno de los mejores.

No tenía que preguntar qué tipo de conocimiento me podría inculcar. Conocía muy bien al viejo Al. Había adquirido mucha información sobre lo oculto gracias a él, y en aquellos breves, productivos y escalofriantes encuentros había sido testigo de los alcances de sus facetas más oscuras.

—Lo conozco —dije con un hilo de voz.

Supe por la mirada de mi padre que él ya lo sabía o que por lo menos lo sospechaba. Me pregunté si había sido él quien había puesto al anciano en mi camino para guiarme o quizá para vigilarme. Ya lo conocía y también sabía de las cosas que era capaz de hacer para cumplir cualquiera de sus deseos. Estaba claro que él tenía muchísimo conocimiento y poder, pero carecía completamente de humanidad. ¿En quién esperaba realmente convertirme mi padre?

Sin lugar a dudas, yo no me consideraba una persona sensible, pero aquel hombre no tenía ningún escrúpulo y no conocía la piedad. Un nudo se formó en mi garganta al recordar lo que vi aquel día en su negocio cerrado: los gritos, el dolor, los ojos una joven que solo anhela la muerte.



Image not found.



Image not found.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

Te mando un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 7

Image not found.

Capítulo 7: Aquelarre

AUDIOLIBRO: https://youtu.be/csDv_zuioBo

Algunas horas antes del almuerzo mi padre me pidió que lo acompañase a la biblioteca del hotel. Estaba ubicada en la planta baja en el ala izquierda del edificio. Al ver la gran cantidad de libros en estanterías tan altas que casi llegaban hasta el techo abovedado, me quedé boquiabierto. Desde pequeño una de mis pasiones era la lectura.

Recorrí los estantes con la mirada y pensé que no me alcanzaría toda una vida para leer los libros que allí se encontraban. Una sensación agrisulce invadió mi alma. No podía evitar sentir cierta nostalgia, toda mi infancia había transcurrido en la pequeña tienda de libros usados de mi madre. Intentar comparar ambos lugares era como contrastar la llama de una vela negra con el sol, pero la pequeña llama que hacía aflorar mis recuerdos amenazaba con derretir el muro de hielo que me esforzaba en crear.

Éramos los únicos en aquel sitio en el que se encontraban las voces de miles de autores inmortalizadas para siempre en las hojas de los libros. En el silencio casi podía sentir el susurro de aquellos pensamientos atrapados clamando por ser interpretados.

La voz de mi padre me sacó de mis cavilaciones:

—Vamos a sentarnos.

Tomamos asiento en la mesa más cercana y mi padre miró su reloj.

—Les pedí a tus nuevos compañeros que se reúnan con nosotros. Intenta agradecerles mostrándote empático con ellos. Conviértete en alguien imprescindible para que nunca puedan reemplazarte. No dejes

que vean tus puntos vulnerables ni tu verdadera esencia. Aunque ellos saben de los conocimientos ocultos, no rebeles más de lo necesario y trata de asimilar todo lo que puedas. Esto será para ti como una práctica. Debes descubrir sus miedos y sus anhelos sin que ellos se den cuenta.

Asentí con la cabeza, aunque nunca había sido muy bueno para agradecerle a las personas. No tenía amigos, pues los chicos de mi edad solían tener intereses que distaban mucho de los míos. Tan solo Tamara había despertado en mí el deseo de acercarme a alguien. Sin embargo, sabía que en grupo el poder ritual se potencia. Por eso los hechiceros formaban aquelarres o grupos ocultos y las personas se reunían en distintos cultos espirituales y religiosos.

Los pasos de los tres adolescentes que me habían estado observando cuando ingresé en el salón comedor rompieron el silencio que gobernaba el recinto. No eran rostros que pasasen desapercibidos. La peculiar tríada estaba conformada por dos chicos y una joven albina con los ojos de un azul tan claro que parecían lilas.

—Buenos días, Andrés —dijo el más alto de los tres dirigiéndose a mi padre. Tenía el cabello castaño del mismo color que su campera de cuero y le llegaba casi hasta la cintura.

—Hola, ¿cómo estás? Te presento a mi hijo Esteban.

Los tres rostros se tiñeron de sorpresa. Sebastián arqueó sus cejas y llevó sus ojos verdes hacia mí. Tardó unos segundos en responder a la pregunta de mi padre.

—Muy bien, gracias. Soy Sebastián Koiné —dijo y luego me estrechó la mano con fuerza.

—¡Cuánta formalidad! —dijo burlonamente el más pequeño de los tres. Era pelirrojo y tenía sus bucles alborotados.

—Yo soy Sasha Nairov y ella es mi hermana Natasha.

El niño señaló con la cabeza a la joven. Por algún motivo sentí que mis mejillas ardían. Era hermosa y exótica, parecía una ninfa salida del lago.

Los dos chicos se sentaron a ambos lados de mi padre y Natasha se sentó junto a mí. Corrí mi silla disimuladamente, su cercanía me ponía nervioso.

—¿Cómo es que no sabíamos nada de él? —preguntó Sasha.

Mi progenitor respondió sin alterar la serenidad de su voz:

—Vivía con su madre en Buenos Aires. Lamentablemente ella tuvo un accidente. —Sus palabras sugerían que ella estaba muerta.

—Lo lamento —habló Natasha por primera vez.

—Gracias —dije y mi voz salió algo áspera de mi garganta.

—¿Es uno de nosotros? —susurró Sasha en el oído de mi padre, pero lo suficientemente fuerte para que todos podamos oírlo a la perfección.

Pude notar como Sebastián lo fulminaba con la mirada. Natasha a mi lado tosió fingidamente.

—Lo será, pero ya te dije que es mejor mantener la discreción aquí, Sasha —lo reprendió mi padre—. Las paredes escuchan y tanto los turistas como algunas personas del personal no deberían saber lo que hacemos. El grupo aún no está completo, falta una integrante más y podrán comenzar su preparación.

Mi corazón pareció revivir en ese momento. Estaba hablando de Tamara. Yo esperaba ansioso mi reencuentro con ella, quien me completaba y me potenciaba en el mundo espiritual.

Image not found.

Image not found.

¿Qué piensan de este grupo de chicos?

¡Muchas gracias por tu apoyo!

Te mando un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 8

Image not found.

Capítulo 8: Susurros proféticos

AUDIOLIBRO: https://youtu.be/ejtD3z_PMEE

Cuando las agujas del reloj antiguo que decoraba la biblioteca se unieron en el doce, mi padre se despidió alegando que tenía una reunión importante. Se marchó sin más preámbulos. Unos instantes después, Sasha se incorporó velozmente y dijo:

—Muero de hambre. ¿Vamos a almorzar?

—¿Ahora? Pero, si desayunaste una docena de medialunas vos solo —dijo socarronamente Natasha.

—Déjalo, seguro que un día de estos va a pegar el estirón —agregó Sebastián, riendo por lo bajo.

—No son graciosos. Búrlense todo lo que quieran. Después son ustedes los que vienen a rogarme para que les diga los que los silfos susurran. Si no quieren venir, no hay problema —agregó tajante el pelirrojo fingiendo estar enfadado—. ¿Vamos, Esteban?

Me sorprendió su invitación y dudé por un segundo. Si no aceptaba la oferta, él podría interpretarlo como un rechazo, pero si lo acompañaba, quizás los otros chicos pensarían que estaba escogiendo un bando. Afortunadamente, Natasha resolvió mi dilema:

—No seas tonto. Vayamos al salón comedor. Después de todo, esta tarde, al parecer, comenzará nuestro “entrenamiento oficial”.

Los cuatro salimos de la biblioteca con Sasha encabezando la marcha. Me sentía incómodo por tener que encajar en un grupo de amigos que ya estaba armado. Me preguntaba cuánto tiempo haría que los hermanos

conocían a Sebastián y cómo sus destinos se habrían entrelazado. Sospechaba que mi padre tenía algo que ver con esto, pero no era el momento para hacer preguntas. Realmente quería forjar o por lo menos simular una amistad con aquellos jóvenes peculiares, no quería decepcionar a mi padre.

—¿Cuántos años tenés? —me preguntó Natasha sentándose frente a mí en una mesa para cuatro.

—Diecisiete —respondí recordando mi documento falso.

—Igual que yo —dijo Sebastián antes de que Natasha pudiese responder y agregó señalando a sus amigos—: ella tiene dieciséis y él trece.

—Parecés más chico —mencionó despreocupado Sasha.

Empalidecí por un instante, me sentía descubierto porque en realidad tenía quince años.

—Vos no podés decir eso enano —se burló Natasha y Sebastián sonrió apenas mirando a la joven con cierto dejo de fascinación.

Una camarera nos alcanzó el menú y se marchó intentando pasar inadvertida. Los platillos que se ofrecían a los comensales estaban escritos en una estilizada letra dorada sobre una hoja negra y plastificada. Sebastián propuso que compartiéramos una pizza y todos estuvimos de acuerdo.

—¿Saben?, escuché algunas historias sobre nuestro maestro —comentó Sasha.

Los tres lo miramos expectantes y aunque yo conocía quizás mejor que ninguno al viejo Al, me intrigaba saber qué era lo que sabía el niño.

Al ver que nadie hacía ningún comentario, Sasha continuó hablando:

—Dicen que era líder de uno de los trece clanes, pero que Andrés le ofreció tanto dinero que adelantó su jubilación. Ahora, su nieto es el primer líder con menos de veinte años. Maldito afortunado...

—¿Ariel? —dije en un hilo de voz y me arrepentí enseguida de haberlo hecho.

—Eso creo. ¿Vos qué sabés? —preguntó Sasha y todos se voltearon a verme.

—Conocí al viejo Al cuando vivía en Capital y también a su nieto. Eran dueños de algunas las pocas tiendas de magia que no venden baratijas

completamente falsas.

—¿Podemos confiar en el anciano? —preguntó Sebastián muy serio.

—No lo creo. No confío en nadie que tenga menos escrúpulos que yo. Sin embargo, creo que podemos aprender mucho de él —dijo con sinceridad.

Aún no sabía qué significaba la presencia de aquel hombre allí. Tampoco estaba seguro si podía confiar en mis nuevos compañeros. Por el momento me seguiría moviendo con cautela.

Nos quedamos en silencio en cuanto notamos que la camarera regresaba. Sebastián pidió dos pizzas y una gaseosa grande para compartir. Mientras esperábamos su retorno, continuamos conversando en voz baja. No queríamos atraer la atención de los turistas que se encontraban en mesas cercanas. Teníamos que ser discretos, pues nuestras vidas podían depender de ello.

Sin que yo les pidiese ningún tipo de información, me fueron revelando parte de sus vidas. Los padres de Natasha y Sasha eran dueños de varias empresas importantes en Europa y América. Estaban extremadamente agradecidos con mi padre por otorgarles vacantes en su supuesto colegio de alto prestigio para "jóvenes con capacidades extraordinarias". Eran los primeros de su familia en demostrar habilidades que sobrepasan los límites de la razón. Los miembros de un equipo de profesionales que trabajaban para Andrés Rochi los habían encontrado casi por casualidad.

No me sorprendía que aquellos jóvenes fueran extremadamente ricos y poderosos, pero la historia de Sebastián realmente me asombró. Sus padres y el mío habían sido íntimos amigos. Ellos fallecieron en un accidente de autos, después del cual mi propio padre se había hecho cargo de la educación de Sebastián. Estimaba al muchacho como si fuese su propio hijo.

No pude evitar sentir algo de envidia tras escuchar su historia. Seguramente, Sebastián había sido introducido desde muy pequeño en la sabiduría oculta. Posiblemente ya se había ganado el cariño y el respeto de mi padre, pensé con pesar. El muchacho era carismático, rico y atractivo. Actuaba como si tuviera al mundo entero comiendo de la palma de su mano y reflexioné que quizás así fuese. Temía convertirme en un mero peón de su juego y esperaba poner el tablero a mi favor, llegado el caso.

Durante el almuerzo presté atención a todo lo que me contaban y me limité a hablar lo menos posible. La vida me había enseñado que nadie presta atención a quienes hablan mucho, pero que si uno se limita a hablar lo necesario, su mensaje es escuchado e incluso respetado. Sin

embargo, Natasha parecía empeñada en intentar descifrarme y había algo en su pálido y astuto rostro que me inquietaba. El lila de sus ojos era inquisidor y parecía capaz de penetrar en los confines de mi mente.

—¿Alguna novia te espera en Capital?

Natasha había lanzado sin más una pregunta que, aunque parecía simple, era demasiado complicada de responder. Sentía que mis mejillas ardían y las palabras salieron torpemente de mi boca. Me sentí tonto y abochornado, pues no le temía a nada tanto como a dudar de mí mismo, a fallar, a equivocarme.

—No lo creo.

—¿Entonces no estás seguro?, ¿puede que quizás sí haya alguien? — Natasha parecía disfrutar atormentándome.

Me limité a encogerme de hombros y agradecí cuando la conversación dejó de girar en torno a mi vida sentimental. Cuando Sebastián comenzó a hablar sobre cómo había conseguido su carnet de capitán de barco, mi mente abandonó la conversación. Esperaba volver a ver a Tamara, pero sabía que el hotel no era seguro para ella. La presencia del viejo Al era una amenaza certera sobre ella. Su poder oscuro podría acabar con la pureza de su alma. Tamara sería como un rayo de luz en medio de tanta oscuridad. Estaba claro que el grupo que se estaba gestando en la isla estaba formado por seres oscuros que anhelan alcanzar la perfección. Buscábamos el poder para no ser víctimas de él, pero Tamara no pertenecía ahí. Era diferente. Era luz. Era claridad. Yo temía que en medio de las tinieblas pudiese peligrar aquella llama que ardía en su interior.

Cuando terminamos de comer, la camarera vino a retirar nuestros platos y nos anunció que el señor Aigam nos estaba esperando en la biblioteca. Decidimos ir hacia allí sin perder tiempo, puesto que todos estábamos expectantes ante aquella primera lección. Salimos del salón comedor y comenzamos a cruzar el hall de entrada. En ese preciso momento, Ailén abandonó su puesto de recepcionista y se dirigió rápidamente hasta donde estábamos. El sonido de sus tacones fue lo único que se escuchó durante su trayecto. Algo no estaba bien. Se detuvo frente a mí y colocó sus manos en mis hombros.

Sentí como el corazón se me encogía dentro del pecho. Ella me aferraba fuertemente. Esperaba que no le hubiese sucedido nada a mis padres o a Tamara. Un escalofrío recorrió mi cuerpo al buscar sus ojos con la mirada y descubrir que el marrón de su iris había desaparecido por completo. La mujer me miró con los ojos completamente blancos y susurró lo suficientemente fuerte como para que los cuatro podamos oírla:

—Cuando en la noche oscura, desde lo profundo del lago, luces tenues y tenebrosas surjan cual ánimas que vagan y las aves del bosque huyan. Cuando ya ni los grillos canten, un temblor de la tierra anunciará su llegada. Nada bueno traerá, solo el mal en su mirada.

En cuanto terminó de decir aquella frase, el marrón de sus ojos regresó y la confusión invadió sus facciones indígenas. En cuanto reparó en que aún tenía sus manos sobre mis hombros me soltó sonrojada.

—¿Necesitaban algo muchachos? —preguntó con timidez.

Todos negamos con la cabeza. Parecía no recordar absolutamente nada de lo que había sucedido. En cuanto Ailén se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia el mostrador, los cuatro nos miramos confundidos. Natasha susurró lo suficientemente bajo como para que la recepcionista no pudiera oírnos:

—Fue una profecía. Quizás ella no lo sepa, pero sin dudas Andrés debe haber considerado útil tener una vidente trabajando en el hotel.

Entonces, tuve la certeza de que tiempos oscuros se aproximaban. Quizás no podíamos descifrar el futuro con claridad, pero la promesa de que el mal estaba cerca era evidente. En ese momento, comprendí que algo extremadamente fuerte como para romper las barreras del tiempo estaba por llegar y se estaba anunciando. Un mal que podría alterar la ley natural del mundo.

Image not found.

Image not found.

¿Qué creen que signifique la profecía?

¡Muchas gracias por tu apoyo!

Te mando un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 9

Image not found.

Capítulo 9: El viejo AI

AUDIOLIBRO: <https://youtu.be/b7hwkwttMQU>

El viejo AI nos estaba esperando a los cuatro. Se hallaba sentado en una mesa de la biblioteca. Sonrió al vernos con una mueca que distaba bastante de parecer amable e hizo un gesto con su mano para que nos acercásemos hasta donde se encontraba.

—Juventud, adolescencia, vida nueva —dijo el anciano dándonos la bienvenida a su manera.

Sebastián alzó una ceja y Sasha se rió sin ningún reparo.

—Por favor, tomen asiento mis niños —agregó cuando llegamos hasta él—. Aquellos que han tenido la fortuna de aprender algunas de mis técnicas me llaman AI. Creo que ustedes también pueden llamarme así. Aunque los nombres son solo etiquetas y algunas veces pueden cambiar. Nos dan la identidad que portamos en cierto momento de nuestras vidas.

—Me dijeron que usted es Alfonso Aigam y que fue líder de uno de los grupos más importantes —dijo Sasha, ansioso por demostrar su sabiduría.

—Como dije antes, los nombres no son más que etiquetas temporales. No importan las vidas que quedaron atrás, sino las presentes y las futuras. Lo importante es el rol que interpretamos en cada momento. ¿No lo crees, Esteban Rochi?

Tragué saliva y asentí despacio sin decir una palabra, consciente de que era el centro de todas las miradas.

Me senté y los demás me imitaron. El anciano tomó una jarra de agua helada que reposaba en el centro de la mesa y llenó cinco copas de cristal con el contenido. Nos tendió una a cada uno y dijo:

—Brindemos por la conformación de este pequeño grupo.

Alzamos nuestras copas y bebimos todos, menos Sasha, quien dejó la suya sobre la mesa. Alfonso lo notó y lo miró enojado.

—¿Acaso nos rechazas, niño?

—No es eso. Es que yo solo bebo gaseosas —dijo Sasha con las mejillas casi tan rojas como su cabello, y luego bromeó para quitarle peso a la situación—. Además, no quisiera tragar una ondina por error.

Sasha soltó una risa tímida por su propio chiste, pero nadie más lo acompañó. Natasha negó apenas con la cabeza. El rostro del viejo Al advertía que no era momento para bromear. Todo su cuerpo estaba tenso y sus ojos estaban tan abiertos que parecían estar a punto de saltarse de sus cuencas. Se incorporó sobre su asiento e inclinó su cuerpo hacia adelante, lo cual provocó que Sasha se apoyase asustado en el respaldo de su asiento.

Al tomó la copa que el pelirrojo había rechazado y la arrojó detrás del hombro de Sasha. En cuanto la copa estalló contra el suelo, un incendio comenzó en la biblioteca. Aquellos lugares en los que había caído agua estaban ardiendo en llamas. Los cuatro nos habíamos levantado de nuestros asientos y mirábamos con sorpresa la escena.

Quizás por miedo a que el fuego se extendiese por toda la biblioteca, Sebastián tomó la jarra con lo que quedaba de agua y corrió hacia el fuego. Vertió el contenido de la misma, pero esto no hizo más que avivar el pequeño incendio. Retrocedió unos pasos asustado y el viejo Al se apresuró a llegar hacia donde estaba el muchacho. El hombre se quitó el tapado negro que llevaba y lo arrojó sobre el fuego. Las llamas se extinguieron por completo, dejando tan solo una densa nube de humo gris en el ambiente, lo cual provocó que algunos comenzaran a toser. Natasha se dirigió a los amplios ventanales y los abrió de par en par para ventilar el lugar.

Después de que el humo se disipó, volvimos a reunirnos todos en la mesa. El viejo Al tenía el semblante sereno, como si nada hubiese sucedido. Sasha se veía incómodo y los demás nos movíamos con la cautela de alguien cercano a las fauces de un lobo.

—¿Quién de ustedes puede decirme qué elemento acabo de controlar?

—preguntó el anciano y bebió lo que quedaba del contenido de su copa.

Los cuatro guardamos silencio.

—¡Vamos! Incluso el más obtuso de los individuos es capaz de elaborar por lo menos una pequeña hipótesis —nos animó y sonrió con amabilidad fingida.

—Es fácil —dijo Sasha recuperando un poco la confianza—. Controla el fuego. Las salamandras mostraron su apoyo para que el agua se encienda.

—¿Todos están de acuerdo? —preguntó Al mirándonos uno a uno.

—No —aventuró Natasha, casi con timidez.

—¿Qué elemento estaba controlando, preciosa?

El tono del viejo cambió notablemente al dirigirse a mi compañera. Sentí cómo el vello de mis brazos se erizaba. A mi lado, Sebastián apretó los puños y alzó levemente los hombros. Natasha aclaró su garganta y respondió:

—Controla el agua, señor. Fueron las ondinas quienes optaron por tomar al fuego como parte de ellas.

—Buen intento, pero no. Por cierto ya te dije que me llames Al. Así me llaman mis estudiantes y según recuerdo me pagan una importante suma para que te enseñe cosas, preciosa.

Natasha estaba notablemente incómoda con la forma en la que el anciano la observaba. Sebastián habló completamente tenso. Se notaba que no le gustaba en absoluto la atención que el anciano ponía en su amiga.

—Aire. El fuego no puede persistir sin oxígeno. No quiere decir que los silfos lo apoyen, tan solo cuando arrojó su prenda sobre el fuego, este se quedó sin oxígeno y se extinguió.

—Me decepcionas un poco, Sebastián Koiné. Después de todo, podría decirse que eres más hijo de Andrés que el mismo Esteban, ya que te crio —agregó con saña el viejo.

Sebastián me miró apenado.

—No controlas nada más que la ilusión, viejo —contesté con la calidez

de un témpano de hielo.

El anciano comenzó a aplaudir muy lentamente y me miró con cierto dejo de orgullo.

—Quizás, puedas ganarte el amor de tu padre uno de estos días. —sonrió develando unos espantosos dientes amarillentos y agregó—: ahora que la sangre de su sangre ha regresado, me pregunto a quién de ustedes preferirá. Esto se pondrá muy entretenido. Solo el tiempo lo dirá. Por mi parte, no tendré favoritismos con ustedes. Les enseñaré a ambos y, llegado el momento, al igual que los espíritus elementales, elegiré al más fuerte.

Me sentía sumamente incómodo y podía notar que Sebastián se sentía de la misma manera. Estaba cabizbajo y su cabello castaño le cubría el rostro. Seguramente, el viejo Al había tocado una fibra sensible para él.

Lo único que me había pedido mi padre era que forjase lazos de amistad con aquellos chicos y el anciano me estaba complicando bastante aquella tarea. Me apresuré a hablar, para intentar solucionar aquella incómoda situación:

—No es una competencia por el amor de nadie. Las personas en equipo logran mejores cosas que los que trabajan solos.

Sebastián me miró. Tenía las mejillas enrojecidas. Quizás, por un momento, había estado buscando la forma de destruirme. Posiblemente, llegado el caso se convertiría en mi enemigo, pero por ahora prefería que las cosas no se volvieran tensas entre nosotros. Quizás, no sería realmente mi amigo, pero prefería que mi rival estuviese de mi lado. Era un juego de poderes del que participaríamos en secreto. Ante los ojos de mi padre y de los demás, teníamos que aparentar ser amigos. Incluso, hermanos.

—¿Entonces solo fue un truco? ¿Cómo lo hiciste? —interrogó Sasha y me sacó de mis pensamientos.

—Si todos piensan que algo es real, entonces, para ellos es real. Ustedes, gracias a mi pregunta, estaban tan seguros de que estaba controlando un elemento que se limitaron a esas opciones. Salvo Esteban, claro, quien pudo ver más allá.

—No me refiero a eso. ¿Cómo puede prender fuego con agua? —insistió el niño.

Todos miramos al anciano. La verdad es que también sentía curiosidad,

porque aunque fuese solo una ilusión, era bastante impresionante.

—Ah, eso —caviló, parecía algo decepcionado—:Rocié el piso con una simple receta que usaban los antiguos alquimistas. Ahora lo llaman química, pero como dije, los nombres no son más que etiquetas.

—¿Nos enseñarás recetas alquímicas? —Sasha parecía emocionado.

—No —respondió el viejo tajante—. Estoy para mucho más que eso. Pueden aprender esas cosas en clases de química o buscando por internet. Yo estoy aquí para que puedan elevar la mente más allá de la razón y dominar la sutil onda de magia que inunda el cosmos. Así podrán ser capaces de vincularse a los seres de los distintos planos de existencia, aquellas frágiles criaturas que se ayudan y se dañan entre sí. Recuerden que todo es materia y energía y que esto también pueden vincularlo a través del espíritu.

—¿Nos va a enseñar a comunicarnos telepáticamente? —preguntó Sasha con la curiosidad de un niño.

—No. Para eso pueden comprarse celulares. No les falta dinero precisamente. Veremos cosas importantes, como diferentes hechizos, sutiles engaños y brutales formas de control mental. Nada es solamente natural o sobrenatural. Todo depende de cómo se lo mire. La magia y la ciencia están vinculadas y pueden apoyarse entre ellas, porque en el mismo universo subyacen las distintas fuerzas.

El celular del viejo Al comenzó a sonar en su bolsillo y se apresuró a responder. La llamada no duró más que unos pocos segundos en los que se limitó a asentir. Cortó la comunicación y dijo:

—Ya estamos completos, niños. La pequeña hechicera acaba de llegar a la isla.

Una emoción enorme invadió mi ser. Me reuniría con Tamara.

Image not found.

Image not found.

¿Creen que haya llegado Tamara?

¡Muchas gracias por tu apoyo!

Te mando un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 10

Image not found.

Capítulo 10: Reencuentro

Mentiría si dijese que no estaba nervioso. Me preguntaba cómo reaccionaría Tamara al encontrarse conmigo en aquel lugar. ¿Se pondría feliz de verme? ¿Estaría enfadada porque me había marchado sin darle ninguna explicación?

La única certeza que tenía era que yo necesitaba verla y realmente deseaba con todo mi ser estar con ella. Una parte de mí, sin embargo, presentía que su presencia en aquel sitio podría ponernos en peligro a ambos. Una vez más, sumergí mis presentimientos en los oscuros rincones de mi mente.

Fui en dirección al vestíbulo, ignorando al viejo Al y a mis compañeros. Me quedé en el umbral de la puerta de la biblioteca en donde podía observar, pero sin ser visto. Me sentía tan nervioso como la primera vez que la había ido a buscar a su casa.

Tardé menos de un segundo en encontrar a Tamara con la mirada. Lucía tan hermosa como siempre con su cabello alborotado y el rostro cansado por el viaje. Parecía triste y lo atribuí a que quizás pensara que no me volvería a ver.

Reparé en mi padre. Se estaba presentando con los padres de Tamara y agudicé el oído para prestar atención a sus palabras. Habían conversado por teléfono y arreglado los salarios que tendrían. Debían ser muy altos porque Raquel tenía una mueca extraña que asemejaba una sonrisa dibujada en su severo rostro. Ella sería la nutricionista del hotel y su esposo, Alan Danann, profesor de Ciencias Sociales y Humanidades. Podría resultar interesante, a diferencia de su esposa, él siempre me había parecido un hombre reservado, pero agradable.

—Muchas gracias por la oportunidad, señor Rochi —dijo la madre de Tamara conservando aún su máscara de amabilidad.

—Fueron muy recomendados por mi hijo, eran sin dudas la mejor opción. Además, él es un buen amigo de su hija, así que creo que Tamara se sentirá cómoda aquí y nuestro proyecto educativo le abrirá las puertas a las mejores universidades del mundo.

Las palabras de mi padre captaron el interés de todos los presentes, en especial de Tamy. Aproveché ese momento para hacer mi aparición, aunque no fui muy bien recibido en ese primer acercamiento. Raquel me lanzaba chispas con la mirada.

—¿Qué está haciendo él acá?

No estaba seguro desde cuándo me odiaba, pero incluso había llegado a sugerirle a mi madre en una ocasión que sería mejor que me alentase a buscar amigos varones de mi edad en vez de pasar tanto tiempo con Tamy. Afortunadamente, en ese momento mi mamá la había ignorado. Ojalá hubiera seguido apoyando nuestra alianza.

—Él es mi hijo, Esteban. Tengo entendido que ya se conocían —mi padre parecía divertido por la confusión en el rostro de Raquel.

Seguramente pensaba que mi padre era un irresponsable que nos había abandonado a mi madre y a mí. No la culpo, hasta hacía poco yo podría haber creído lo mismo.

Titubeó por un instante y luego se acercó a mí y colocó una de sus manos en mi hombro. Me sentía completamente incómodo por su cercanía.

—Teby, querido. Me alegro mucho de volver a verte y lamento muchísimo lo que sucedió con tu madre. Necesito que sepas que podés contar con nosotros para lo que necesites. Siempre fuiste como un hijo para mí. ¿No es verdad, Alan?

—¿Eh?... Sí, supongo.

Cuando me soltó y volvió a caminar hacia donde estaba Tamara, intercambié una mirada con ella, era imposible descifrar su seria expresión. Me preguntaba si estaría enojada conmigo o quizás con su madre por ser tan hipócrita.

Me acerqué a ella con cautela, pero su gata comenzó a bufar con todo el pelaje erizado. Si no hubiese estado atrapada dentro de una jaula para animales, me hubiese atacado. Lanzaba zarpazos a través de los pequeños barrotes. No entendía por qué tenían una mascota tan arisca

que podía atacar a alguien en cualquier momento.

—¡Dichosos los ojos que los ven!

Miré hacia atrás y observé al viejo Al caminando con los brazos extendidos hacia donde estaba el padre de Tamara, quien sonreía ampliamente.

—Al, me alegro mucho de volver a verte —dijo dándole un abrazo cargado de palmadas de hombros.

—Supe lo de tu madre. ¡Qué horrible tragedia! Era una mujer encantadora. Todos la amábamos. Lo que tenía de hermosa lo tenía de lista.

Alan se sintió algo incómodo y desvió el eje de la conversación.

—Al. No esperaba verte por aquí. ¿También te contrataron como profesor?

—Así es. Espero que tu hija sea un poco más lista que vos y mucho menos rebelde —dijo el viejo y ambos rieron.

—Seguro que sí. Te presento a mi esposa Raquel y a Tamara, la luz de mis ojos.

—Un placer conocerlas, preciosas.

Estaba claro que Al no revelaría que ya conocía a Tamara. Cada vez más interrogantes se arremolinaban en mi mente. ¿Acaso Alan sabía más de lo que aparentaba?

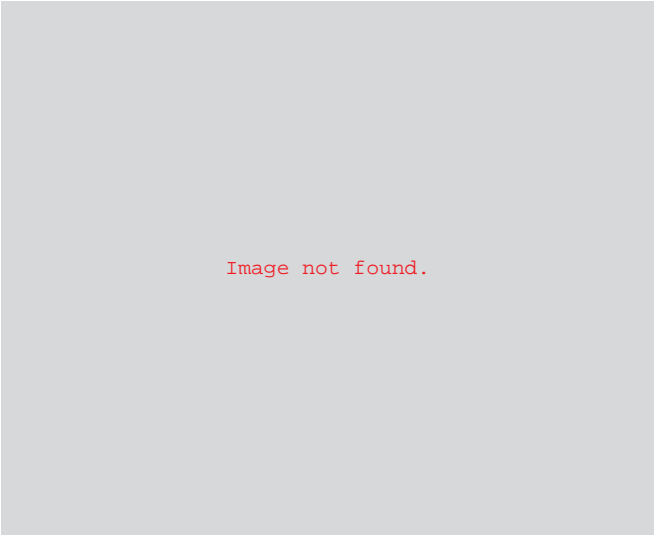


Image not found.



Image not found.

¿Qué creen que pasará entre Teby y Tamara?

¡Muchas gracias por tu apoyo!

Te mando un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 11

Image not found.

Capítulo 11: Un paseo en la ribera

AUDIOLIBRO: <https://youtu.be/TbXUsS56xus>

Ailén comenzó a guiar a la familia Danann por las escaleras hacia las que serían sus habitaciones. Yo los seguí en silencio. No sabía cómo comenzar a hablar con Tamy. Ella tampoco había dicho nada. Seguramente, estaba esperando que yo diese el primer paso.

Ajusté mi marcha a la de ella. Casi podía sentir su brazo rozando la manga de mi chaqueta. Tamara aminoró su paso y ambos seguimos caminando muy despacio, dejando que los demás se adelantasen.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Tamara casi en un susurro.

La observé. Ella se detuvo, pero su mirada estaba fija en las espaldas de sus padres quienes guiados por Ailén habían doblado por uno de los pasillos del primer piso. Estaba claro que no quería que alguien nos escuchase.

—Es extraño para mí también —reconocí.

Por algún motivo me sentía culpable, aunque no estaba seguro el porqué de ese sentimiento.

—Entonces, ¿es verdad que el señor Rochi es tu padre?

—Así parece, pero yo tampoco esperaba eso. Fue todo muy de repente. No podía comunicarme con vos. Lo intenté, pero...

—¡Vamos, Tamara! No te quedes atrás —llamó Raquel.

—Te veo en la entrada del hotel en una hora. Estoy feliz de que volvamos a estar juntos —le dije y la besé muy cerca de sus labios, pero sin rozarlos.

Una parte de mí sabía en el fondo que lo más probable era que las relaciones que comienzan a esa edad terminaran tarde o temprano. Yo realmente deseaba estar con ella. Quizás, podríamos ser la excepción a la regla, pero no estaba seguro de si era sensato arriesgarnos a tener algo más que una amistad, pero quizás era demasiado tarde. Sentía que un lazo invisible me unía a ella desde siempre. La necesitaba de aliada, porque no confiaba absolutamente en nadie más. Ni siquiera en mí.

Bajé las escaleras sin mirar atrás. Ella no dijo nada, pero estaba seguro de que acudiría al encuentro. Sabía que nunca me fallaría, o por lo menos lo creía en ese momento.

Salí del hotel ignorando a Sasha, quien gritaba mi nombre. Sebastián le dijo algo que no llegué a escuchar y afortunadamente me dejaron marchar. Necesitaba estar solo para aclarar mis ideas.

Me senté en una enorme roca frente al lago y arrojé una piedra pequeña que perturbó por un instante el agua espejada formando pequeñas ondas que se extendían a su alrededor.

Había muchas posibilidades de que aquel sitio no fuese seguro realmente. Me preguntaba si por el egoísmo de querer volver a verla, habría guiado a Tamara directamente hacia la cueva de un lobo o si alguien más había decidido mantenernos allí. Me sentía como un agujero negro que atraía el caos y la desgracia. La necesitaba conmigo, pero no estaba dispuesto a alejarme de ella aunque eso implicase mantenerla a salvo.

Apoyé mi mano sobre las pequeñas piedritas de la orilla y dejé que el agua helada rozara la yema de mis dedos. Convoqué en silencio a las ondinias del agua, para que me ayudaran a mantener a salvo a Tamara e imploré a los silfos del viento que me dieran el poder para ver con claridad.

Los espíritus elementales le habían brindado ayuda a Tamy en más de una ocasión, quizás yo también podría tenerlos de mi lado. Sin embargo, en ese momento me sentía ignorado por aquellas criaturas. Reflexioné que quizás no me consideraban lo suficientemente poderoso como para brindarme su apoyo, pero descarté esa idea enseguida. Había convocado en el pasado a las almas de quienes alguna vez estuvieron vivos, había lidiado con las banshees e incluso con demonios, no era lógico que las más simples de las criaturas del plano espiritual me rechazaran.

Lancé un puñado de piedras y de tierra al agua con frustración. Cuando volví a apoyar la mano en la orilla sentí una punzada de dolor en la palma. Me había clavado un pequeño trozo de vidrio verde que seguramente alguna vez había sido parte de una botella. Me lo quité con cuidado y enjuagué la herida en el agua del lago. Entonces lo supe, hacía falta el poder de la sangre. Incluso los elementales exigían un pequeño sacrificio para brindar su apoyo. El mundo se movía con leyes egoístas, ya lo decían los antiguos alquimistas «no puedes pedir nada sin dar algo a cambio».

Mi sangre por proteger la suya, me parecía un trato justo. Sabía muy bien que una pequeña parte de algo era suficiente para representar la totalidad. Una pequeña gota de sangre e incluso un solo cabello podían resultar letales si caían en las manos equivocadas. Me daba cuenta de que viviendo en un hotel éramos completamente vulnerables. El personal de limpieza o cualquiera con acceso a una llave podría entrar a nuestras habitaciones y tomar lo que fuera necesario para hacernos daño, si así lo quisieran.

De pronto, el sol dibujó destellos en el agua o quizás habían sido las ondinias ofreciéndome su apoyo. En la distancia, se escuchaba el murmullo del viento atravesando las ramas de los árboles. Sentí que los silfos también me acompañaban.

Me quedé allí el tiempo suficiente, hasta que mi mano dejó de sangrar y los elementales no requirieron nada más de mí. Asumí por la posición del sol que ya debía haber transcurrido por lo menos una hora desde que había salido del hotel y seguí el sendero de piedras para ir a buscar a Tamara. Cuando entré la encontré conversando muy animada con Ailén.

—Ahí está Esteban. Al parecer el Nahuelito, el monstruo que habita en este lago, no se lo comió —bromeó la morocha.

—Teby, pensé que ya no ibas a venir —dijo Tamara y su voz sonó tensa.

—No, perdón. No me di cuenta de la hora —reconocí avergonzado.

—Está bien, no importa. ¿Salimos a caminar? —preguntó suavizando su voz.

Asentí con la cabeza y la esperé unos instantes mientras se despedía de Ailén. Al parecer habían estado hablando bastante tiempo mientras me esperaba.

Salimos juntos del hotel y cerré el enorme portal detrás de nosotros. Al fin estábamos solos, lejos de las miradas y los oídos de los demás, pero ninguno de los dos decía nada. Yo buscaba sus ojos con los míos, pero al parecer, eso la incomodaba, porque no lograba sostenerme la mirada por

más de unos segundos.

Decidí romper el silencio:

—Te extrañé.

Olvidé cómo respirar hasta que ella habló.

—También te extrañé. Pensé que no íbamos a volver a vernos. Mis papás decidieron de la noche a la mañana que nos mudaríamos. Fui a tu casa un millón de veces y no había nadie. Fui a buscar a Susana al hospital y me dijeron que se habían mudado. Imaginé las peores cosas que alguien podría imaginar, hasta que hablé con Crisy en un sueño. Me dijo que estabas rodeado de agua y que estabas bien. Entonces, te odié por irte sin mí —bajó el rostro y su cabello rubio ocultó sus ojos enrojecidos.

—No te voy a dejar nunca. No importa lo que pase —dije, sintiéndome algo cursi, pero era la verdad y creo que ella necesitaba oírlo.

Me acerqué con cautela, como si fuese una criatura herida y pudiese asustarse, y la rodeé con los brazos. Apoyó su mejilla contra mi pecho y correspondió al abrazo. Podía sentir el perfume de su cabello alborotado con la brisa. Me encantaba sentirla entre mis brazos, pero me daba cuenta de que perderla me destruiría por completo. Me aterraba pensar que alguien o algo pudiera lastimarla. Había visto los horrores de los que eran capaces el viejo Al y su antiguo séquito. Tenía que proteger a Tamy de ese tipo de cosas a como diera lugar.

Me separé apenas de ella y acaricié su mejilla con mi pulgar. Cerré los ojos y la besé dulcemente. Fue un beso lento y tierno que sellaba la promesa de que no la volvería a dejar sola, aunque la llevase conmigo por un camino lleno de oscuridad.

Caminamos tomados de la mano por la ribera del lago durante algún tiempo y solo nos detuvimos para besarnos en alguna que otra ocasión. Parecía un sueño hecho realidad, pero era todo tan hermoso que no podría durar. Estábamos tomados de la mano en la calma que antecede a una tormenta. No podía dejar de pensar en la profecía de Ailén. Mi mente la repetía a gritos, una y otra vez, hasta que finalmente, la repetí en voz alta:

—Cuando en la noche oscura, desde lo profundo del lago, luces tenues y tenebrosas surjan cual ánimas que vagan y las aves del bosque huyan. Cuando ya ni los grillos canten, un temblor de la tierra anunciará su llegada. Nada bueno traerá, solo el mal en su mirada.

—¿Qué significa eso? —me miró preocupada.

—No estoy seguro. Lo dijo Ailén, la recepcionista del hotel, en una especie de trance, pero no creo que ella recuerde lo que pasó.

—Sentí mucho poder en ella apenas la vi. Me transmitió cierta sensación de paz. Creo que podemos confiar en ella.

—Puede ser, pero no lo sé. Yo solo confío en vos —reconocí.

Ella acarició mi mano con su pulgar y la volví a besar.

—No estoy seguro de si podemos confiar en alguien más en esta isla, pero definitivamente no confío en el viejo Al. Tenemos que tener mucho cuidado con él... y con su nieto —agregué, porque sabía que Ariel había estado quizás demasiado cerca de Tamy.

—¿Ariel está en el hotel?

—Por suerte no, pero solo digo que no te acerques a él.

—¿Ya vas a empezar con tus celos? —dijo poniendo cara de fastidio y me soltó la mano.

—No son celos. Son gente peligrosa y ya —dije cortante.

Confesarle lo que sabía sobre ellos significaría revelarle que había estado involucrado en ciertas artes ocultas de las que era mejor mantenerse al margen y lo cierto era que no hubiera soportado que me viese como un monstruo. Yo no era como el anciano ni como Ariel, o por lo menos, intentaba convencerme a mí mismo de eso.

—Está bien. Prometo tener cuidado con esos dos. No te preocupes.

Su voz serena me tranquilizó un poco. Me preguntó por mi padre para desviar el foco de la conversación. Yo comencé a contarle cómo había aparecido en la librería de repente y lo que sucedió después con el avión. Finalmente le conté sobre los tres jóvenes que serían nuestros compañeros en la búsqueda del conocimiento. Posiblemente, no debí haber mencionado que Natasha era una chica muy linda. Cuando alguien no tiene nada inteligente que decir es mejor quedarse en silencio. Le relaté el sueño que había tenido en donde Crisy había estado a punto de atraparme y ella me confesó que había estado soñando casi a diario con ella.

—No tengas miedo. No creo que vaya a revelarle a aquella mujer tu

paradero. Podría decirse que somos amigas ahora.

Me reconfortaba pensar que esa poderosa niña estaba de nuestro lado, pero no pude evitar dudar por un instante si realmente la lealtad de Tamy estaría conmigo incondicionalmente. ¿Qué pasaría si Crisy la utilizaba contra mí?, ¿acaso, podría enfrentarme a Tamara si fuese necesario?



Image not found.

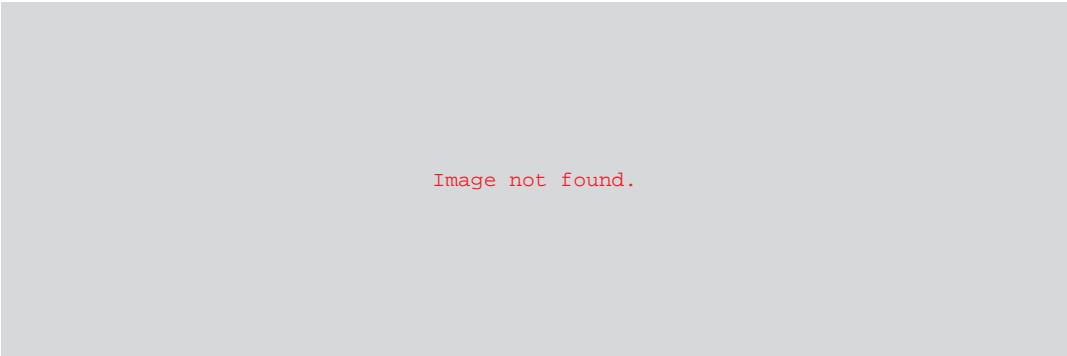


Image not found.

¿Podrá confiar en Tamara? y ¿en Cristina?

¡Muchas gracias por tu apoyo!

Te mando un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!!

Capítulo 12

Image not found.

Capítulo 12: Ayuda

AUDIOLIBRO: <https://youtu.be/eTdoevjj288>

Después de la puesta del sol, le propuse a Tamara cenar conmigo y con nuestros compañeros de clase, pero ella rechazó la oferta. Me dijo que le había prometido a sus padres que iban a cenar en el departamento que les habían asignado para poder conservar su unidad familiar. Además, quería tener una conversación a solas con su padre. Estábamos convencidos de que Alan sabía mucho más de lo que habíamos creído hasta ese momento.

—Si querés, podemos intentar encontrarnos en un sueño esta noche —propuso Tamy antes de separarnos a los pies de la escalera.

—Me parece bien. Nos vemos más tarde, preciosa.

Nos dimos un tierno beso de despedida. Ella subió hacia el primer piso y yo me dirigí al salón comedor. Esperaba que los chicos no se hubiesen molestado por haberlos ignorado aquella tarde. Aunque lo cierto era que me sentía radiante de felicidad por el acercamiento con Tamara. No podía dejar de pensar en sus labios, en sus ojos y en su perfume que me recordaba a las flores silvestres en primavera.

Encontré a Sasha, a Sebastián y a Natasha cenando pastas y me senté en un asiento libre junto al pequeño pelirrojo.

—Creímos que estabas con tu novia y no quisimos molestar —dijo Natasha.

Era imposible descifrar su estado de ánimo. Su voz se escuchaba

completamente neutra.

—Cenará con sus padres —me limité a responder.

—¿Eso significa que ya tenés novia? ¡Felicidades, hermano! —agregó Sebastián, que sonreía ampliamente.

—¡Me alegro mucho por ustedes! —festejó Sasha con la boca llena.

Técnicamente, no le había pedido a Tamara que fuera mi novia, pero explicar eso me pareció demasiado rebuscado y opté por agradecerles a los muchachos.

—Podemos llamar a una camarera y que te traiga algo de cenar —sugirió Natasha cambiando de tema.

—No se preocupen. Coman ustedes y los acompaño un rato, si no les molesta.

No tenía hambre. Seguía pensando en la hermosa tarde que había pasado con Tamy y estaba ansioso por encontrarme en un sueño con ella por la noche.

—No seas terco —insistió la joven—. Si no comés algo, vas a desaparecer. Estás muy delgado.

Insistí en que no era necesario, pero me ignoró. Llamó a la camarera y ordenó por mí un plato de tallarines con salsa. Me sorprendió que se preocupase por mi salud, pues apenas me conocía. Nadie aparte de mi madre había puesto jamás tanto interés en mi dieta. No sabía si estar agradecido o asustado, pero terminé optando por comer unos cuantos bocados antes de abandonar mi plato alegando estar satisfecho. Debo reconocer que el violeta de sus ojos me resultaba inquietante algunas veces.

Durante la cena, conversamos un poco sobre la profecía de Ailén y los trucos del viejo Al, ninguno estaba seguro sobre qué debíamos pensar de todo aquello. Teníamos la certeza de que algo realmente malo sucedería en cualquier momento y lo único que podíamos hacer era prepararnos lo mejor posible. Debíamos adquirir más conocimientos e incrementar nuestro poder mágico, para de esa forma poder hacerle frente a lo que se presentase.

Me despedí de los tres y subí a mi habitación. Una vez allí tomé mi grimorio y comencé a pasar las frágiles páginas con mucho cuidado. Después de más o menos una hora me di por vencido. No había ningún conjuro ni sugerencia para ligar mis sueños a los de otra persona. Decidí

que lo mejor sería seguir mi intuición.

Me recosté en mi cama y purgué mi mente de cualquier tipo de pensamiento que pudiera distraerme. Me concentré en Tamara y tracé un hilo de energía mental que me unía a ella. Imaginé una luz verde que nos protegía y nos aislaba de decenas de mentes que habitaban el hotel. No fue sencillo seguir concentrado en esa conexión y dejarme llevar por el sueño.

Me transporté a un páramo helado. El hielo relucía bajo un sol intenso. A lo lejos, detrás de un espejismo de agua, distinguí dos siluetas lejanas que se hacían cada vez más grandes. Me dirigí en dirección a aquellas sombras que cobraban forma humana. Una de las siluetas era más alta y llevaba a la otra de la mano. A medida que me fui acercando distinguí a Tamara y a Cristina.

Algo en aquella niña hacía que mi sangre se helara aún más que el hielo sobre el que caminaba. Bajo mis pies se arremolinaban grupos de ondinas luminosas y me acompañaban como si quisieran protegerme.

Cuando me acerqué lo suficiente, distinguí que la niña estaba llorando en silencio y el rostro de Tamara estaba compungido por el dolor. Algo no estaba bien.

—Tenemos que ayudar a Cristina —dijo Tamara sin mover los labios y su voz resonó en mi mente como un eco lejano.

Intenté hablar, pero había olvidado cómo hacerlo. Fue Cristina quien habló. Ella comprendía el lenguaje de los sueños y se movía por ellos con completa libertad.

—Necesito que me ayuden. No tengo a nadie más. No sé si papá querrá ayudarme, pero mamá quiere hacerme algo feo, muy feo —su voz se quebró y se limpió las lágrimas con su pequeña mano—. Cuando baje mi primera sangre, enlazará su alma con la mía y poseerá mi cuerpo. Llevan haciéndolo durante generaciones, no les importa que yo deje de existir. Las costumbres así lo requieren.

Si hubiese podido comunicarme de alguna manera, le habría preguntado cómo podíamos ayudarla a evitar que aquello sucediera. Se veía tan pequeña e indefensa que sentí ganas de abrazarla, pero una parte de mí seguía sin confiar en ella. ¿Qué sucedería si era una trampa para guiarme hacia el aquelarre de mi madre biológica?

Me desperté temblando y empapado en sudor frío. Si lo que la niña decía era verdad, entonces ella realmente estaba en peligro. Imaginé a un ente de sombras y de miedo poseer las almas y los cuerpos de mis antepasadas y un escalofrío recorrió todo mi ser. ¿Estaría relacionado de

alguna forma con la profecía de Ailén? ¿Existiría alguna forma de detenerlo?

Pensé en mi padre y me pregunté si sabía lo que sucedería con su hija en algún tiempo. Cristina no confiaba en él o por lo menos no estaba segura de si debía o no hacerlo y por eso nos había buscado a Tamara y a mí. Sin embargo, aún no estábamos listos para enfrentarnos a algo así. Todavía teníamos algunos años para prepararnos, hasta que mi hermana alcanzara la pubertad, pero quizás jamás podríamos llegar a ser tan poderosos. Por otro lado, si Crisy era capaz de rastrearnos sin dificultad y la mujer que nos había dado a luz se apropiaba de su ser, estaríamos todos perdidos. Lo mejor sería buscar el modo de detenerla antes de que bajase la primera sangre de Cristina o de lo contrario no habría forma de escapar de ella.

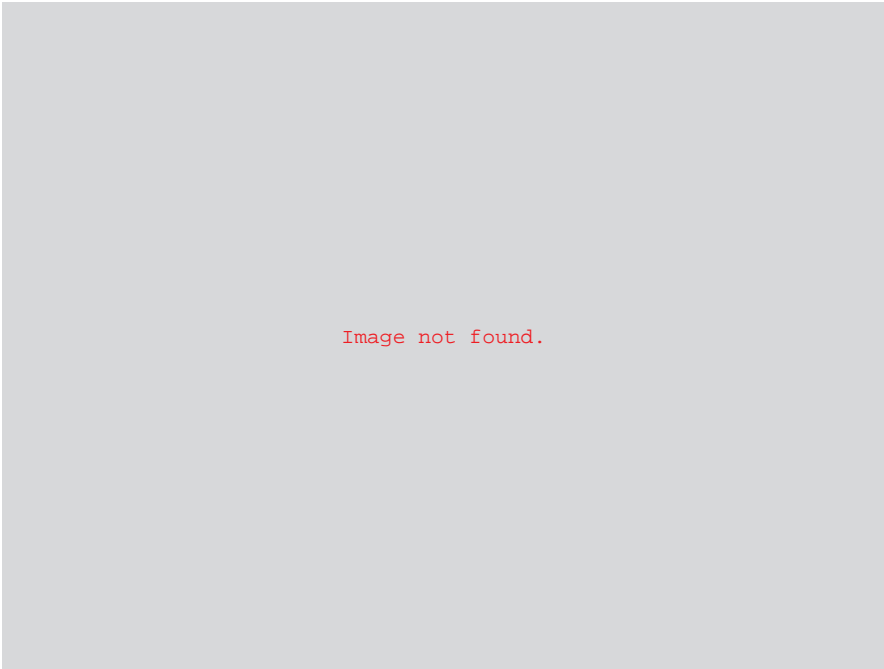


Image not found.



Image not found.

¿Qué piensan del sueño?

¿Qué debería hacer Esteban?

¡Muchas gracias por tu apoyo!

Te mando un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 13

Image not found.

Capítulo 13: La filosofía de la magia

AUDIOLIBRO: https://youtu.be/KfrG_ClkJQc

Aquella mañana me encontré con Sasha, Sebastián y Natasha para desayunar juntos en el salón comedor del hotel. Noté que el jugo de naranja estaba tan amargo como mis pensamientos y supuse que Raquel, la madre de Tamara, como nueva nutricionista, podría ser la culpable de la peor calidad de la bebida.

No podía dejar de pensar en el sueño que había tenido con mi hermana. Ya no la percibía como una amenaza hacia mí, sino como una víctima de mi madre. Me sentía impotente al no poder ayudarla.

Varios grupos de turistas conversaban animados a mi alrededor disfrutando de sus vacaciones como si nada más importara en el mundo. Hubo algo en aquella escena que me recordó unas vacaciones que había pasado con Susana en la costa cuando era muy pequeño. El calor de la arena, el sol, el bullicio y la gente. Creo que al dibujar aquellos recuerdos los fui construyendo mejores de lo que en verdad fueron, pero deseé por un momento que todo hubiese resultado diferente para ella.

—¡Uy, perdón! Me olvidé que Andrés me había dicho que fuéramos a la biblioteca para la primera clase con el profesor de Ciencias Sociales y Humanidades —exclamó de pronto Sasha mirando su reloj y poniéndose de pie.

—¿Ahora? —preguntó Sebastián, que acababa de pelar una manzana y se disponía a morderla.

—Tendríamos que haber ido hace como cuarenta minutos —dijo el

pelirrojo pasando una mano por sus alborotados rulos.

—Bueno, mejor vayamos. Seguro que ya no podremos causar una buena impresión de todas formas —agregó Natasha.

Los cuatro nos dirigimos a la biblioteca en donde nos encontramos con Tamara, quien me regaló una sonrisa tímida, y con su padre que parecía aburrido por la poca concurrencia que había tenido su clase hasta el momento. Natasha se disculpó en nombre de todos y el docente hizo un gesto con su mano para restarle importancia.

Me hubiera gustado tener unos momentos a solas para hablar con Tamara antes de la clase. No estaba seguro cuánto sabía Alan de nosotros, no solo sobre nuestro poder mágico, sino también respecto de nuestra reciente relación. No parecía un hombre estricto, pero no sabía cómo podría ser de suegro.

—No se preocupen, muchachos, a su edad también odiaba madrugar. Bueno y ahora también, pero al menos me pagan por eso —rió de su propio chiste y solo Natasha lo acompañó con una risa falsa por mera cortesía.

Me senté junto a Tamara y luego los demás se ubicaron alrededor de la mesa.

—Me dijo el señor Rochi que la escuela les enviará pronto el material a distancia para que cada uno rinda las materias necesarias según el año en el que estén, pero aquí pueden traer todo tipo de dudas. Serán como clases de apoyo y al mismo tiempo reforzaremos algunos conceptos importantes que no son muy relevantes para el sistema educativo, pero son muy útiles para... Bueno, olvidé para qué era. Solo digamos que para ustedes es importante. Entonces, como todavía no llegó el correo con sus materiales de estudio, podemos tener una primera clase un poco informal.

El docente fue ganando seguridad en sí mismo una vez que comenzó a hablar. Nos dijo que era profesor de Historia y tenía doctorados en Filosofía y en Psicología Social. A continuación, nos fue pidiendo a cada uno que nos presentáramos y así lo hicimos, aunque la mayoría ya nos conocíamos desde antes.

Alan preguntó en general sobre qué temas nos gustaría profundizar y Sasha se apresuró a responder antes que los demás:

—Magia.

—Un tema sin dudas muy interesante que ha estado presente en todas las culturas a lo largo de la historia de la humanidad. La base de la magia

consiste en creer que hay una conexión sobrenatural entre un sujeto y el mundo que lo circunda —comenzó a explicar Alan, pero Sasha lo interrumpió.

—¿Qué hay de los elementales?

—Me gusta esa efusividad con la que estudias. Creo que ya tengo un alumno favorito —dijo posiblemente en broma—. Algunos creían que aquel que logre controlar los cuatro elementos podría tener dominio absoluto, sin embargo, cabe preguntarnos para qué alguien querría un poder semejante. En mi humilde opinión, si bien el mal absoluto no existe, lo más parecido es tratar de ejercer dominio sobre los demás. No está mal seguir tus propios deseos, pero siempre y cuando nadie más salga lastimado o perjudicado.

—¿Se pueden controlar los cuatro elementos a la perfección? —habló Sasha, quien parecía muy divertido con la clase y se había tomado el hecho de ser el mejor alumno muy en serio.

—Podrías comenzar por intentar controlar tu propio cuerpo. Mi madre solía decir que el cuerpo vuelve a la tierra, el agua fluye por nuestra sangre, nuestro aliento se funde con el aire y pobre de aquel que no lleve el fuego de su espíritu encendido —dijo Alan con cierta melancolía en la voz—. De todas formas, es solo una sugerencia, porque tan solo los necios se fían de todo lo que se les impone como verdad y restrinja la libertad del pensamiento.

Las clases continuaron hasta pasar la hora del almuerzo. Después de un tiempo todos estábamos participando y filosofábamos sobre distintos temas. Alan era una persona muy agradable y me costaba trabajo entender cómo había podido casarse con alguien como Raquel, que era estructurada y cruel. Tamara había encajado a la perfección en nuestro pequeño aquelarre y eso no me extrañaba en absoluto ya que era una persona increíble. Era dulce, empática, divertida e infinitamente hermosa. Si no tenía cuidado, podría acabar enamorándome de ella, aunque quizás ya había sucedido. Las veinticuatro horas e infinitos momentos que conformaban mis días parecían tener sentido cuando estaba cerca de ella.



Image not found.




Image not found.

¿Les gustaría capítulos en dónde aprendan más sobre magia?

¡Muchas gracias por tu apoyo!

Te mando un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 14

Image not found.

Capítulo 14: Manto blanco

AUDIOLIBRO: <https://youtu.be/4olw-5jTAWY>

Siempre fui una persona estudiosa a la que le gustaba mucho leer, pero había días en los que me sentía abrumado por los complejos textos que no dejaban de llegar al hotel. Se suponía que había cursado mi educación media en un prestigioso colegio español, pero lo cierto era que tan solo había cursado dos años en un secundario público de Argentina.

Mi padre había insistido en que utilizara ese año para incorporar todos los conocimientos de la escuela secundaria de forma intensiva. Los planes de estudio habían sido especialmente elaborados para cada uno de nosotros, teniendo en cuenta nuestro perfil educativo y nuestros intereses individuales. No había nada al azar en la elección de los materiales y en las actividades que nos proponían. Mientras que la base de mi material de estudio eran textos de Psicología, Sociología y Comunicación Social, los de Sebastián tenían más que ver con las Ciencias Exactas, la Biología y la Medicina. Por mi parte, consideraba mucho más interesante aprender sobre la mente y el comportamiento humano para de esa forma poder ejercer control sobre las masas.

Con tan solo quince años había optado por cargar sobre mis hombros con la responsabilidad de convertirme en un alumno ejemplar. Además, deseaba mantener una relación armoniosa y estable con Tamara, quien yo creía que sería la mujer con la que pasaría el resto de mi vida. No quería descuidar mis estudios en la magia y tampoco restar tiempo a la relación de amistad que había logrado forjar con Sebastián, Natasha y Sasha, al principio presionado por mi progenitor, pero a los que luego había llegado a apreciar mucho.

En ese momento me sentía desbordado por las responsabilidades, presionado por mis profesores y por mi padre pero sobre todo por mí

mismo. Nunca me había sentido cómodo si no lograba a la perfección lo que me había propuesto. Quería ser el mejor en todo y eso resultaba muy difícil al abarcar demasiado. Quizás, mi subconsciente intentara boicotearme. Tal vez, llenarme de ocupaciones era la única forma de evitar pensar en aquello que realmente me asustaba: mi madre, lo que podría pasar cuando Crisy dejara de ser una niña y la profecía de Ailén.

No era el único visiblemente cansado por las largas jornadas de estudio y de entrenamiento físico y mental a las que nos sometían los tutores que mi padre había contratado, pues mis amigos y Tamara estaban en las mismas condiciones o incluso peor que yo. No era poco común que Sasha se quedara dormido durante la cena o el desayuno. Unas finas líneas púrpuras surcaban los rostros de todos, aunque Tamara y Natasha se esforzaban en cubririrlas con maquillaje. Pese a que las primeras semanas pude notar cierta tensión entre ellas, con el tiempo se habían vuelto excelentes amigas y pasaban gran parte del día juntas.

El único que parecía acostumbrado al intenso ritmo de vida era Sebastián. Posiblemente, eso se debía al entrenamiento de haber vivido casi toda su vida con mi padre que, aunque viajaba mucho, dejaba instrucciones muy precisas a todo el personal para que no nos quedara demasiado tiempo para distraernos.

Fueron pasando los días, las semanas, los meses y una infinidad de momentos. Los días comenzaron a acortarse, las laderas de las montañas se cubrieron de blanco y finalmente la nieve alcanzó nuestra isla. Los turistas iban y venían, todos parecían fascinados con el lugar y con el paisaje paradisíaco en el que estábamos prisioneros.

Ailén conseguía todo tipo de cosas de la ciudad y nunca cuestionaba ni preguntaba de más, pero al mismo tiempo, todo aquello a lo que pudiéramos acceder estaba siendo controlado. En los pocos momentos en que tenía tiempo de dejar de lado los libros, comenzaba a cuestionar mi existencia allí y a preguntarme si sería libre de salir si me lo proponía. Sin embargo, era más cómodo aceptar lo que me ofrecían y continuar con mi entrenamiento para adquirir el conocimiento. No reparé en que el exceso de información nos podría estar cegando, hasta que Tamara un día nos abrió los ojos.

—Llevamos meses viendo especulaciones teóricas con el viejo Al, pero sin practicar absolutamente nada —comentó un día en que habíamos decidido ir los cinco a la biblioteca para avanzar con nuestras respectivas tareas y trabajos prácticos.

—Pero la semana pasada hicimos levitar a Sebastián. Eso fue divertido —dijo Sasha, defendiendo al viejo que se había convertido en su profesor

favorito.

—Tamara tiene razón —dijo Natasha, al tiempo que levantaba sus ojos lilas de un libro antiguo—. No lo hicimos levitar. No fue más que un truco psicológico.

Había sido una experiencia bastante interesante. Se requerían cinco personas y una silla para el experimento. El anciano profesor le había pedido a Sebastián que se sentase y al resto que lo rodeáramos. Pidió que lo levantáramos tan solo apoyando dos dedos bajo la silla y tal como pensamos no funcionó. Sebastián era el más alto y pesado de los tres. Quizás si hubiera sido Sasha o alguna de las chicas, el experimento hubiera resultado desde el principio, pero hicimos fuerza y la silla apenas se movió. Luego Al nos pidió que diéramos vueltas caminando alrededor del muchacho mientras cantábamos una tonta canción infantil y que cuando el dijera “ahora”, intentásemos levantarlo nuevamente. Al no estar pensando en nuestras limitaciones, la señal nos tomó por sorpresa y conseguimos elevar la silla con Sebastián encima, como si casi no pesara. Aquel día aprendí que la fuerza y la confianza radican en nuestro interior y que lo que parece imposible puede volverse real sin la necesidad de recurrir a las criaturas que habitan en otros planos.

Las clases con el padre de Tamara, aunque interesantes, no nos habían aportado más que conocimientos teóricos en distintas disciplinas que no necesariamente estaban relacionadas con la magia. Incluso habíamos aplicado algunas técnicas psicológicas que habían sido descartadas por los psicólogos respetados como la catarsis que consistía en hacer presión sobre la frente de alguien para que dijera todo lo que se le fuera ocurriendo. Aquella clase fue bastante interesante, en especial cuando Tamara me confesó que quería que yo fuera su novio. Por supuesto que acepté, porque aunque no se lo había pedido con palabras, daba por sentado que lo éramos desde hacía tiempo. Todos se emocionaron, incluso Alan, quien nos dio el resto del día libre con la condición de que no se lo dijéramos a mi padre.

Sin embargo, si Tamara estaba en lo cierto, nos estaban entreteniendo con meros trucos y conocimientos teóricos que no nos acercaban a nuestro objetivo real que consistía en incrementar nuestro poder mágico. ¿Sería una forma de mantenernos entretenidos para que no nos inmiscuyéramos en los asuntos de alguien más?

Observé a Sebastián, puesto que era de nosotros el más allegado a Andrés Rochi, a mi padre. Al darse cuenta de que yo lo observaba, dijo:

—Coincido con Tamara y creo que deberíamos hablar con Andrés.



Image not found.



Image not found.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

Te mando un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 15

Image not found.

Capítulo 15: Heredera

AUDIOLIBRO: <https://youtu.be/3C-0JzXUP58>

Disfrutaba profundamente de aquellos momentos en los que podía distraerme de los estudios y alejarme de todo el mundo teniendo a Tamara como única compañía. Creo que si no hubiera sido por ella, la presión y la culpa que cargaba sobre mis hombros me hubieran destrozado por completo.

Tamara era como un faro que ayudaba a que no me perdiera en medio de un mar de tinieblas. Aun así, algunas noches me despertaba gritando o invadido por la pena. Me arrepentía de no haber sabido valorar los momentos que había vivido con mi madre de crianza. En la distancia, aquellos recuerdos se tornaban cada vez más dolorosos.

Durante el día me esforzaba en ser el mejor en las distintas materias y disciplinas que me habían asignado. Quería lograr la perfección, a pesar de que nada que existiese podría alcanzar características semejantes. Siempre me había gustado desafiar las leyes que nos atan al mundo material experimentando con lo oculto.

Una tarde fría del mes de junio en la que había salido a caminar por la orilla del lago junto a Tamara, una llovizna que pronto se convirtió en aguanieve, frustró nuestro paseo y nos obligó a regresar al hotel. Cuando entramos, estábamos empapados y tiritando. Aunque lo más lógico hubiese sido subir a cambiarnos, los actos que cometemos por amor carecen de sensatez y nos quedamos abrazados allí durante un tiempo considerable. Solo nos separamos cuando Ailén se acercó a nosotros con unos toallones blancos con el logo del hotel que tenía el dibujo de una cruz egipcia.

—Gracias —dijo Tamy algo sonrojada.

—El clima está cambiando muy rápido. Eso nunca es buena señal —comentó Ailen observando las gotas de lluvia que se deslizaban por los amplios ventanales y nublaban la vista.

—Había sol cuando salimos —comenté envuelto en el toallón.

Ailén observó a Tamara con un dejo de lo que solo pude interpretar como tristeza.

—Pido disculpas por mi indiscreción, pero es que todavía no comprendo qué es lo que está haciendo aquí una chica como vos.

—Mis padres consiguieron trabajos mejores que los que tenían en Buenos Aires —explicó mi novia.

—No, lo que quiero decir es que puedo ver tu aura y es muy blanca y brillante. Quizás crean que estoy loca, pero mi abuelo es chamán —Ailén parecía avergonzada.

—¿En serio podés ver el aura? Eso es genial y no creo que estés loca —agregó Tamara emocionada por el cumplido.

No me sorprendía en absoluto que Ailén tuviera ciertos poderes. Posiblemente, la habíamos subestimado al creer que ignoraba todo lo que sucedía en el hotel.

—Sí. Mi abuelo me enseñó cuando era pequeña. Si estiran sus manos con los dedos separados y desvían apenas la mirada podrán verla. Varía de persona a persona, pero el color blanco está relacionada con las personas buenas y poderosas. También puede variar según el estado de ánimo y las acciones que tomamos —explicó la recepcionista.

Tamara inspeccionó sus propias manos intentando ver su aura. Yo en cambio, prefería no saber cómo habían afectado mis malas acciones al color de mi alma y esperaba que Tamara no intentara descifrar mi ser. Prácticamente era un intento de violar mi intimidad.

—Debés haber aprendido mucho de tu abuelo. Sos muy afortunada —dije consiguiendo que Tamara dejara de intentar ver más allá de lo visible aunque fuera por algunos momentos.

—Sí. Se suponía que yo me convertiría en la nueva chamana de la comunidad, pero él me sugirió o más bien me exigió que buscara un trabajo en el hotel. Dijo que sería más útil aquí, aunque no tengo ni idea de cómo. Me siento rodeada de un montón de oscuridad. Algunos días

siento que me gustaría regresar con mi familia.

Me debatí internamente sobre decirle o no acerca de la profecía que ella misma había revelado, pero por algún motivo, opté por guardar silencio. Tamara tampoco mencionó lo que yo le había contado.

Escuché unos pasos provenientes de las escaleras y al girar me encontré con unos ojos lilas que me miraban con curiosidad.

—¡Ahí estaban! Me preocupaba que se hubieran perdido en la tormenta. ¡Están empapados! Será mejor que vayan a cambiarse si no quieren estar con cuarenta grados mañana. Voy a estar entrenando por si quieren venir más tarde —dijo Natasha y sin detenerse se dirigió hacia el gimnasio del hotel.

La joven albina llevaba unas calzas rojas y una polera negra muy ajustada. Si bien el entrenamiento físico formaba parte de nuestro plan de estudios, Natasha parecía disfrutarlo más que nadie. Le gustaba desafiarse a sí misma con rutinas cada vez más intensivas y era la única que había entablado una buena relación con Blas, nuestro entrenador personal. El hombre era un físicoculturista retirado, cuyo pasatiempo favorito parecía ser el de humillar a un grupo de adolescentes a los que llevaba al límite de sus capacidades físicas. Aún me dolía todo el cuerpo por el entrenamiento del día anterior, lo que menos me apetecía era volver al gimnasio en ese momento, pero decidí que era mejor no mostrar debilidad frente a las chicas.

—Claro, quizás más tarde vayamos —dije aunque sin mucho entusiasmo.

Noté que Tamara estaba tiritando aferrada de mi brazo y agregué:

—Mejor subamos por algo de ropa seca.

Ella asintió con la cabeza. Nos despedimos de Ailén y nos dirigimos al primer piso. Mi habitación estaba unas puertas antes que la de Tamara y nos detuvimos ahí.

—Me voy a dar un baño y después paso a buscarte, ¿está bien?
—preguntó Tamy.

—Bueno, princesa —dije y le di un beso apasionado que le devolvió el color a las mejillas antes de entrar a mi cuarto.

Me quité rápidamente la ropa mojada y la arrojé en el cesto de la ropa sucia. El personal del hotel se encargaría luego de llevarla a la tintorería y de guardarla en mi armario una vez que estuviera limpia y planchada. Eran muy eficientes. Ya conocían mis gustos y periódicamente mi padre

los enviaba a la ciudad de Bariloche a que me trajeran prendas nuevas, libros, útiles escolares y refrigerios.

Mientras tomaba un baño reparador, pensaba el giro que había dado mi vida en los últimos meses. Me habían instalado una computadora personal y regalado un celular de última generación, a pesar de que la señal y el acceso a internet en la isla no solían funcionar muy bien. Se anticipaban a mis deseos casi sin que tuviera que solicitarlos en la recepción y lo hacían con una eficiencia que rozaba lo paranormal. Poco después de que Tamara y yo formalizáramos nuestra relación en la clase de su padre, alguien había dejado una cajita con condones sobre mi almohada que había guardado en mi billetera y no había tenido oportunidad de usar. Algunas veces me preocupaba que el personal del hotel e incluso mi padre estuvieran tan pendientes de mí. Aunque lo tenía todo, algunas veces extrañaba el anonimato de no ser nadie, la soledad de ser el chico diferente del barrio y de la escuela e incluso la emoción de conseguir algo nuevo cuando no se tiene demasiado. Quizás, simplemente fuera una persona disconforme por naturaleza. Tal vez había algo malo en mí que no me permitía disfrutar de los buenos momentos. Algo que me recordaba constantemente que no merecía todas las cosas buenas que me estaban sucediendo.

Al salir de la ducha envolví mi cintura en un toallón blanco y observé mi silueta en el espejo borroso mientras peinaba mi lacio y negro cabello. Noté que había ganado un poco de masa muscular gracias a los rigurosos entrenamientos a los que Blas me sometía. Quizás no era tan grande como Sebastián o tan ágil como Natasha, pero ya no era el muchachito escuálido y desgarrado que había pisado el hotel por primera vez meses atrás.

Alguien llamó a la puerta de mi habitación.

—En un minuto salgo —dije lo suficientemente alto como para que me escuchara la persona que estaba en el pasillo.

Image not found.



Image not found.

¿Quién creen que esté llamando a la puerta?

¿Les gustaría capítulos con más romance?

¿De qué color creen que es su aura?

¡Muchas gracias por tu apoyo!

Te mando un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 16

Image not found.

Capítulo 16: Aura helada

AUDIOLIBRO: <https://youtu.be/2TKxEixaugA>

Me coloqué un poco de gel en el cabello antes de dirigirme hasta la puerta. La abrí apenas y me encontré con Tamara, que lamentablemente no estaba sola. A su lado estaba Sasha con el puño preparado para volver a golpear.

—¡Está nevando! —exclamó emocionado el niño.

—Abrigate bien. Te esperamos afuera —anunció Tamara, recorriendo mis abdominales con una mirada sin disimulo.

Si no hubiese estado Sasha en ese momento, tal vez hubiera invitado a Tamy a entrar a mi habitación. Su hermosura y sensualidad me cautivaban. Algunas noches me preguntaba si hacer el amor con ella podría sumar un ingrediente especial a nuestra relación, pero al mismo tiempo temía que dar un siguiente paso nos hiciera perder todas aquellas cosas que yo consideraba más importantes. Amaba nuestras conversaciones y la forma en la que pasábamos las horas practicando magia o simplemente haciéndonos compañía y compartiendo momentos.

—Está bien. Vayan ustedes y yo después los alcanzo —accedí.

Sasha emprendió su marcha y Tamara lo siguió, pero la tomé de la muñeca, reteniéndola el tiempo suficiente para besarla. Ella correspondió y continuó su camino. La observé marcharse.

Un cuarto de hora más tarde salí por la puerta principal del hotel. A pesar de que tenía un tapado negro, un par de guantes, borcegos y una bufanda, sentí que el viento gélido del Sur me quemaba la piel de las mejillas. Caminé bordeando el edificio con los ojos entrecerrados por el

frío. No tardé demasiado en encontrar a Sasha y a Tamara resguardados detrás de un grupo de pinos.

El pequeño observaba boquiabierto la escena y no lo culpaba. Si bien un halo de ocultismo y de misterio rodeaba a todos los habitantes permanentes de la isla, no era frecuente ser testigo de verdaderos actos de magia. Entre las muchas cualidades que Tamara poseía, lo que más me atraía de ella era el poder que emanaba de su interior. Lo que hacía no consistía en ningún truco. Era magia real.

Estaba arrodillada sobre una porción de césped que la nieve no se atrevía a cubrir. Tenía los ojos cerrados y la rodeaban llamas blancas y translúcidas que danzaban. Aquel extraño aura de hielo se hacía cada vez más grande y repelía, o más bien, absorbía la nieve a su alrededor.

—Alucinante —murmuró Sasha.

Los bucles rubios de Tamara danzaban con la energía que emergía de su ser. Ella continuó canalizando su magia durante algunos segundos. Luego abrió los ojos. Cuando lo hizo, desapareció de repente el halo que la rodeaba y la nieve volvió a caer sobre su cabello.

—¿Cómo hiciste eso? —preguntó Sasha caminando hacia ella.

Tamara se puso de pie con una sonrisa triunfante en el rostro y explicó:

—No estoy segura. Creo que simplemente dejé de preguntarme por la forma de lograr hacer algo y me dejé llevar por lo que sentía. No hice más que convertir materia en energía. En ese momento lo vi con mucha claridad. Creo que el universo mismo fue quien me enseñó. Es muy sencillo, pero al mismo tiempo no encuentro palabras que le den significado. Estoy segura de que si ustedes logran entrar en esa especie de sintonía con todo lo que existe, también podrían lograrlo. Creo que podemos hacer lo que nos proponemos si rompemos las barreras que nos atan a lo tangible.

Tamara se acercó a mí y la rodeé con un brazo. Estaba orgulloso de sus logros y sentía que a su lado aprendería más que con cualquier tutor costoso que mi padre pudiera conseguir. Teníamos que seguir perfeccionando nuestros dones por nuestra propia cuenta. Tomaríamos lo necesario de los demás, pero la clave estaba en seguir nuestro íntimo instinto y el mío decía que no podía alejarme de ella.

A partir de ese día, guiados por la sabiduría que Tamara llevaba dentro, Sasha y yo incrementamos muchísimo nuestro poder. Sebastián y Natasha, aunque algunas tardes se sumaban a nuestros experimentos, seguían atrapados en las meras ilusiones que el viejo Al nos ofrecía a

todos.



Image not found.



Image not found.

Muchísimas gracias por leer este capítulo.

Espero de corazón que estén disfrutando de esta historia.

¡Les mando un abrazo muy grande y espero que nos leamos pronto!

Capítulo 17

Image not found.

Capítulo 17: Teoría de las sombras

El invierno era frío y las frecuentes tormentas de nieve nos mantenían aislados dentro de los cálidos muros del hotel. Sin embargo, el clima implacable no evitaba que los turistas llegaran desde los más recónditos lugares del planeta. Venían buscando alejarse de las ocupaciones de su vida diaria, ayudaban a acrecentar con algunos céros las cuentas de mi padre y se marchaban con las valijas cargadas de chocolates e historias para contar.

No me molestaba el aislamiento. Además, había aprendido a ignorar a los huéspedes pretenciosos y vacíos que circulaban por los pasillos y los espacios que compartíamos. Sentía que nuestro reclutamiento y nuestro esfuerzo nos sería de utilidad en un futuro. Todo aquello vería sus frutos tarde o temprano, porque un sacrificio grande daría una recompensa de la misma magnitud.

Para ser sincero, aunque llevábamos un ritmo de estudio y entrenamiento agotador, creo que los cinco estábamos convencidos de que valía la pena. Disfrutábamos intentando volvernos mejores día a día y aunque teníamos una buena relación, vivíamos compitiendo entre nosotros.

Los entrenamientos de Blas me habían permitido desarrollar los reflejos, la fuerza y el equilibrio. Con Alan aprendí a hipnotizar, a volver las conversaciones a mi favor y a analizar la totalidad de las situaciones con suma frialdad. Las clases con el viejo Al, tal como esperaba, se volvían cada vez más siniestras.

“Uno no puede defenderse de lo que no conoce”, solía decir el anciano para justificar sus lecciones de magia negra. Eran clases puramente teóricas, aunque estábamos seguros de que en caso de ser necesario,

podríamos llevar a cabo ese tipo de rituales y conjuros.

Si bien muchas veces Al nos enseñaba simples trucos e ilusiones, en algunas de sus clases nos transmitía información realmente interesante. Durante aquellas clases de conocimiento que yo consideraba real, llevaba un libro antiguo cuyas hojas quebradizas estaban cosidas con cabello. Yo estaba casi seguro de que se trataba de su propio grimorio. Si así era, tal vez compartía con nosotros la sabiduría antigua de sus propios antepasados, aunque quizás se lo había quitado a alguien más.

Sus lecciones iban desde simples amarres y hechizos de amor, hasta las más cruentas venganzas. Me sorprendió saber lo que un ser humano era capaz de hacer tan solo poseyendo el nombre completo de un enemigo desprevenido y utilizando hielo y un poco de sangre para torcer el destino en su contra.

Tomaba notas con lujo de detalles de aquellas lecciones que yo consideraba de magia real para agregar el conocimiento a mi propio grimorio. No tenía pensado utilizar por el momento esa información, pero en caso de ser necesario, siempre resulta útil contar con la herramienta adecuada.

En una de sus clases aprendimos Umbraquinesis y aquello nos interesó particularmente a los cinco. El viejo Al nos deslumbró con la teoría de cómo lograr la concentración necesaria para conseguir controlar a las sombras. Para dominar la oscuridad se necesitaba tener manejo de la luz, puesto que las sombras solo pueden existir con cierta coherencia en la iluminación. Si actuábamos sobre la luminosidad repeliendo a los fotones podríamos desplegar mantos de oscuridad. De ese manto, con la concentración necesaria, sería posible crear un ente que respondiera a nuestra voluntad, un ser de sombras carente de alma.

—Tenemos que intentarlo —dijo Sasha después de que el viejo abandonara la biblioteca.

—No me parece una buena idea. La mayoría de las cosas que nos enseña Al están relacionadas con la magia negra —dijo Tamara con cierta inseguridad en la voz.

—La magia negra no necesariamente es mala. Se vuelve mala únicamente si la usas para dañar a alguien, pero también podrías utilizarla para ayudar a otros —explicó Natasha.

—¿A quién ayudaríamos creando un esbirro de sombras? —interrogué para apoyar a Tamara, aunque en el fondo me moría de ganas por hacer el hechizo.

—A nadie, pero tampoco le estaríamos haciendo daño —replicó la joven albina.

—Es verdad, la sombra actúa bajo las órdenes de quien la convoque. Al menos eso explicó el maestro —dijo Sebastián que siempre apoyaba lo que decía Natasha.

—Está bien, hagámoslo, pero solo para ver si funciona y yo no voy a convocarla —aceptó Tamara.

—Yo lo hago, pero tienen que ayudarme con un poco de su energía —se apresuró a decir Sasha.

Todos aceptamos. No teníamos malas intenciones, solo volvernos cada vez más fuertes. Necesitábamos probarnos a nosotros mismos y demostrarles a los demás todo lo que podíamos hacer. En ese juego en donde todos querían tener más poder, los límites se tornaban cada vez más lejanos.

Sasha tomó una tiza blanca de una pequeña pizarra que habían colocado para nuestras clases y dibujó un enorme pentagrama en el suelo de la biblioteca. Luego se colocó en la punta de la estrella pitagórica que apuntaba hacia el sur y los demás nos posicionamos en las otras.

Tenía a Sasha y a Tamara a mi lado. Nos tomamos de las manos formando un círculo. Los cinco repetimos al unísono, una y otra vez, las palabras que nuestro maestro nos había enseñado.

Podía sentir la electricidad en el ambiente y el aire que se tornaba cada vez más denso. Era igual a los momentos previos a que se desate una tormenta eléctrica. Poco a poco, la oscuridad se concentraba en el centro del pentagrama, o tal vez la luz se apartaba para que se formara aquel ente en su ausencia. A medida que el poder abandonaba nuestros cuerpos, aquella criatura parecía adquirir apariencia humana.

Tamara me apretó la mano con fuerza cuando la criatura comenzó a caminar hacia nosotros, pero no rompimos el círculo. Aquel ser que habíamos creado y que al parecer Sasha estaba controlando atravesó nuestros brazos. Cuando lo hizo no sentí más que un cosquilleo en la nuca y el miedo propio ante lo desconocido.

Sasha sonreía con el ceño fruncido y procuraba no perder la concentración. Giré la cabeza para poder seguir el trayecto de la sombra. Su andar era algo torpe y pausado, pero fue ganando velocidad y fluidez a medida que se acercaba a la puerta cerrada de la biblioteca. Atravesó la madera con la facilidad que solo los entes incorpóreos pueden tener y se

perdió de vista.

Observé a Sasha, que seguía manteniendo la concentración. Mantuvimos las manos enlazadas durante al menos un minuto más. El conjuro continuó hasta que escuchamos un grito desgarrador. Me recordó el llanto de una banshee, pero descarté enseguida que fuera una de ellas. La puerta de la biblioteca se abrió y entró una mujer mayor. Nos miró con pánico en los ojos y salió corriendo completamente pálida.

Rompimos el círculo y nos miramos preocupados, todos menos Sasha, que se reía de nuestra hazaña indiscreta. Habíamos sido descubiertos por una huésped y las consecuencias que traería eso no podían ser buenas.

Desconozco qué sucedió con la mujer. No volví a verla. Sin embargo, de alguna forma mi padre y Al se enteraron, porque ambos nos dieron un aburrido sermón. El que cargó con la mayor parte de la responsabilidad fue Sebastián, que conocía el funcionamiento del hotel desde hacía más tiempo que nosotros. Se suponía que teníamos que ser discretos y habíamos actuado de forma imprudente. No solo habíamos espantado a una huésped importante, sino que hacíamos peligrar todo por lo que mi padre había trabajado. Lo habíamos decepcionado y no podíamos hacer nada para enmendar nuestros actos.



Image not found.



Image not found.

Hola, espero que estén muy bien.

Creo que vamos más o menos por la mitad de la historia.

¿Qué les está pareciendo hasta el momento?

iTeby y yo les deseamos un hermosísimo día!

iNos leemos pronto!

Capítulo 18

Image not found.

Capítulo 18: Telaraña de ilusiones

AUDIOLIBRO: <https://youtu.be/SjdmyuEABm8>

El primer año que pasé preparándome en el hotel fue uno de los mejores de mi vida. En ese momento no era completamente consciente de que los hilos que mueven el destino podían descifrarse y torcerse a voluntad. Sentía que había aprendido mucho, a pesar de que seguían llenando mi mente con lo que los demás necesitaban que supiera.

Mi padre me daba lujos que jamás pensé que podría tener y me ofrecía acceso a todo el conocimiento que yo siempre había deseado poseer. Sin embargo, un eco muy lejano en mi cabeza, que yo me esforzaba por ignorar, me instaba a preguntarme qué era lo que él pretendía de mí.

Las clases con el viejo Al habían adquirido un matiz un poco más práctico luego de nuestra experimentación con la Umbraquinesis. Quizás se debía a que era mejor que utilizáramos nuestra magia supervisados que con nuestros medios y herramientas.

—Deleitanos con tus ilusiones, pequeña hechicera. Creo que es más que obvio que ya sabés todo sobre el tema y no necesitás tomar notas —le dijo el viejo Al a Tamara que estaba distraída dibujando en su cuaderno.

Ella frunció apenas los labios pero no replicó. Nos miró a cada uno de nosotros y cuando se detuvo en mí, sentí que se me helaba el alma. Se puso de pie, arrancó el dibujo y lo dejó sobre la mesa. Apoyó la yema de su dedo índice sobre la hoja y la acomodó para que todos pudiéramos verla. Había dibujado una tarántula del tamaño de una mano. Reflejaba con tal exactitud los detalles que resultaba inquietante. Las sombras producían un efecto tridimensional en la araña. No era solo un efecto

artístico, bajo la influencia de la magia de Tamara el dibujo ganó profundidad. Tragué saliva cuando el vello de las patas de la araña comenzó a oscilar con una brisa inexistente. Muy despacio, comenzó a caminar, abandonó la hoja y avanzó hacia Natasha.

—No me gusta esto —dijo la joven y su voz sonó tensa.

—No es real. Solo es magia —añadió Sebastián, poniendo una mano en su hombro.

—Se ve demasiado real. ¿Por qué viene hacia mí? —interrogó, cuando la araña se detuvo frente a ella y replegó sus patas traseras dispuesta a saltarle encima.

Sasha se reía con los codos apoyados sobre la mesa e inclinado para ver mejor al ser al que Tamara había dado vida. Por un momento creí que Natasha saldría corriendo. Sin embargo, se defendió desplegando sus poderes de una forma impresionante.

Ella sopló, pero en lugar de salir aire de sus labios un viento gélido alcanzó a la araña. La criatura parecía estar luchando contra una tormenta creada solo para ella, que la arrastró hacia la hoja en blanco. Una vez allí, el viento cesó y la araña volvió a ser solo un dibujo.

Todos nos quedamos atónitos ante semejante despliegue de poderes, hasta que Tamara rompió el silencio:

—¡Excelente, amiga! Dominás la ilusión a la perfección.

—Vos tampoco estuviste nada mal, pero la próxima vez, mejor dibujá gatitos —dijo Natasha y todos reímos.

—Ambas estuvieron muy bien. Creo que no queda mucho más para que les enseñe. Tal vez ya sea hora de que me retire —reconoció el anciano profesor, acomodando sus gafas.

—Necesitamos aprender a defendernos —dije. Todas las miradas repararon en mí.

No me agradaba el viejo Al, en especial después de haber sido testigo de las cosas que era capaz de hacer. Sin embargo, sentía que aún podíamos sacar provecho de sus conocimientos. Por otro lado, prefería tenerlo como aliado.

—Esteban Rochi, las ilusiones y las palabras, si son usadas sabiamente, pueden ganar batallas. Siento mucho decirte que no todos son susceptibles al engaño. Escuchen esto, niños, y recuérdenlo bien el agua, la sal y las limpiezas energéticas pueden ser una solución momentánea,

pero nadie puede huir eternamente. No se puede cambiar el final del camino, pero si quieren torcerlo a su favor, tienen que ser más inteligentes que aquello que los quiera dañar —dijo el maestro y comenzó a juntar sus cosas.

—¿Entonces, se irá? ¡No puede hacerlo! —agregó Sasha, molesto.

—Claro que puedo. Como dije, rodearse de agua no es más que una solución momentánea para los problemas. Ustedes ya tienen las bases para seguir aprendiendo por su cuenta y convertirse en personas poderosas. No hay nada que pueda ofrecerles que no puedan conseguir por su propia cuenta.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó el pelirrojo.

—No, si tengo suerte, muchacho. Aunque si la vida nos vuelve a juntar, espero que estemos del mismo lado —añadió y colocó una mano sobre el hombro del niño antes de emprender su marcha.

—¡No puede irse todavía! —exclamó Sebastián, cuando el viejo Al abrió la puerta de la biblioteca.

—¿También te vas a poner sentimental, Sebastián Koiné? —se burló.

—No, pero Andrés le depositó el sueldo de todo el año por adelantado y todavía faltan varios meses para el verano —explicó el muchacho.

—En ese caso... decile a tu padre, o falso padre, que ustedes aprendieron todo muy rápido, Sebastián.

El viejo desapareció del otro lado de la puerta y no volví a saber de él durante algún tiempo. Me preguntaba por qué había sentido tanta urgencia por abandonar la isla. Quizás su repentina marcha estaba relacionada con la profecía de Ailén o tal vez había sentido algo más. Pasamos el resto de la tarde haciendo conjeturas con respecto al viejo Al, pero no pudimos llegar a ninguna conclusión certera que explicara su marcha.

Cuando le contamos a mi padre que nuestro maestro nos había abandonado, suspiró con resignación, pero no parecía sorprendido.

—Alfonso Aigam nunca se queda demasiado en ningún lugar. Ni siquiera el dinero puede retenerlo para siempre —explicó mi padre.

No pusieron un reemplazo para el profesor de magia y todas nuestras dudas recayeron en Alan Danann, el padre de Tamara, que no siempre podía satisfacer nuestra curiosidad. Seguimos estudiando por nuestra cuenta. Por fortuna teníamos acceso a muchos libros interesantes en la

biblioteca. La única regla de mi padre fue que mantuviéramos la discreción y no molestáramos a los huéspedes del hotel. Algunas veces practicábamos los cinco juntos, otras el grupo se hacía más pequeño e incluso dedicaba largas horas a estudiar en soledad. Estoy seguro de que los demás también seguían preparándose en soledad. Habíamos formado una extraña amistad en donde nos beneficiábamos mutuamente. Aunque, yo quería ser mejor que los demás.

Image not found.



Image not found.

¡Muchísimas gracias por leer este capítulo!

Espero que estén disfrutando de esta obra.

¿Les gustaría que cobrara más protagonismo alguno de los amigos de Esteban?

¿Cuál es su favorito?

¿Por qué creen que se marchó el viejo AI?

¡Les mando un abrazo muy grande!

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 19

Image not found.

Capítulo 19: Un pasado oscuro

AUDIOLIBRO: <https://youtu.be/0tuoYN7DcK0>

La primavera se demoró en llegar y aquel lunes fue el primer día templado después de una temporada en la que la nieve y el viento nos habían recluido a todos en el hotel. Alan nos propuso a los cinco que tomáramos la clase de ese día al aire libre y estuvimos de acuerdo.

Nos sentamos en ronda en un claro cerca del lago espejado. El profesor comenzó la clase preguntándonos a cada uno cómo había estado nuestra semana y cómo íbamos con la preparación de los exámenes. Conversamos durante algún tiempo de nimiedades y luego Alan propuso que durante la clase hipnotizáramos a alguno de nosotros. Contábamos con el material teórico que explicaba la forma para hacerlo, pero era la primera vez que lo pondríamos en práctica.

—Necesito a dos voluntarios para este ejercicio. Uno de ustedes deberá indagar en la mente del otro y lograr que revele algo que haya olvidado de su pasado. No podemos recordar absolutamente todo. La mente selecciona aquello que podemos saber en forma consciente y relega al inconsciente muchas de nuestras vivencias que considera innecesarias o peligrosas —dijo Alan y nos observó uno a uno.

—¿Se puede enviar pensamientos al inconsciente de forma voluntaria?
—preguntó Sasha.

—Requiere de mucha práctica, pero no es imposible. Cuando estudiamos algo de memoria ponemos toda nuestra concentración en recordar aquello que consideramos importante, mientras que algunos temas son pasados por alto. Una parte quedará en nuestra conciencia,

mientras que lo demás va más allá. Es posible que pensemos que lo hemos olvidado y que regrese a nosotros disfrazado de alguna manera. Por ejemplo, en los sueños fragmentos de nuestra vida acuden a nosotros, aunque no siempre podamos entenderlos con claridad —explicó el padre de Tamara.

—No me refiero a eso. ¿Podemos hacer que otra persona olvide cosas?
—volvió a indagar el pelirrojo.

Alan frunció el ceño levemente. Parecía estar teniendo un debate interno con respecto a qué información debería facilitarnos. Finalmente respondió:

—No sería ético alterar los recuerdos de alguien. Sin embargo, algunas veces es necesario por el bien de la persona que olvide ciertas vivencias o que recuerde sucesos que no acontecieron en realidad. Los recuerdos nunca son exactos. Siempre hay alteraciones, porque el cerebro tiende a completar las escenas aunque carezca de la información suficiente para hacerlo. Comenzando por completar esos detalles, es posible modificar el escenario del recuerdo en su totalidad.

No me sorprendían las palabras del profesor, después de todo había intentado alterar mis propios recuerdos en más de una ocasión y tanto mi padre como yo habíamos modificado los de Susana. Esperaba que alguien más se presentara voluntario para que lo hipnotizaran porque prefería que nadie violara la intimidad de mis pensamientos.

—¡Genial! ¡Yo quiero ser quien haga la hipnosis! —exclamó Sasha y se estiró para tomar un péndulo de cristal de roca que el hombre tenía sobre sus libros.

—¡Muy bien! Ahora, solo necesito algún valiente que permita que Sasha lo guíe por aquellos momentos de su historia que se borraron —dijo Alan.

Cuando clavó sus ojos negros en los míos, aparté la vista. Temía que si nadie aceptaba participar, me obligara a ser el conejillo de Indias de Sasha.

—Está bien, yo voy —dijo Sebastián, no muy convencido, después de un tiempo considerable en el que nadie habló.

—¡Excelente! ¡Qué comience la diversión! —agregó Sasha y fingió una risa malvada, mientras se frotaba las manos. Natasha y Tamara se rieron de su mala actuación y Sebastián suspiró resignado.

Los voluntarios se arrodillaron uno frente al otro y Sasha comenzó a hacer oscilar el péndulo frente a su compañero. A continuación, lo fue guiando con voz monótona y pausada para que relajara cada parte de su

cuerpo. Cuando recibió la orden, Sebastián cerró los ojos y entró en una especie de trance.

—Entrá en un recuerdo que hayas vivido, pero que no recuerdes y narrá lo que veas —ordenó el pequeño con voz neutra.

Tal vez Sebastián fuera un actor estupendo o bien Sasha había logrado su cometido. El muchacho comenzó a contar cosas que vivió en distintos momentos de su vida. Andrés Rochi había sido un gran padre para él, nunca le había faltado nada y siempre había obtenido todo lo que quería. Había viajado por el mundo y pasado por distintos colegios en los que había conseguido hacer amigos con facilidad. Se destacaba en los estudios y había salido con algunas chicas. Su vida era demasiado perfecta como para que la clase resultara entretenida, pero un recuerdo de sus padres acaparó la atención de todos.

—Estoy en los brazos de mamá. Está arreglada y huele bien. Papá está revisando la comida del horno. Yo hice trampa porque me dejaron comer antes que ellos y que las visitas. Tocan a la puerta y mamá y yo vamos a abrir. Estoy feliz porque llegó mi padrino y siempre que viene me trae juguetes. Saluda a mamá con un beso en la mejilla y a mí me acaricia la cabeza. Trajo regalos para ambos. A mamá le da una botella y a mí un tablero donde están todos los animales, cuando los presiono hacen sonidos. Quiero ir a jugar. Mamá le agradece a Andrés y me lleva a mi habitación. Estoy muy divertido, pero viene mamá a decirme que es hora de dormir. Me arropa y me lee un cuento. Finjo dormir para seguir jugando cuando se vaya. Por suerte dejó la luz encendida. No me gusta la oscuridad. Me encanta mi nuevo juguete y si no hubiera sido porque escucho a alguien toser, hubiese seguido jugando. Me gana la curiosidad y voy al baño. Mi padrino está de rodillas con la cabeza en el inodoro. Me acerco y le acaricio el brazo para que se sienta mejor. Me mira con los ojos rojos y las mejillas húmedas por las lágrimas. Seguro que le dolía mucho la panza —contó Sebastián.

Estaba escuchando expectante lo que pensé que era la anécdota de mi padre en cierto estado de ebriedad, pero la realidad resultó ser mucho peor de lo que imaginaba.

—Me abraza sin dejar de llorar. Se cae mi juguete al suelo. Él lo toma y me carga escaleras abajo. Abre la puerta y veo a mamá y a papá durmiendo con la cabeza apoyada sobre la mesa. Llamo a mamá, pero Andrés me explica que más tarde ellos nos van a seguir con su auto. Me quedo dormido en el asiento trasero del vehículo de mi padrino. Me despierto cuando llegamos a su casa y me toma en brazos. Le digo que extraño a mi mamá y me explica que mis padres tuvieron un accidente con el auto y que no podrán llegar...

Todos nos miramos completamente pálidos y tomé la mano de Tamara instintivamente. Las palabras de Sebastián apuntaban a que mi padre había envenenado a los suyos. Tenía que haber un error. No quería creer que mi padre era capaz de algo semejante.

—¡Suficiente! —Alan aplaudió y Sebastián salió de su trance.

El muchacho se levantó con el rostro empapado por las lágrimas. Cuando habló lo hizo con la voz ronca y grave.

—Tengo que ir a hablar con Andrés.

—No creo que sea una buena idea. Lo que recordamos con la hipnosis no siempre es real —dijo Alan, intentando detenerlo.

—Fue real. No lo había entendido hasta ahora. Era muy pequeño entonces... Tengo que hablar con Andrés —agregó con rabia contenida.

—Seb... —comenzó a decir Natasha, pero se detuvo.

—Te acompaño —le dije a Sebastián.

También quería respuestas. Necesitaba saber quién era realmente mi padre y qué pretendía obtener de nosotros.

—No. Voy a ir solo. Después podrás hablar con él si es lo que querés, pero tengo que hacer esto solo —añadió y me fulminó con la mirada.

Tamara se acercó a mí y colocó una mano en mi rodilla para que no intentara seguirlo, aunque de todas formas no iba a hacerlo. Si yo hubiera estado en su lugar, tampoco querría tener compañía. Esperaba que, a pesar de lo que había pasado, nada malo les ocurriera a ninguno de los dos.

Sebastián comenzó a caminar dando grandes zancadas en dirección al hotel y Alan lo siguió.

—¡Papá, dejá que hable con Andrés! —pidió Tamara, pero su padre la ignoró.

Ambos entraron por la puerta principal y los perdimos de vista. Un momento después, Natasha le susurró a Sasha algo en el oído y se despidieron sin dar ninguna explicación. Me quedé con Tamara que estaba tan asustada y confundida como yo. Sentí como mi mundo entero se desmoronaba. La abracé con mucha fuerza. Quería retenerla conmigo para siempre. No sabía qué iba a pasar con nosotros después de aquello.

¿Su padre permitiría que permaneciéramos juntos, sabiendo lo que el mío había hecho? ¿Andrés Rochi seguiría impune? ¿Qué sucedería con mis amigos? ¿Yo podría seguir viviendo en el hotel fingiendo que nada había ocurrido? Tenía apenas dieciséis años y ya sentía que lo había perdido todo.

Image not found.

Image not found.

¡Muchas gracias por leer este capítulo y apoyar esta historia!

Espero que estén muy bien y que les esté gustando la novela.

¿Creen que Andrés mató a los padres de Sebastián? ¿Por qué sí o por qué no?

¿Qué creen que suceda a partir de ahora?

Les mando un gran abrazo

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 20

Image not found.

Capítulo 20: La verdad

AUDIOLIBRO: <https://youtu.be/l6yj2Rt4hN8>

Caminé junto a Tamara por los alrededores del hotel hasta que las estrellas y la oscuridad comenzaron a reinar en el cielo. Empezaba a refrescar y estaba claro que ni su padre ni nuestros amigos iban a regresar.

—Mi madre se enojará, si no voy a cenar con ella pronto. Si averiguo algo sobre lo que sucedió con Sebastián, te lo contaré mañana —prometió Tamara.

Asentí con la cabeza y nos dirigimos hacia el sendero de piedras que llevaba hasta la entrada principal.

Habíamos estado conversando toda la tarde acerca de lo que Sebastián había dicho bajo hipnosis. También especulamos sobre la conversación que habrían tenido él y mi padre aquella tarde. No tenía caso seguir dándole vueltas al asunto. Todo apuntaba a que Andrés Rochi había envenenado a sus supuestos mejores amigos y se había llevado a su pequeño hijo.

Me despedí de Tamara con un beso tierno pero rápido al pie de las escaleras y me dirigí hacia el comedor. Cuando ingresé al salón, busqué con la mirada entre las mesas algún rostro conocido, pero tan solo me encontré con algunos turistas que disfrutaban de la cena.

Tomé asiento en la primera mesa vacía que encontré. Por primera vez en mucho tiempo, me sentía realmente solo. Me asustaba no saber qué pasaría con mis amigos a partir de ese momento. Sentía que nuestros destinos dependían en gran medida de lo que mi padre le hubiera dicho a

Sebastián.

Un camarero me alcanzó el menú y se marchó. No necesitaba leerlo, conocía la lista de platillos prácticamente de memoria. Aun así me demoré pasando las páginas una a una. Quería hacer tiempo por si alguno de los chicos decidía bajar a cenar. Como si con mis pensamientos lo hubiera invocado, Sasha se sentó frente a mí con una sonrisa de oreja a oreja en su pecoso rostro.

—No tenés por qué tener esa cara tan larga. ¡Andrés Rochi no es un asesino! —exclamó tan fuerte que los comensales de la mesa contigua se voltearon para vernos.

—No grites y contame que pasó —añadí en voz baja para que solo él pudiera oírme.

—Bueno, resulta que el vino sí fue lo que mató a los padres de Sebastián, pero no fue tu padre el que colocó el veneno. Es más, Andrés también tomó una copa y corrió al baño para vomitar en cuanto comenzó a sentirse mal —explicó Sasha controlando el tono de su voz.

Estaba a punto de hablar, pero me interrumpió y siguió contando la historia:

—¡Eso no es todo! La botella se la había dado Amelia, la líder de su aquelarre.

—Amaia —lo corregí con un hilo de voz.

Todo comenzaba a cobrar sentido. Él no envenenaría a sus amigos, mientras que la maldad de mi madre biológica no tenía límites. Sin embargo, en ese momento aún no había nacido Cristina. ¿Por qué Andrés Rochi había decidido tener una hija con alguien que intentó matarlo?

—Creo que era Amelia, pero no importa. Lo importante es que ella es la mala de la historia y que Andrés se salvó y pudo encargarse de cuidar a Sebastián. Amelia debe ser una mujer muy fuerte, porque hasta tu padre le teme —comentó y se detuvo cuando el camarero regresó para tomarnos el pedido.

—¿Qué les gustaría comer? —preguntó el muchacho, sacando una pequeña libreta del bolsillo de su delantal.

—Quiero una milanesa napolitana con papas fritas y una gaseosa —agregó Sasha con entusiasmo.

—Lo mismo que él —añadí, puesto que había olvidado por completo la

cena y no podía pensar en comida en ese momento.

Una vez que el muchacho se marchó con nuestra orden, interrogué a Sasha:

—¿Dónde están Sebastián y Natasha?

—Se quedaron en nuestra habitación. En cuanto terminó de hablar con Andrés, Seb vino a contarnos lo que sucedió. Los recuerdos removieron muchas cosas en su interior. No me malinterpretes, se alegra de que el hombre que lo crio no sea un asesino, pero supongo que recordar a sus padres fue duro para él. Natasha es mejor para consolar a las personas que yo. Además, me moría de hambre, así que bajé a cenar —explicó el niño.

Después de comer, me despedí de Sasha y subí a mi habitación. Me recosté en la cama sin deshacer y fijé la vista en el techo. Entendía que la historia de mi padre hubiera sido suficiente para tranquilizar a mis amigos, pero yo sabía que él no había abandonado el aquelarre de Amaia hasta mucho tiempo después del asesinato de los Koiné.

No estoy seguro de cuánto tiempo llevaba acostado, cuando alguien llamó a la puerta. Me sobresalté apenas y me incorporé. Esperaba que se tratara de Tamara, porque solo a ella podía manifestarle mis inquietudes. Sin embargo, al abrir me encontré con mi padre.

—¿Puedo pasar? —preguntó con el rostro sereno.

Me hice a un lado para que ingresara y cerré la puerta detrás de él. Acomodó dos sillas de madera y ambos nos sentamos enfrentados. Tenía el presentimiento de que no me gustaría escuchar lo que diría y no me equivocaba.

—Supongo que ya hablaste con alguno de tus amigos sobre lo que conversé con Sebastián —dijo, con sus ojos verdes clavados en los míos.

—Sasha me contó lo que le dijiste —confirmé y mi voz sonó algo áspera.

—Eso imaginé y por eso vine. Quiero intentar explicarte por qué le mentí y por qué me vi obligado a hacer lo que hice. No intento justificar mis actos, pero necesito que sepas cuáles fueron mis razones —soltó sin más y aunque una parte de mí lo sabía, escucharlo de sus propios labios fue como un balde de agua fría.

—¿Por qué? —me limité a decir.

Los ojos de mi padre reflejaban auténtica tristeza. Se tomó unos segundos hasta encontrar las palabras adecuadas y luego respondió:

—Algunas veces, uno tiene que hacer lo necesario para proteger a su propia familia. Eduardo Koiné me ayudó a hacer el intercambio cuando naciste. Era mi mejor amigo y una de las pocas personas que sabía que el niño al que sacrificamos no era mi hijo. Aunque siempre creí que era la última persona en el mundo que me traicionaría, le conté a su mujer lo que habíamos hecho. Sé que no lo hizo con malas intenciones, pero Eliana temía lo que podía llegar a hacer Amaia si se enteraba de que le mentamos. Intentó convencerme de que le dijera la verdad a nuestra líder. Quizás si me mostraba arrepentido, ella tendría piedad de nosotros... Llevar ese vino fue mi última opción. Intenté hacer que Eliana entrara en razón. Si manteníamos el secreto, estaríamos a salvo. No había ningún motivo para que alguien sospechara que alteramos el sacrificio. Lamentablemente, ignoró mis palabras y pude ver en sus ojos que si no la detenía, me iba a traicionar. Eduardo, que se había mantenido al margen hasta el momento, propuso que intentemos serenarnos bebiendo un poco de vino... Sin la certeza de lo que Eliana era capaz de hacer, no hubiera dejado que él llenara nuestras copas. Fue lo más difícil y doloroso que hice en toda mi vida. Bebí junto a ellos para que no sospecharan nada y poco después intenté vomitar el veneno. No sabía si aquello sería suficiente para sacarlo de mi organismo... Una parte mía murió junto a ellos esa noche. Como padrino de Sebastián fue sencillo convertirme en su tutor legal. Intenté ser un buen padre para él, porque por mi culpa Seb había perdido al suyo. También fue una forma de llenar el vacío que me producía haber renunciado a vos.

Me debatí internamente sobre si debía gritarle en la cara que era un asqueroso asesino o si intentar ponerme en su lugar y entender porqué había tomado esas medidas. No solo había matado a sus amigos, sino que también había sacrificado a un bebé inocente. Todos ellos habían muerto en mi lugar. Me preguntaba por qué mi vida valía más que la de ellos.

—Podés contarle la verdad a Sebastián, pero intentá no dañarlo demasiado. Después de todo, soy la única familia que tiene —dijo y se levantó de su asiento cabizbajo.

Lo observé en silencio durante algunos segundos. Comenzó a caminar hacia la puerta y manifesté mi decisión antes de que atravesara el umbral de la puerta:

—No le voy a decir nada.

Esperaba no arrepentirme de mis palabras. Mantendría oculto su oscuro secreto. No le revelaría la verdad a Sebastián ni hablaría de ello con nadie, ni siquiera con Tamara. Lo que había hecho mi padre era una aberración, pero no había tenido otra salida y lo había hecho por mí. Si

sus acciones salían a la luz, no solo Sebastián sufriría, sino que mis amigos y mi novia podían marcharse para siempre del hotel. No podía permitir que algo así ocurriera. Los necesitaba conmigo y no estaba dispuesto a renunciar a ellos por algo que había sucedido hacía más de quince años.

A large rectangular area with a light gray background, containing the text "Image not found." in red.A rectangular area with a light gray background, containing the text "Image not found." in red.

Muchísimas gracias por leer este capítulo. Espero que les esté gustando.

¿Qué creen que sucederá a partir de ahora?

¿Qué piensan de la decisión que tomó Teby?

Capítulo 21

Image not found.

Capítulo 21: El rostro del agua

AUDIOLIBRO: https://youtu.be/X5TS6N__35I

Alguien llamó a la puerta de mi habitación. Entreabrí los ojos adormilado y distinguí la insinuación de las primeras luces del amanecer filtrándose por mi ventana. Me desperecé e hice un gran esfuerzo por abandonar la calidez que me proporcionaban las mantas blancas de la cama. Los párpados me pesaban y necesité hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para poder levantarme. Llegué hasta la puerta arrastrando los pies y abrí sin preguntar quién estaba al otro lado.

Me sorprendí al ver a Tamara allí. Estaba tan hermosa como siempre, mientras que yo en pijama y despeinado debía presentar un aspecto lamentable. No me había molestado ni siquiera en lavarme la cara ni los dientes. La saludé con un beso en la mejilla y me hice a un lado para que pudiera ingresar.

Habíamos dicho que nos contaríamos las novedades en cuanto supiéramos algo, pero supuse que podíamos esperar a la hora del desayuno para hacerlo.

—Esta madrugada hablé con Natasha —dijo y se sentó en la misma silla en la que lo había hecho mi padre la noche anterior.

Me acomodé frente a ella y comenté:

—Yo conversé con Sasha sobre lo que mi padre le dijo a Sebastián.

Distinguí un atisbo de decepción surcando su rostro. Tal vez quería tener la primicia de la noticia. No mencioné la conversación que había tenido con Andrés Rochi. No estaba seguro de cómo evitar decirle la verdad y me desagradaba la idea de mentirle a la única persona en la que

solía confiar. Temía lo que podía ocurrir si el pasado salía a la luz.

Compartimos la información que los hermanos Nairov nos habían dado y salvo detalles insignificantes, como que Natasha recordaba bien el nombre de Amaia, ambos habían dicho exactamente lo mismo.

—Estoy segura de que Andrés miente. Perdón si dudo de la palabra de tu padre, pero no entiendo por qué seguiría con el grupo de la mujer que intentó matarlos a él y a sus amigos. Crisy es mucho más joven que Sebastián, así que Andrés tuvo que haber seguido varios años más respondiendo a las órdenes de esa mujer —agregó.

—Eso no quiere decir que mi padre sea un asesino —dije a la defensiva, aunque sabía que efectivamente lo era.

—No, claro que no. Sin embargo, vos sabés algo más —añadió con sus ojos negros clavados en los míos.

—Después de hablar con Sasha, mi padre y yo tuvimos una conversación —confesé.

—¿Qué te dijo? —insistió.

—Se separó de su aquelarre por algún tiempo, pero Susana seguía allí y él quería protegerla. Fingió estar de acuerdo con los intereses del grupo para que Amaia lo aceptara de nuevo. Prometió que esta vez sería útil y ella perdonó su vida. Su herencia mágica la cautivaba y supongo que quería tener una hija con él. Ahora desea rescatar a Cristina, pero no es sencillo acercarse a mi madre biológica —le mentí, mirándola a los ojos.

Mi voz se escuchó firme y hablé sin titubear. Mis palabras reflejaban la historia que me hubiera gustado que ocurriera realmente. Un pasado en donde mi padre fuera bueno. En donde no fuera un asesino.

—¿Creés que haya sido honesto con lo que dijo? —preguntó con poco tacto.

—Estoy seguro de eso —me limité a decir.

—Confío en tu instinto. Voy a desayunar con mis padres. Si querés, vamos al lago más tarde. Parece que el día va a estar lindo —dijo mirando el cielo a través del cristal de la ventana.

—Está bien —agregué.

Tamara se demoró algunos segundos en ponerse de pie. Quizás

esperaba que le dijera algo más.

—Nos vemos —dijo al levantarse y me dio un beso en la frente, dado que yo aún me encontraba sentado.

Se fue y cerró la puerta tras ella. Me sentía terrible por haberle mentado, pero no tenía otra opción. Ahora era demasiado tarde para enmendar mi error.

Me demoré bastante en bajar al salón comedor y cuando lo hice tan solo encontré a Sasha disfrutando de un submarino con chocolate extra y de unos cañoncitos rellenos con dulce de leche. Me preguntaba cómo alguien podía comer tanto y ser tan menudo como él.

—Hola —me saludó con la boca llena.

—¿Cómo estás? ¿Supiste algo más sobre Sebastián? —pregunté.

—Bien. Sigue triste, aunque quizás solo está fingiendo para acaparar la atención de mi hermana. Ahora están desayunando solos y hablando de “temas personales” —agregó, dibujando comillas con los dedos.

—Ya me parecía que a Seb le interesaba Natasha —comenté y me serví un poco de jugo de naranja.

Sasha resopló y dijo:

—¡Era obvio! Seb es un buen amigo y no me molestaría que se convierta en mi cuñado. Sin embargo, si se pelean, todo sería muy incómodo —confesó.

Seguimos conversando de nimiedades hasta que terminamos de desayunar.

—Voy a ver si puedo escuchar la conversación que están teniendo Seb y Nati. ¿Venís? —agregó con una sonrisa pícaro dibujada en el rostro.

—No, yo paso —dije, riendo apenas.

Muy en el fondo sentía algo de pena por mis amigos, pero aquellos pequeños actos malvados de Sasha eran parte de su marca personal y me divertían bastante.

—Bueno, después te cuento —dijo a modo de saludo y se fue casi corriendo.

Pasaron unos pocos minutos hasta que Tamara me encontró. Me puse de pie y le di un fugaz beso en los labios. Unas mujeres octogenarias

hicieron un comentario despectivo cuando pasaron por nuestro lado para buscar una mesa. Las ignoramos y salimos del hotel tomados de la mano.

—Tengo una sorpresa —dijo, emocionada.

—¿Una sorpresa para mí? ¿Qué es? —pregunté, con curiosidad y besé su mejilla sin detener el ritmo de nuestra caminata.

—Ya vas a ver —agregó con misterio.

Me guio hasta el muelle, en donde nos esperaba una canoa.

—¡Genial! ¿Cómo la conseguiste? —exclamé, mientras ella me alcanzaba un chaleco salvavidas.

—Ailén me ayudó —dijo y le di la mano para que subiera al bote.

No hacía calor ni frío y el sol parecía brillar solo para nosotros. Pasamos la mañana navegando por los alrededores de la isla, conversando y sobre todo besándonos.

Estábamos en el medio del lago. Podíamos distinguir a los turistas que disfrutaban del paisaje que les ofrecía el puerto de Bariloche. Me parecía que habían pasado un millón de años desde que había llegado a la ciudad. Llevaba puesta la campera de cuero negra que me había obsequiado mi padre aquel día. Tamara me sacó de mis pensamientos arrojándome unas gotas de agua helada. Mientras me secaba los ojos con el dorso de la mano y ella reía, me quejé:

—¿Por qué hiciste eso?

—Estabas muy serio y fue muy tentador. No me odies ni te vengues de mí —dijo, divertida y cubriéndose la cara al notar que me preparaba para arrojarle agua.

Desistí de la idea y en lugar de mojarla, me concentré en crear pequeñas ondas que se expandían alrededor de mi mano que permanecía a algunos centímetros de la superficie del lago, pero sin llegar a tocarlo.

—¡Buenísimo! Quiero intentarlo —dijo Tamy, pero empalideció y sus hombros se tensaron.

Observé el punto fijo del agua en el que ella estaba mirando y me sobresalté al ver el rostro de Susana. Sus mejillas estaban pálidas y finas ojeras se extendían debajo de sus ojos claros.

—¿Mamá? —murmuré.

Solo se veía su rostro. A su alrededor la rodeaba una sustancia que se expandía por el lago como si fuera una mancha de tinta negra.

—¡No se acerquen a Cristina! —gritó, antes de esfumarse en la oscuridad.

Paulatinamente el lago recuperó su color cristalino y solo entonces desvié mi vista de allí y observé a Tamara.

Las palabras de Susana habían sido claras y me habían helado la sangre. Hacía tiempo que no soñaba con Crisy y hasta donde yo sabía, Tamara tampoco.

—¿Por qué habrá dicho eso? Mi padre me dijo que ella jamás me recordaría... —dije, confundido.

—¿Creés que Susana está... muerta? —preguntó Tamara.

Su palabras resonaron en mi mente y por más que lo intentaba, el rostro espectral de mi madre seguía allí cuando cerraba los ojos.

¿Acaso mi padre me había mentado con respecto a Susana? ¿Sería posible que hubiese estado muerta todo este tiempo? ¿Andrés Rochi sería capaz de asesinarla? Una parte de mí conocía todas las respuestas.

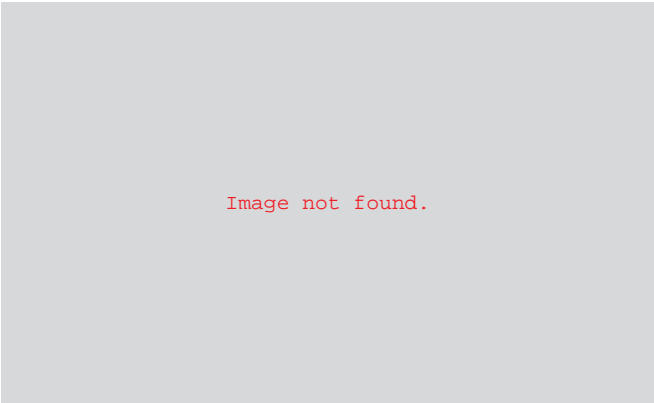


Image not found.



Image not found.

Muchísimas gracias por leer este capítulo. Espero de corazón que les guste la historia.

¿Qué creen que sucedió con Susana?

¿Creen que Teby debería haberle dicho la verdad a Tamara?

¿Qué les parecería que Natasha y Sebastián comiencen a salir?

¡Un abrazo muy grande!

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 22

Image not found.

Capítulo 22: Salgamos

Necesitaba hablar con mi padre para poder aclarar mi mente. Me aferraba a la idea de que Susana estuviera con vida. El miedo se arremolinaba en mi interior y oprimía mi pecho. Susana me había criado y protegido. Había arriesgado su vida por mí e incluso después de lo que le había hecho, volvía para advertirme del peligro que Crisy representaba. En ese momento creí que su espíritu me había perdonado, aunque luego reflexioné que ella no sabía lo que le habíamos hecho aquella tarde con la vela negra.

Cuando Tamara y yo entramos en la recepción del hotel, Ailén nos estaba esperando. Tenía el ceño ligeramente fruncido y una mirada que me dejó paralizado por una fracción de segundo.

—¿Sabés en dónde está Andrés Rochi? —pregunté con hosquedad.

Ella asintió con la cabeza y buscó refugio por un momento en la mirada de Tamara.

—Tengo que hablar con él —añadí.

—Andrés viajó hacia Buenos Aires. Llamaron de la clínica en la que está internada tu madre. Me dijeron por teléfono que tuvo un infarto, pero ya se encuentra estable. Tu padre fue a verla —dijo con cautela.

—Se pondrá bien. Es una mujer fuerte —dijo Tamara e intentó tomar mi mano, pero me aparté.

Sus palabras me parecieron vacías en ese momento. No podía saber si mi madre iba a recuperarse o no. Seguramente solo lo había dicho porque

en ese momento le había parecido lo correcto. Podía ver en sus ojos negros que mi reacción la había herido, pero ella no podía entender cómo me sentía. No necesitaba su compasión. Prefería estar solo. Nadie intentó detenerme cuando me fui a mi habitación.

Estaba enfadado con mi padre porque no me había llevado con él. Estaba claro que Susana había recuperado sus recuerdos y era posible que Andrés Rochi quisiera encargarse de ellos. Esperaba que no le hiciera daño, después de todo había asesinado a sus mejores amigos.

Me senté en la cama y respiré profundo. Había estado apretando los puños con tanta fuerza que me había hecho daño en las palmas de las manos. Tomé el teléfono celular de la mesita de luz. Como la señal era intermitente en la isla y todas las personas con las que hablaba solían estar en el hotel, rara vez lo llevaba encima. Le envié un mensaje a mi padre para que me informara de cualquier novedad y esperé algunos minutos con la pantalla desbloqueada.

No salí de mi habitación hasta la hora de la cena. No quería enfrentarme con Tamara. Me encontré con mis amigos en el salón comedor. Tal y como esperaba, mi novia no estaba allí. Me senté junto a Sasha y los saludé. Natasha me miraba con recelo, pero no dijo nada. Era probable que mi novia hubiera hablado con ella antes.

Noté que Sebastián tenía el brazo apoyado en el respaldo de la silla de Natasha. Posiblemente ya habían comenzado a salir. No quería responder preguntas incómodas sobre lo que había pasado por la tarde así que me esforcé en ser simpático y fingir que me interesaba por ellos.

—Siempre he dicho que ustedes dos hacen una hermosa pareja. Me alegra ver que por fin están juntos —comenté en tono casual.

El rostro pálido de Natasha se tiñó de un adorable rosado. Sebastián se removió en su asiento y agregó:

—Gracias. Es todo muy reciente y por eso no habíamos dicho nada.

—No me parecen del todo horribles —dijo Sasha y se encogió de hombros.

Natasha sonrió con timidez y pareció relajarse. Parecía importante para ella que el niño aceptara su relación.

—Un día de estos podríamos tener una cita doble. Si Tamara y vos están de acuerdo, podemos ir al centro de Bariloche o a la confitería giratoria del Cerro Otto —sugirió Sebastián.

Antes de que pudiera responder, Sasha arrojó un pan que dio de lleno en la frente del muchacho y cayó al piso.

—Esteban y Tamara no aceptarían nunca algo así. No es justo que me abandonen solo por estar soltero. No dije nada cuando dijeron que mañana irían a la isla Huemul, porque pensé que iban a ir solo ustedes. ¡Sin embargo si van a invitarlos a ellos, yo quiero ir! —espetó Sasha con el ceño fruncido.

—Suenan divertido —comenté.

Era completamente consciente de que estábamos interfiriendo en su primera cita, pero hacía casi un año que no salía de la isla. Si no despejaba mi mente de los problemas que me agobiaban, pronto explotaría. No importaba a dónde, pero necesitaba irme aunque fuera por un día. Sebastián tenía licencia para conducir barcos. Tal vez era la única ruta de escape que tenía, si no quería remar durante horas en el bote de Tamara.

Natasha y Sebastián se miraron incómodos.

—¡Por favor! Estoy cansado de estar siempre en el mismo lugar. Va a ser divertido... escuché que los nazis hacían experimentos paranormales allí. Con un poco de suerte podríamos asustar al espíritu de Hitler o algo —rogó el pelirrojo.

Todos nos reímos por su ocurrencia y me olvidé por un momento de mi malhumor.

—Llevemos a los chicos. Será divertido que hagamos una salida todos juntos. Justo ayer comentábamos con Tamy que es exasperante estar tanto tiempo en un mismo lugar. Otro día podemos salir los dos solos —añadió Natasha mirando a Sebastián con sus ojos lilas cargados de ternura.

—Está bien. Pueden venir —aceptó Seb con resignación.

—¡Genial! —exclamó Sasha y me chocó los cinco.

Si la amistad pudiera sumar puntos, en ese momento habría sumado algunos con el pelirrojo y restado otros tantos con Sebastián. Natasha parecía contenta. Quizás la asustaba quedarse a solas con su nueva pareja. La peor parte de mi ser se alegraba por haber frustrado esa cita.



Image not found.



Image not found.

Muchísimas gracias por leer este capítulo. Espero que les esté gustando la historia :)

¡Teby y yo les mandamos un abrazo muy grande!

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 23

Image not found.

Capítulo 23: Isla Huemul

Mi padre me explicó en un mensaje de voz que Susana se encontraba mejor y que permanecería algunos días con ella en Buenos Aires. Sus palabras tranquilizadoras y la ilusión que tenía de pasar un día entero lejos del hotel habían sido motivo suficiente para mejorar mi humor.

A la mañana siguiente, para convencer a los padres de Tamara de que la dejaran salir fue necesario fingir que teníamos autorización de mi padre para abandonar la isla. A pesar de que Alan no parecía muy contento con la idea, no se atrevió a cuestionar las decisiones de Andrés Rochi.

Tamara se puso muy feliz con la sorpresa de la salida y se alegró aún más cuando le dije que mi madre se encontraba mejor. La conocía bien y sabía que no podía evitar sentirse culpable ante cualquier cosa que le ocurriera a Susana.

—¡Es genial que tu padre nos haya dado permiso para salir! Comenzaba a pensar que nos tenía prisioneros —dijo divertida, aunque era más que obvio que lo decía en serio.

Asentí con la cabeza. No quería preocuparla al revelar que le había mentado a su padre. Había muchas posibilidades de que mi padre se enterara al regresar de su viaje, pero seguramente Sebastián podría lidiar con él.

Al salir del hotel nos recibió un día cálido y soleado. Sebastián estaba preparando las velas del Salomón III y Sasha conversaba con su hermana que estaba sentada en la barandilla del barco. Llevaba un sombrero blanco y un vestido que dejaba al descubierto un enorme tatuaje de un dragón violeta que surcaba su espalda. Un apretón fuerte en la mano fue la advertencia que necesitaba para saber que si no apartaba la vista de Natasha, Tamara me mataría. Sasha, por su parte, llevaba una mochila de

camping tan grande como él.

Tamara y yo saludamos a los muchachos que nos mostraron el velero antes de zarpar. Era muy elegante y contaba con un camarote equiparable a una suite de lujo. Sebastián y Natasha podrían haber tenido la cita perfecta de no haber sido por nosotros tres.

—Si mi profesión de mago fracasa, no me disgustaría convertirme en un pirata —bromeó Sasha, antes de subir a cubierta.

Me senté junto a Tamara en una banca detrás del timón. Sebastián parecía muy concentrado en sus maniobras y poco a poco nos alejamos del hotel. Esperaba que supiera lo que hacía y que su permiso para manejar barcos fuera más real que mi carnet de conducir.

Sasha se arrodilló sobre su asiento y se asomó por la borda, mientras que Natasha sonreía detrás de unos enormes lentes de sol en los que veía mi reflejo. Llevó la vista a la espalda de Seb y dijo:

—Siento como si nos fuéramos de vacaciones. Podríamos ir al centro de Bariloche, recorrer negocios y quizás ir a tomar algo.

—¡Nada de eso! —exclamó Sasha acomodándose en su asiento—. Yo quiero ir a la isla Huemul.

—¿Seb? —agregó Natasha, buscando apoyo.

—Vayamos a la isla Huemul esta vez. No quiero tener problemas con Andrés y no sé si va a dejar que Teby vaya a la ciudad —dijo como si yo fuera un niño que necesitaba que lo protejan.

—¡No necesito ningún permiso! —espeté molesto.

—Yo conduzco e iremos a la isla Huemul. Si no quieren venir, puedo regresarlos al hotel —dijo tajantemente.

No repliqué, pero fulminé su nuca con la mirada. Había quedado en evidencia el desprecio que sentíamos el uno por el otro.

Algunos besos de Tamara y el entusiasmo de Sasha por armar una sesión de espiritismo en cuanto llegáramos a la isla Huemul acabaron por hacer que dejara de lado mi enfado.

—¿Qué vamos a hacer exactamente? —le preguntó Tamara al pelirrojo.

—Bueno, sos la medium del grupo, así que vos nos guiarás —dijo el niño

con total convicción.

—¿Yo? —preguntó, alzando las cejas con sorpresa.

—Sí. Ya hablaste con fantasmas antes y estoy seguro de que podés hacerlo de nuevo —insistió Sasha.

—No es tan sencillo. No siempre sale muy bien y no traje lo necesario para hacerlo —se excusó.

—No te preocupes. ¿Qué necesitás? Traje varias cosas y estoy seguro de que tengo todo lo que puedas necesitar —dijo, al tiempo que palmeaba la enorme mochila que tenía al lado.

Tamara dudó algunos segundos, pero finalmente aceptó:

—Esta bien. Necesitamos velas y sal.

—¿Sólo eso? Entonces, no hay problema —añadió muy emocionado.

Al llegar a la isla, Sasha estaba tan ansioso por empezar con la sesión espiritista que casi no tuvimos tiempo de recorrer el lugar. Nos acomodamos cerca de las ruinas de una construcción a la que la naturaleza le había ido ganando terreno. Era un sitio bastante tenebroso y según el pelirrojo un lugar propicio para invocar a los muertos.

—Estas paredes fueron testigos de muchas cosas. Si la isla no está embrujada, yo no me llamo Sasha. ¿Qué hacemos primero, Tamy?

—Hagamos un círculo de sal y entremos dentro, así si lo que invocamos es algo maligno, no podrá hacernos daño. Luego encendamos algunas velas porque los espíritus se sienten atraídos hacia las llamas. Los fortalece si se alimentan de ellas —explicó Tamara.

—Atraerlos con el fuego y espantarlos con la sal. ¿Para qué tentarlos y luego alejarlos? ¿No les parece algo cruel? —preguntó Sasha, mientras sacaba de su mochila un paquete de sal, un encendedor y velas negras.

—Porque no te gustaría que te posean, tontín —agregó Natasha.

Sasha miró a Tamara que asintió con la cabeza corroborando las palabras de su amiga. A continuación, tomó la sal que le ofrecía el niño e hizo un círculo a nuestro alrededor. Había cinco velas y cada uno de nosotros tomó una. Tamara encendió la suya y con ella encendió las demás, yendo en el sentido inverso al de las agujas del reloj.

Comenzó a susurrar palabras en un lenguaje que yo no conocía, pero que tenían cierta rima y melodía. Pocos segundos después, Sasha empezó

a imitarla y luego lo hicimos todos. Repetíamos las palabras de quien se había vuelto nuestra líder quizás sin siquiera proponérselo. No sabía qué significaba aquel cántico que nos había incitado a entonar, pero confiaba en ella y la hubiera seguido hasta el fin del mundo.

Cuando Tamara terminó el conjuro, los demás guardamos silencio. El aire era denso y las nubes amenazaban con cubrir el sol. Los sonidos típicos de la naturaleza habían desaparecido por completo. Mi novia miraba la llama de su vela que danzaba, mientras que algunas gotas de cera negra caían sobre las hojas secas.

Un escalofrío recorrió mi espalda al escuchar crujidos bajo la tierra. A varios metros de donde nos encontrábamos, el agua del lago estaba inquieta como si quisiera advertirnos de algo.

—¿Escucharon eso? —preguntó Natasha en un susurro.

Asentí con la cabeza y tragué saliva. El sonido de un penoso lamento se extendía por la isla. Era muy diferente del llanto de una *banshee*. Parecía no provenir de ningún sitio y al mismo tiempo nos rodeaba.

—Dicen que los alquimistas nazis habían encontrado las puertas del infierno. ¿Creen que sea acá? —dijo Sasha, que parecía divertido, pero francamente yo estaba bastante asustado.

—No creo, pero por las dudas vayamos volviendo... —sugirió Natasha.

Sebastián estuvo a punto de abandonar el círculo de sal, pero un grito de Tamara lo detuvo:

—¡No! Tenemos que terminar el ritual —dijo y pronunció algunas palabras en el lenguaje de la magia.

—Perdón —agregó Sebastián, regresando a su lugar dentro del círculo.

—¡Que nada se oponga a nuestra voluntad ni a la voluntad del ser superior! ¡Ya está hecho! —dijo Tamara para finalizar y las velas se apagaron todas al mismo tiempo.

Los lamentos cesaron y el único sonido que se escuchó durante algunos segundos fue el susurro de las copas de los árboles acariciadas por la brisa. Una vez que Tamara abandonó la protección de sal, todos la seguimos.

Quería regresar al hotel cuanto antes y no era el único, todos parecían incómodos. Las ruinas pintadas de color añejo y los pinos centenarios habían sido testigos de la ambición y de la maldad del ser humano. No podía explicar qué era lo que allí había sucedido, pero se trataba de algo

realmente malo y ya no quería averiguarlo. Sentía que algo o alguien nos estaba vigilando y todos mis sentidos me instaban a salir de allí lo más rápido posible. Solo cuando comenzamos a navegar y nos alejamos de la isla, fui capaz de relajar mis hombros.

Tamara observaba el agua apoyada sobre la barandilla del barco. La rodeé con un brazo por la cintura y llevé mi mirada hacia donde ella estaba mirando. El agua era perturbada a nuestro paso, pero había algo inusual en la estela que dejábamos.

—¿Qué es eso? —preguntó Sasha y todos, incluido Sebastián, miramos en la dirección que el pelirrojo estaba señalando.

Una enorme burbuja luminosa salió del agua y permaneció flotando durante algunos segundos sobre la superficie antes de desaparecer. Una fracción de segundo después apareció otra y luego otra más. En instantes una gran parte del lago liberaba esferas de luz que pronto desaparecían. Aquel fenómeno duró menos de un minuto, pero estaba seguro de que jamás podríamos olvidarlo.

Image not found.



Image not found.

Muchísimas gracias por leer este capítulo. Espero de todo corazón que les guste.

¿Qué creen que haya sucedido?

¿Qué piensan que sucederá a partir de ahora?

Poco a poco nos vamos acercando al final de la historia.

¡Muchas gracias por el apoyo!

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 24

Image not found.

Capítulo 24: Huellas

Llegamos al hotel justo cuando los últimos rayos del sol se iban desvaneciendo en la profundidad del firmamento. Luego de amarrar el barco en el muelle, Sebastián revisó su celular y maldijo por lo bajo.

—Tengo un montón de llamadas perdidas de Andrés. Seguro que sabe que salimos —explicó algo incómodo.

—¿Qué tiene de malo? ¿Acaso estamos prisioneros? —preguntó medio en broma Natasha, aunque en el fondo así lo creía al igual que todos.

—Claro que no, pero me llevé su barco sin permiso y fue claro en que era mejor que Esteban no se expusiera —dijo, mientras escribía un mensaje de texto.

—¿Por qué Teby es tan importante? ¿Acaso está en un programa de protección de testigos o algo así? —preguntó Sasha, al tiempo que me observaba con los ojos entrecerrados.

El pelirrojo miró a su hermana. Era más que evidente que el misterio que me rodeaba les molestaba. Sin embargo, mi vida dependía de ello. Los comprendía, pero al mismo tiempo sabía que si mi padre y Sebastián no les habían revelado toda la verdad, debían de tener sus razones. Tal vez no podía confiar en ellos.

—Es complicado —se limitó a decir Sebastián sin apartar la vista de su teléfono.

—¿Cómo pudo saber que nos fuimos de la isla? ¿Se lo dijo Ailén? Esa chica nunca me agradó —interrogó Natasha y su rostro se puso tenso.

Me preguntaba por qué a mi amiga no le agradaba la recepcionista. Siempre había sido amable con nosotros y Tamara incluso se había vuelto bastante cercana a ella.

—Lo más probable es que haya revisado las cámaras de seguridad —respondió Sebastián.

—¿Dónde están las cámaras? ¿Andrés no estaba en Buenos Aires? —le preguntó Tamara al muchacho sumándose al interrogatorio.

—Sí. Está en Buenos Aires, pero las cámaras de seguridad que están ocultas por toda la isla le envían las imágenes directamente a su celular. Nos vemos más tarde, chicos. Voy a llamar a Andrés —se despidió Seb con una sonrisa tensa y se marchó dando grandes zancadas.

El enojo de mi padre, la actitud de Sebastián y saber que había cámaras escondidas por todo el hotel no hacían más que confirmar que estaba atrapado en la isla. Tal vez si hubiera tenido efectivo disponible o algún lugar a donde ir, hubiese huido. Sin embargo, lo quisiera o no, aquel sitio se había convertido en mi prisión, pero también era mi hogar. Amaba y odiaba aquel lugar con la misma intensidad.

Una vez en la recepción, Sasha y Natasha se despidieron de nosotros y subieron a su habitación. Miré a mi alrededor tratando de adivinar en dónde estaban las cámaras que Sebastián había mencionado, pero no se veían a simple vista.

—Tienen que ser más cuidadosos —dijo Ailén acercándose a Tamara.

La miré extrañado. No entendía a qué se refería. Siempre actuaba de forma muy enigmática y quizás por eso no le agradaba a Natasha.

—Esta isla obviamente está protegida, pero cuando usan sus poderes quedan huellas en el plano astral. Sé que es necesario que no te rastreen y realmente espero que no sea demasiado tarde. Quizás sientan que el señor Rochi exagera, pero me habló sobre su antiguo aquelarre y realmente creo que es mejor que no captemos su atención —dijo Ailén, pero un crujido en uno de los ventanales de la entrada la detuvo.

Una rajadura comenzó a ramificarse por el vidrio. Los tres nos alejamos lo suficiente como para no hacernos daño si se rompía. Me pregunté si se trataba de una advertencia o si quizás era una amenaza. Algo en mi interior me decía que no podía tratarse de un simple temblor.

Tomé a Tamara del brazo de forma instintiva. Quería protegerla de lo que fuera que se avecinaba. Esperaba que no hubiéramos atraído la atención del grupo de Amaia. ¿Qué sucedería si por nuestra imprudencia nos rastreaban? Aún nos faltaba muchísimo por aprender y sentía que

solo mi padre era capaz de protegernos, pero en ese momento se encontraba muy lejos.

—Solo estén atentos y tengan cuidado. Es mejor que no hagan magia. Por lo menos hasta que regrese Andrés —dijo Ailén con la mirada perdida en el cielo amenazador.

—Dijiste que esta isla está protegida... —comencé a decir, pero Tamara me detuvo.

—Ailén tiene razón. No se puede posponer eternamente lo inevitable —explicó y apretó mi mano con más fuerza.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo y no pude evitar recordar la profecía de Ailén: "Cuando en la noche oscura, desde lo profundo del lago, luces tenues y tenebrosas surjan cual ánimas que vagan y las aves del bosque huyan. Cuando ya ni los grillos canten, un temblor de la tierra anunciará su llegada. Nada bueno traerá, solo el mal en su mirada". Las luces que vimos emerger del lago y aquellos temblores que sentimos tenían que estar relacionados con ella. ¿Quién llegaría? ¿Se trataría de Amaia o quizás sería algo o alguien más?

Image not found.




Image not found.

Hoy es el primer día de cuarentena obligatoria en Argentina. Intentaré aprovechar este tiempo en casa para escribir.

¿Cómo los trata el coronavirus en sus países?

Cúidense mucho y cuiden a sus seres queridos.

Teby y yo les mandamos un abrazo muy grande.

Capítulo 25

Capítulo 25: Grupos oscuros

Image not found.

El cielo presagiaba una tormenta y en el lago se reflejaban las nubes y los árboles. El salón comedor estaba casi vacío y atribuí aquello al fin de la temporada de verano. Encontré a mis amigos desayunando. Los saludé en forma general y me senté junto a Sasha.

Sebastián parecía mucho más relajado que el día anterior. Posiblemente había podido lidiar con el enojo de mi padre y Natasha se mostraba más cariñosa que nunca con él. Por algún motivo aquello me molestaba.

Pedí un café amargo y lo bebí mientras Sasha contaba cómo en una ocasión había manipulado mentalmente a su maestra para que le diera las respuestas de un examen. Tal vez hubiera obtenido los mismos resultados si hubiese destinado el mismo esfuerzo a estudiar, pero estaba orgulloso de sí mismo y yo no era nadie para cuestionar sus métodos. El pelirrojo era muy astuto y tenía muchísimo poder en su interior. No podía ser casual que mi padre lo hubiera reclutado.

A media mañana nos reunimos con Alan y Tamara en la biblioteca. El profesor hacía su mejor esfuerzo para cubrir el vacío que el viejo Al había dejado. Era muy difícil para él poder llenar esos zapatos, pero se notaba que hacía su mejor esfuerzo.

En la clase aprendimos sobre la reencarnación de las almas y de los demonios. Conversamos sobre mitos, costumbres y religión, hasta que finalmente Alan abordó un tema que realmente me interesó: los aquelarres.

—Tienen que valorar la oportunidad que les está dando Andrés Rochi. No es sencillo encontrar personas tan poderosas cuyas intenciones sean realmente buenas. El exceso de poder es capaz de corromper. Incluso yo me vi tentado en mi juventud a unirme a un aquelarre. Cuando mi madre, que siempre había sido muy precavida, se enteró de mi decisión, nos peleamos y dejamos de hablarnos durante algunos años. En ese momento

era muy terco y no quise escucharla. Aunque Alfonso Aigam era su amigo, se enojó mucho con él por meterme en algo como eso —confesó Alan.

Todos, incluso Tamara, estábamos sorprendidos ante sus palabras. Alan había pertenecido al grupo del viejo Al. Tal vez por eso la abuela de Tamara le había legado su grimorio a ella y no a su hijo. Él parecía una buena persona, pero tal vez no siempre lo había sido. Me pregunté qué habría sido capaz de hacer siguiendo las enseñanzas del inescrupuloso anciano.

—Cuando uno va ganando poder es muy difícil saber dónde tiene que detenerse. Al sentirnos apoyados por otros somos capaces de hacer cosas que estando solos no nos atreveríamos ni siquiera a pensar. Todos los miembros del grupo pueden volverse partícipes de actos que muchas veces van más allá de lo legal. Es difícil darse cuenta cuando uno está ahí dentro. Entre los integrantes suelen circular creencias que muchas veces son falsas, pero que por no quedar afuera y animados por tus hermanos te ves tentado a probar —Alan negó con la cabeza intentando espantar las imágenes que acosaban su mente.

—¿Qué tipo de cosas son capaces de hacer? —interrogó Sasha.

—Son capaces de cualquier cosa. Por eso, chicos, tienen que estar atentos y deben aprender a darse cuenta si alguien está intentando utilizarlos. Algunos hechiceros son capaces de mentir, de engañar, de manipular y de estafar incluso a personas cercanas. Otros van más allá y llegan a utilizar la magia prohibida, la magia de sangre. Muchos llegan a sacrificar animales e incluso desde épocas inmemorables se le atribuye a la sangre de las vírgenes ciertas propiedades mágicas... Afortunadamente supe darme cuenta a tiempo y pude salir del aquelarre sin verme demasiado perjudicado. En cuanto Raquel, que era mi novia en esa época, quedó embarazada, me prometí que me alejaría de todo y que no permitiría que nuestra hija se acercara a la magia. Sin embargo, la magia corre por las venas de Tamara, y se volvió insostenible negar su esencia. Ahora puedo verlo con claridad y estoy seguro de que lo mejor es que todos ustedes aprendan a utilizar su poder de la mejor forma posible y que no permitan que nadie los manipule —explicó el profesor.

—¿Por qué la magia de sangre está prohibida? ¿Quién la prohíbe? —cuestionó Sasha alzando una ceja.

—Bueno, no es que haya una especie de policía de la magia o algo así. Sin embargo, cuando pedimos algo es necesario dar algo a cambio, pero si lo que ofrecemos no nos pertenece directamente, como sucede en el caso de tomar la vida de otro ser, estaríamos engañando el equilibrio universal —dijo Alan y sus ojos se ensombrecieron.

Cuanto más revelaba Alan sobre su pasado, más me intrigaba. Al igual que yo, él había participado en el grupo oscuro del viejo Al. Tal vez había vivido allí una experiencia similar a la que yo había experimentado intentando controlar a las banshees o quizás se arrepentía de las cosas que había visto o hecho. Teníamos mucho más en común de lo que había imaginado.

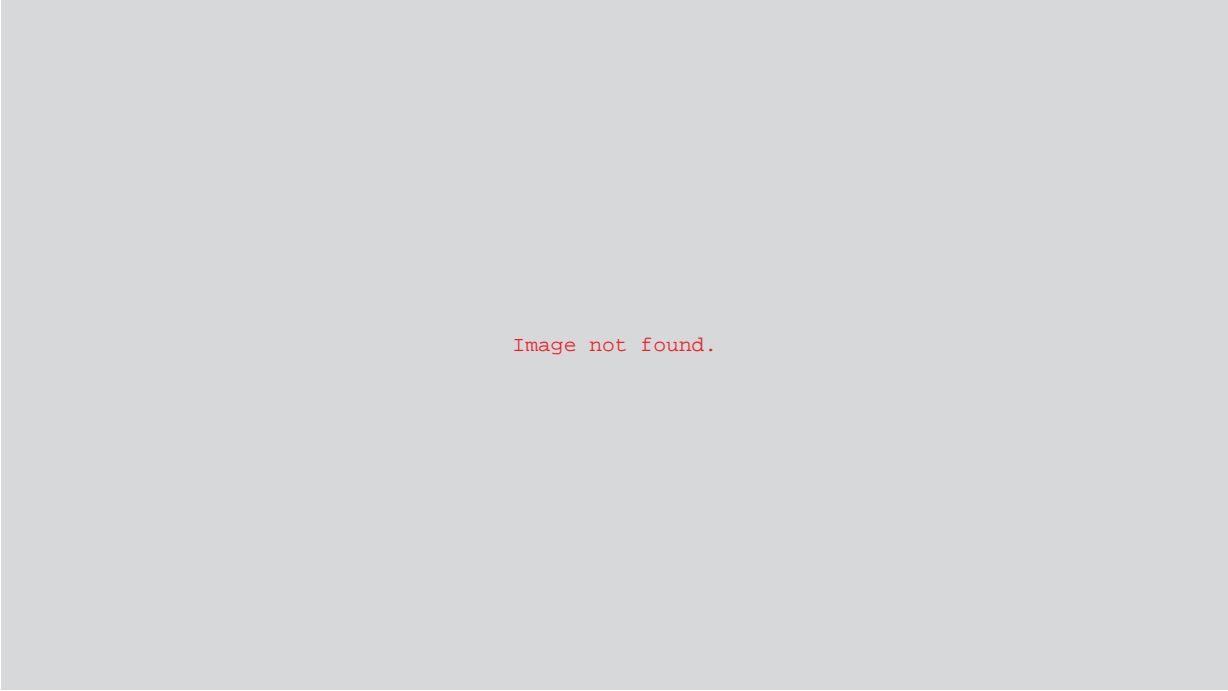


Image not found.



Image not found.

Muchísimas gracias por acompañarme en esta historia :)

Intentaré utilizar la cuarentena para terminar esta novela. Espero de todo corazón que la estén disfrutando.

Teby y yo les mandamos un abrazo muy grande.

¡Nos leemos!

Capítulo 26

Capítulo 26: El poder de la sangre

Image not found.

Poco antes de la puesta del sol le confesé a Tamara que sospechaba que la profecía de Ailén estaba a punto de cumplirse. Ella también creía que mi madre biológica estaba directamente relacionada con el presagio y coincidía conmigo en que teníamos que estar preparados para enfrentarnos a ella.

—No voy a dejar que te lastime. Estoy segura de que vamos a encontrar la forma de detenerla —dijo Tamara acariciando mi mejilla con su mano.

Podía ver en sus ojos que hablaba en serio. Me amaba y estaba dispuesta a enfrentarse a cualquier cosa solo para protegerme. No quería exponerla, pero sabía que sin su apoyo estaría perdido.

—Te amo —pronuncié por primera vez.

Me regaló un tierno beso en los labios y se separó apenas de mí.

—Voy a buscar mi grimorio. Nos vemos en tu habitación dentro de unos minutos —añadió y se alejó por el pasillo.

Me dirigí a mi cuarto y busqué mi antiguo libro de magia. Solía mantenerlo oculto en el armario, detrás de algunas de mis remeras. No estaba seguro qué pensaba hacer Tamara, pero confiaba en ella lo suficiente como para compartir la sabiduría de mis ancestros.

Cuando llamó a la puerta mi corazón dio un salto. No era la primera vez que entraba a mi habitación, pero no solíamos quedarnos allí demasiado tiempo. Abrí enseguida y me hice a un lado para que pudiera pasar. Noté que llevaba la mochila al hombro y que había retocado su maquillaje. Estaba preciosa.

Sacó de su mochila un par de velas rojas y algunos inciensos. Los encendió y los colocó sobre mi mesa de luz sin pedir permiso. Después de

unos segundos, un penetrante aroma a lavanda inundaba todo el recinto. No me agradaba, pero no quería contrariarla.

—¡No te quedes ahí parado! Busquemos en nuestros grimorios alguna forma para neutralizar los poderes de la bruja o algo que permita que tanto vos como Crisy estén a salvo —ordenó y se sentó sobre la cama a leer algunas hojas antiguas que supuse debían pertenecer a su grimorio.

Me debatí internamente por una fracción de segundo sobre sentarme junto a ella o tomar una de las sillas. Tomé mi libro y me acomodé para leer a su lado, nuestros brazos no llegaban a rozarse, pero podía sentir su calor sobre la piel. ¿Por qué de pronto me sentía tan nervioso si solo estábamos buscando información? Nunca me había costado tanto concentrarme en la lectura.

Los pactos y la magia de sangre parecían ser lo más efectivo para un enemigo tan poderoso como lo era mi madre. Sin embargo, las advertencias de Alan con respecto a la magia prohibida me habían hecho descartar todas las páginas que podrían resultarnos útiles.

—¡Esto es muy frustrante! No encuentro absolutamente nada útil —expresó Tamara y dejó junto a las velas las hojas que había estado revisando.

—Yo tampoco encontré nada. A menos que nos arriesguemos a utilizar la magia de sangre, pero no creo que sea una buena idea —dije, mientras me frotaba los ojos enrojecidos por la lectura y el humo de los inciensos.

—¿Puedo? —preguntó, estirando su mano para tomar mi grimorio.

Asentí con la cabeza y le alcancé mi libro. Sentí como si le entregase una parte de mi alma. Era la posesión más preciada que tenía, pero ella era la única persona que realmente me importaba.

Comenzó a pasar las páginas con sumo cuidado. Se detenía de vez en cuando y fruncía el ceño o asentía con la cabeza. Después de unos minutos observándola me dejé caer hacia atrás y bostecé. Comenzaba a adormecerme cuando la voz de Tamara me sacó de mi ensueño.

—No tenemos otra opción. Tenemos que arriesgarnos a la magia de sangre —agregó, mientras dejaba el libro abierto sobre mi almohada.

—Tu padre dijo que podría haber consecuencias si alteramos el equilibrio... —comencé a decir, pero ella me interrumpió.

—No estaríamos ofrendando algo que no nos pertenece. No, si te doy mi

sangre y vos me das la tuya —explicó con las mejillas algo sonrojadas.

Rebuscó dentro de su mochila y tomó una daga de plata labrada con el mango incrustado en gemas rojas. No le había dicho que sí, pero tampoco me había negado a dar mi sangre como sacrificio.

Tamara comenzó hablar en el lenguaje de la magia. Su voz era suave y seductora, pero al mismo tiempo me producía escalofríos.

—Ofrezco nuestra sangre como tributo para que nuestros cuerpos puedan combinarse con la magia ritual y que de esta forma podamos enfrentarnos a Amaia y su aquelarre —sentenció.

Aprisionó mi brazo con su mano sobre el colchón y deslizó el filo de la daga sobre mi piel. Ahogué un gemido de dolor y observé como un hilo de sangre se deslizaba desde mi muñeca hasta las mantas blancas. Repitió el movimiento con mi otro brazo. Las heridas que me acababa de abrir ardían, pero era un dolor tolerable.

Me incorporé apenas y la atraje hacia mí. Unimos nuestros labios en un apasionado beso. Me quitó la remera y realizó un corte superficial a lo largo de mi espalda. Creo que si hubiera querido tomar mi vida en ese momento, se lo hubiese permitido.

Enredé mis dedos en su cabello y mordí su labio inferior con suavidad. Ella dejó caer el cuchillo al suelo soltando un leve gemido y acarició mi espalda muy despacio. El contacto de sus manos era doloroso y al mismo tiempo despertaba todos mis sentidos con una pasión que nunca antes había experimentado.

Me deshice de su ropa como si supiera lo que estaba haciendo. El ritual de sangre no era más que un eco lejano dentro de mi mente. Había imaginado aquel momento íntimo con Tamara un centenar de veces. Sin embargo, ninguno de los escenarios creados por mi mente podía equipararse a la realidad. Nos entregamos el uno al otro en un frenesí de besos, rasguños y caricias hasta que las velas se consumieron por completo.

Desperté enredado entre las sábanas. Tamara dormía acurrucada en mi pecho y la tenue luz de la luna se filtraba entre las tormentosas nubes. Nuestras almas estaban destinadas a estar juntas desde el principio de los tiempos. Sentía que habíamos vivido una y mil vidas juntos y que así sería por siempre. Nuestra sangre era la llave que mantenía encerrado el inmenso poder que clamaba por salir de mi interior. La habíamos derramado voluntariamente y estaba seguro de que a partir de ese momento nada ni nadie sería capaz de detenernos.

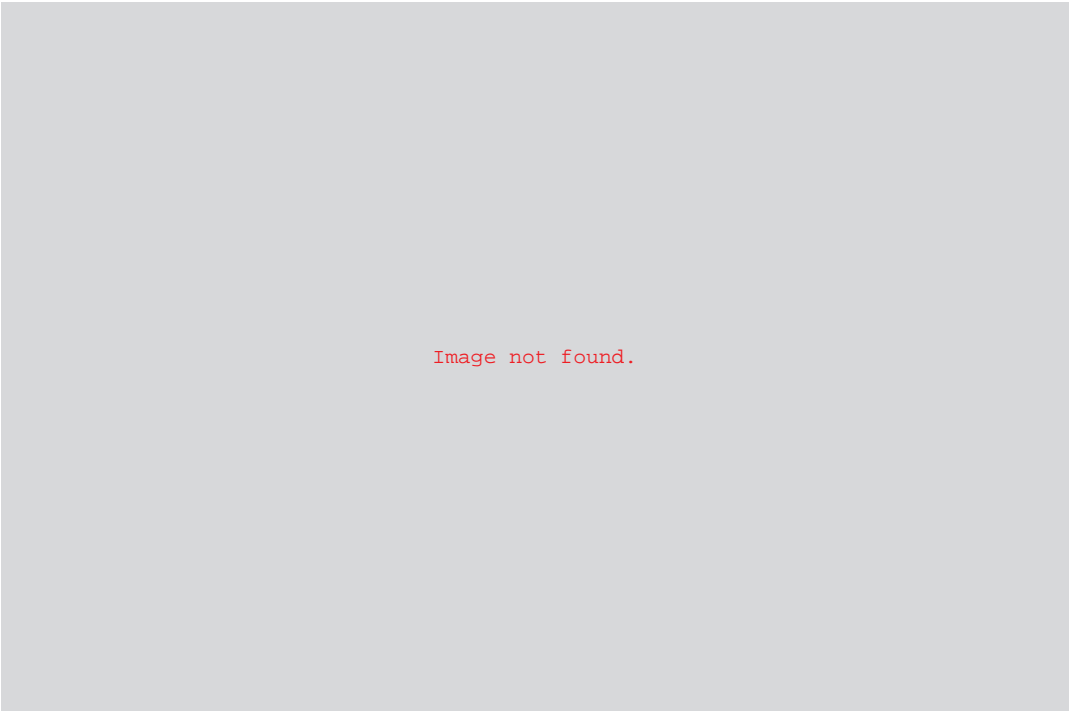


Image not found.



Image not found.

¡Muchísimas gracias por su apoyo y por haber leído hasta aquí!

¿Cómo están, personitas bellas al otro lado de las pantallas?

¿Qué les pareció el capítulo?

¿Qué creen que va a suceder ahora?

¡Espero que estén muy bien! Teby y yo les deseamos una muy feliz cuarentena :)

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 27

Capítulo 27: La erupción

Image not found.

Tamara se había marchado en mitad de la noche tan sigilosa como una sombra. El amanecer me devolvió el recuerdo de nuestra noche mágica. Llevaba las marcas en el alma y en la piel de aquel momento perfecto. Anhelaba volver a sentir su calor.

Entré a la ducha y dejé que el agua recorriera mi cuerpo llevándose consigo los restos de sangre. El contacto con el agua provocaba que me ardieran los cortes que Tamara me había hecho, incluso las heridas de mis brazos volvieron a abrirse.

Salí del baño con las muñecas envueltas en un vendaje improvisado de papel higiénico. La habitación parecía la escena de un crimen. Esperaba no tener que dar demasiadas explicaciones al personal de limpieza del hotel.

A pesar de que era un día bastante caluroso, opté por ponerme una camisa negra de mangas largas para bajar a desayunar. Encontré a los hermanos Nairov en el pasillo apenas salí de mi habitación y me apresuré a cerrar la puerta para que no vieran el interior.

—¿Qué tal dormiste? —preguntó Natasha y casi se me caen las llaves de la mano.

—Bien, ¿y vos? —dije tratando de sonar casual.

Intenté convencerme de que no tenía forma de saber lo que había sucedido anoche.

—No muy bien. Las cenizas no me dejaban respirar.

Sentí como si me saltara un escalón. ¿Acaso los restos de los

sahumerios de Tamara habían llegado hasta la habitación de Natasha?

Debo haberme puesto muy pálido porque Sasha agregó:

—No te preocupes. El volcán Puyehue está en Chile. Acá solo llegó una columna de cenizas.

—Seb me dijo que ayer lo llamó tu padre. Con todo el tema de la erupción no va a poder regresar hasta dentro de unos cuantos días porque no están saliendo aviones. Está pensando en volver en auto —explicó Natasha.

Al llegar a la recepción, Ailén se acercó hacia nosotros. El eco de sus tacones resonó por todo el lugar. Parecía preocupada.

—Tengan cuidado con las cenizas. No salgan ni abran las ventanas —dijo la recepcionista con el ceño ligeramente fruncido.

Miré hacia afuera. El paisaje se había teñido de blanco y el viento arremolinaba las cenizas que parecían fantasmas.

—¿Esto estará relacionado con el hecho de haber abierto las puertas del infierno en la isla Huemul? —le susurró Sasha a su hermana lo suficientemente fuerte como para que todos pudiéramos oírlo.

Natasha rió con la mirada perdida en los amplios ventanales. Parecía una imagen sacada de una película de fantasía.

—Dudo mucho que sus acciones tuvieran que ver con las manifestaciones de la Madre Tierra. Sin embargo, las cenizas pueden ser tóxicas y es mejor no inhalarlas —explicó Ailén.

Sasha se mordió el labio, pero no dijo nada hasta que nos alejamos de la recepcionista. El niño estaba convencido de que habíamos tenido algo que ver con la erupción del volcán, pero aunque yo no solía creer en las casualidades, me parecía una idea muy rebuscada.

Una vez en el salón comedor nos sentamos en una mesa junto a la ventana. Natasha y yo estábamos maravillados con el paisaje y no podíamos apartar la vista de él.

—Cambiando de tema, hoy tuve un sueño muy raro —agregó el pelirrojo, al darse cuenta de que llevábamos un tiempo ignorándolo.

—¿Qué soñaste? —pregunté sin mucho interés.

—Soñé que una niña bastante aterradora me decía que era tu hermana y que no teníamos que hacer magia porque si el agua se cubre de cenizas

se rompe la protección. Me despertaron las cenizas porque “alguien” dejó la ventana abierta —dijo y miró a su hermana con recelo—. Después me volví a dormir y soñé que las paredes del hotel eran de chocolate blanco. Sería genial que así fuera, aunque podrían derretirse en verano y habría que evitar que los turistas se las coman...

—Crisy tiene razón. Las cenizas podrían interferir con el agua —interrumpí.

—¿Tu hermana se llama Crisy? —preguntó Natasha alzando una ceja.

—Sí. Bueno, es el diminutivo de Cristina —expliqué.

—¿Ella dónde vive? ¿Por qué nunca la mencionaste? ¿Qué importa si alguien rastrea nuestra magia? —me interrogó Sasha.

Pasé una mano por mi nuca con resignación. No podía seguir manteniéndolos al margen de todo lo que sucedía.

—En pocas palabras, ella vive con mi madre, que si me encuentra va a asesinarme —dije y mis amigos me miraron atónitos.

—¿De qué me perdí? —preguntó Sebastián sentándose con nosotros para desayunar.

—No mucho, solo que Teby tiene una hermana pequeña que también es bruja. Se apareció en mis sueños para advertirnos que estamos en peligro porque el agua que nos rodea ya no es protección suficiente. Ah y su mamá quiere asesinarlo —explicó Sasha, hablando rápido y sin respirar.

Casi con seguridad Sebastián ya sabía todo. Sin embargo, fingió estar tan sorprendido como los Nairov. Ellos eran mi aquelarre y si iba a enfrentarme con el grupo oscuro de Amaia, necesitaba tener todos los aliados posibles. Especialmente con mi padre a más de mil kilómetros de distancia.

—Entonces no utilicemos nuestros poderes hasta que las cenizas se disipen o Andrés regrese —aportó Sebastián.

Todos estuvimos de acuerdo. Sin embargo, no podía dejar de pensar en el ritual que habíamos hecho con Tamara la noche anterior. Tal vez había sido contraproducente. Me sentía más fuerte, pero esperaba que no hubiéramos atraído al aquelarre de Amaia hasta nosotros.

Pasé el resto de la mañana respondiendo a las preguntas de Sasha. Estaba muy interesado en mi pasado y ya no tenía sentido seguir fingiendo frente a ellos. No sabía cuándo ni cómo, pero pronto tendría que enfrentarme a mis peores pesadillas y simplemente no quería hacerlo

solo.

—Teby, estás sangrando —dijo Natasha y me tomó del brazo con cuidado.

Me sonrojé y retiré mi mano de las suyas.

—¿Qué pasa? ¿Querés que hablemos? —preguntó en voz baja.

—No es nada. Fue un rasguño —mentí.

Me sentía muy incómodo. Quería irme de allí. Sin embargo, me quedé petrificado en mi asiento, al lado de Natasha mientras Sebastián le hacía una señal a Sasha para marcharse. En ese momento los odié por dejarme solo en una situación tan incómoda.

Natasha comenzó a darme un largo discurso en el que me instaba a que hablara con ella si me sentía mal porque comprendía que lo que estaba pasando no era sencillo para mí. Sin embargo, consideraba que cortarme a mí mismo no era la forma de lidiar con mis problemas. Dejar que pensara que me había autolesionado era más sencillo que explicarle que había sido Tamara quien me había herido, por lo que me limité a asentir mientras ella continuaba con su monólogo.

Image not found.



Image not found.

Muchísimas gracias por leer hasta aquí. Ya nos estamos acercando al final. Espero que estén disfrutando de la historia.

Teby y yo les mandamos un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 28

Capítulo 28: Sombras en el crepúsculo

Image not found.

Las cenizas reinaban en la isla desde los últimos días y, a pesar de nuestros intentos para que no entraran al hotel, se filtraban por doquier. Me ardían los ojos y mis heridas estaban tardando mucho en cicatrizar. Sasha se había recluso en su habitación con problemas respiratorios y su hermana lo acompañaba.

Aquella tarde Tamara y yo nos reunimos en la biblioteca. Nos encontrábamos sentados en el piso con la espalda apoyada sobre la pared. Ella me estaba leyendo un texto antiguo sobre magia celta en voz baja cuando Ailén entró y corrió hacia a nosotros tan rápido como sus tacones se lo permitían.

—¿Qué pasó? —dije frunciendo el ceño.

Temí por un momento que la condición de Susana hubiera empeorado.

—Miren —señaló el exterior a través de una ventana.

Me incorporé y miré hacia el lago. Un escalofrío recorrió mi cuerpo y se me erizaron los vellos de la nuca.

—¡No puede ser! —exclamó Tamara que también se había puesto de pie y observaba la escena con horror.

Envueltas en cenizas, se acercaban seis balsas de madera cuyos integrantes vestían de negro. Distinguí en uno de los botes a una mujer con el cabello negro hasta la cintura junto a una niña que yo conocía muy bien. Crisy y mi madre nos habían encontrado. El terror me había paralizado por completo y no me dejaba pensar con claridad.

—Tamara, avisa a tu padre y a los demás —ordenó Ailén.

Mi novia observaba a Crisy y a mi madre y su rostro estaba tan pálido como la muerte misma.

—¡Rápido! —gritó Ailén.

Tamara pareció reaccionar y salió corriendo de la biblioteca. Las cenizas danzaban amenazantes en el exterior anunciando el cumplimiento de mis peores pesadillas. La puesta del sol teñía el cielo y el lago de una inquietante tonalidad rojiza.

—¡Vamos! Te llevaré con mi abuelo. Él sabrá qué hacer hasta que pueda llegar Andrés —dijo Ailén y me arrastró de la mano.

Me llevó a través de la biblioteca, luego pasamos por la recepción y el salón comedor. Detrás de cada ventana por la que pasábamos podía distinguir al séquito de mi madre cada vez más cerca. El hotel parecía vacío y estaba envuelto en silencio. Me pregunté si ese sería el preludio del final de mi vida.

Corrimos por un pasillo que llevaba a las cocinas y llegamos al contrafrente del hotel por una salida de emergencia que jamás había visto. Las cenizas nos recibieron y nos hicieron toser. Mantener los ojos abiertos era un gran desafío.

El bosque de coníferas que rodeaba el hotel estaba en completo silencio y la bruma se deslizaba con solemnidad por las laderas de las montañas.

—Intentemos salir sin que nos vean. Llevemos el bote de Tamara al agua —añadió Ailén, señalando la pequeña balsa que estaba apoyada junto con sus remos sobre la pared.

La acomodamos en el suelo y colocamos los remos en su interior. La levantamos entre los dos con bastante dificultad. Era más pesada de lo que parecía, pero la única escapatoria que teníamos era salir por el costado de la isla intentando no ser vistos.

—¡Rápido! —apremió Ailén, intentando desenterrar los tacones de la tierra húmeda.

Entre el esfuerzo y las cenizas respirar se hacía casi imposible. Podía escuchar las voces y las pisadas de mis enemigos que acababan de llegar a la isla.

Ailén tropezó y ambos perdimos el equilibrio. Solté el pesado bote. Los cortes en mis muñecas se volvieron a abrir y la piel de mis manos y de mis rodillas se rasgó al caer sobre el terreno irregular.

Ailén gritó de dolor cuando la balsa aplastó su costado izquierdo. Estaba seguro de que la habían escuchado. Me incorporé con dificultad y ayudé a la joven que estaba tan magullada como yo. Escuché pisadas detrás de nosotros justo cuando acabábamos de volver a levantar la balsa.

Estábamos a unos pocos metros del agua, pero por desgracia nuestros perseguidores fueron más rápidos que nosotros. Soltamos el bote, que cayó con un fuerte estruendo. Tomé un remo y Ailén me imitó. Ya no tenía sentido huir. Teníamos que pelear.

Tres hombres mucho más grandes que yo nos alcanzaron. Agité mi remo con fuerza, para asustarlos. Sabía que era mi vida o la de ellos y no estaba dispuesto a rendirme sin pelear.

Uno de los hombres se acercó hasta Ailén y ella blandió su remo como si fuera una espada, pero él detuvo el golpe con el brazo y se lo quitó. Desarmada e indefensa, Ailén gritó y su voz se quebró antes de que aquel despreciable ser golpeará su cabeza con toda su fuerza.

—¡Nooo! —grité desesperado y con la mirada nublada por las lágrimas.

Ailén cayó con un ruido sordo y un charco de sangre comenzó a extenderse a su alrededor. Me lancé hacia la bestia que llevaba en las manos el remo con la sangre de mi amiga, pero me esquivó y asestó un golpe en mi hombro que me derrumbó.

El dolor era insoportable y no podía mover el brazo derecho. Intenté incorporarme con las mejillas cubiertas por lágrimas de ira y de dolor, pero me inmovilizaron. Uno de ellos sacó una cuerda de su mochila y me ató. Mientras soltaba patadas e insultos, me arrastraron por el bosque hasta uno de los botes en los que habían llegado.

Amaia sonreía satisfecha. Subió junto con mi hermana y dos acompañantes a una de las balsas y se alejaron de la isla. El bote en el que me llevaban la siguió, al igual que los otros cuatro.

Había perdido mucha sangre y me sentía débil y mareado. Observé el hotel, pero al no encontrar ningún rostro conocido todas mis esperanzas se desvanecieron. Sentí cómo se me encogía el corazón. Tal vez Tamara y mis amigos habían sufrido la misma suerte que Ailén. Estaba absolutamente solo. Sentí que las fuerzas que me quedaban para luchar abandonaban mi cuerpo. El entorno se volvió negro y me rendí a las fauces del inconsciente.



Image not found.




Image not found.

Muchísimas gracias por leer este capítulo. Llegamos al antepenúltimo :o

¿Qué les parece la historia hasta el momento?

¿Cuál es su personaje favorito hasta ahora?

Espero que estén muy bien.

Teby está desmayado, pero si pudiera les mandaría un abrazo muy grande.

¡Nos leemos pronto!

Capítulo 29

Capítulo 29: El lamento de las *banshees*

Image not found.

Me encontraba hecho un ovillo en el fondo de la canoa que me transportaba hacia un destino incierto y tenebroso. Las pesadillas se alternaban con una realidad aún más aterradora y durante los intermitentes momentos de lucidez me sentía mareado y embotado. Lo atribuía a la pérdida de sangre, aunque no podía descartar que me hubiesen suministrado algún tipo de droga o bien que me hubieran hechizado de alguna forma.

Era imposible saber cuánto tiempo habíamos estado viajando, pero ya era noche cerrada cuando llegamos a tierra firme. Sin fuerzas para resistirme, dejé que dos hombres me levantaran y me llevaran a través de un bosque que me resultaba vagamente familiar.

El séquito de magos y brujas leales a mi madre me escoltaba portando velas negras encendidas. Era casi imposible seguir el hilo de las conversaciones, pero la emoción que les producía mi inminente sacrificio parecía ser el motivo de tanto revuelo.

—No puedo creer que la hayan mantenido engañada durante tantos años. No me gustaría estar en el lugar de Andrés ni en el del muchacho —dijo en voz baja alguien a pocos pasos de mí.

—¡Cuidado! Podría escucharte —lo reprendió su compañera.

Me dejaron caer de espaldas y un torrente de dolor se extendió desde mi hombro dislocado hacia mi espalda. Me rodeaban unas veinte personas. La más joven era Cristina, que permanecía de pie junto a Amaia. Ambas tenían el semblante sereno e inmutable. Los demás eran hombres y mujeres de distintas edades. Nadie parecía perturbado con la situación.

Entre los árboles distinguí las ruinas de piedra en donde mis amigos y yo habíamos intentado comunicarnos con los espíritus guiados por

Tamara. Me parecía que aquello había sucedido hacía siglos. Ahora, posiblemente ellos estarían muertos. Aquella construcción maldita sería testigo de mi final y la isla Huemul se convertiría en mi tumba.

Mi madre dio una señal y los hombres que me habían cargado hasta allí me desataron. Saqué fuerzas de la nada para intentar escapar, pero me redujeron enseguida. Alguien colocó estacas en el suelo y me ataron a ellas con las piernas juntas y los brazos extendidos. Barajé la posibilidad de que fueran a crucificarme y comencé a gritar con todas mis fuerzas. La boca y la garganta se me llenaron de cenizas, pero no me detuve.

Alguien rasgó mi remera para dejar expuestos mi pecho y mi vientre. Esperaba que mi muerte no resultara demasiado dolorosa. Sin embargo, cada vez que cerraba los ojos, veía las imágenes de mi cuerpo desgarrado.

Sentí como si una fuerza invisible intentase estrangularme y se me quebró la voz hasta que ya no pude emitir ningún sonido. Las cenizas caían sobre mis ojos y hacían casi imposible que pudiera mantenerlos abiertos.

—Le robaste dieciséis años de vida a la muerte misma. Es justo que pagues por tu ofensa sirviéndola durante toda la eternidad. Aquel que controle la muerte tendrá dominio sobre la vida y hoy la muerte está de mi lado —sentenció Amaia.

Se arrodilló a mi lado con una daga en las manos. Apreté fuerte los ojos convencido de que iba a apuñalarme. Sin embargo, fue deslizándose muy despacio el filo del cuchillo por mi torso trazando el dibujo de una estrella de cinco puntas rodeada por un círculo.

No comprendí a qué se refería mi madre con sus palabras hasta que escuché los lamentos de las banshees. Siempre me habían atraído y asustado como solo lo oculto puede hacerlo. Parecía ser un juego del destino que me convirtieran en una de ellas. Imaginé cómo sería mi existencia a partir de ese momento. Vagando en la oscuridad de la noche para alimentarme del miedo a la muerte. Esclavizado por siempre sin obtener el descanso eterno ni la oportunidad de reencarnar en otra vida. Respondiendo eternamente a los deseos de la mujer que me dio la vida solo para privarme de ella.

Guiados por mi madre, todos los presentes comenzaron a recitar palabras para atraer a las banshees. Nunca había sentido tanto miedo. Recuperé la voz y pedí piedad por mi vida, pero mis palabras fueron acalladas por los llantos que parecían formar una triste melodía.

Estaban cada vez más cerca. Veía sus siluetas acercarse desde todos los rincones del bosque. De todas partes llegaban decenas de espectros

blancos con las facciones deformadas por el dolor. Lloraban en el desconsuelo de una agonía eterna.

Volví a gritar, pero el único resultado fue sentir cómo las cenizas se filtraban en mi boca e irritaban mi garganta. Un ataque de tos me obligó a detenerme. El calor de mi sangre parecía quemar mi piel helada. El pecho y los pulmones me dolían como nunca antes. Gritaba con todas mis fuerzas, pero el sonido parecía perderse y unirse al lamento de las banshees. Entonces lo supe. Todo estaba perdido.

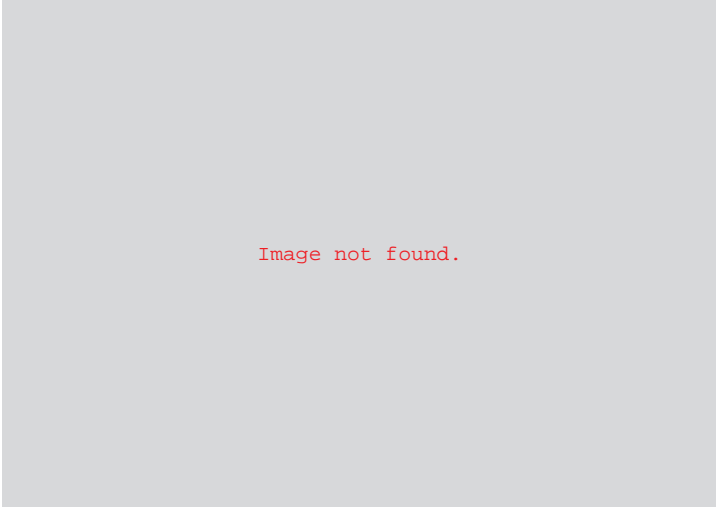


Image not found.



Image not found.

Muchísimas gracias por leer este capítulo. Ya estamos en el anteúltimo de esta historia.

Sus votos y comentarios me animan a seguir escribiendo <3

¿Qué les parece hasta el momento?

¿Qué creen que pase con Teby?

¿Qué habrá pasado con los demás?

Teby aunque está muy asustado les agradece por leer su historia y les manda un abrazo muy grande.

iBesotes!

iNos leemos pronto!

Capítulo 30

Capítulo 30: El poder detrás del poder

Image not found.

Los magos y las brujas que integraban el séquito de mi madre se arrodillaron y colocaron sus velas junto a ellos. Algunos me observaban con muecas de satisfacción o curiosidad, mientras que otros contemplaban a las banshees que estaban cada vez más cerca. Todos serían cómplices de mi final y no había ningún rastro de remordimiento en sus ojos. Mi nombre no sería más que un recuerdo al amanecer y mi ser sufriría la más cruel de las metamorfosis.

Los esbirros de la muerte atravesaron el aquelarre hasta llegar hasta su objetivo: yo. Estaba paralizado y ni siquiera era capaz de seguir gritando. Las cenizas no tenían piedad y mis lágrimas se convertían en arena sin salir de mis ojos. Casi no podía ver ni respirar, pero me aferraba a la vida con todo mi ser porque era lo único que me quedaba.

A través del cuerpo etéreo de uno de los espectros, observé cómo Cristina se ponía de pie. Al ser tan pequeña pasó desapercibida. Todos los ojos estaban puestos en mí y en las banshees que casi rozaban mi piel.

Recordé el ritual que Tamara y yo habíamos hecho. En nuestro rito de amor, cubiertos de sangre, Tamara había pedido protección para mí, pero también para Crisy. Quizás yo no tenía fuerzas para enfrentarme a Amaia, pero una pequeña chispa de esperanza afloraba en mi interior. Cristina y yo teníamos una enemiga en común. Era solo una niña, pero quizás tuviera el poder para ayudarme de alguna forma.

Me miró a los ojos y asintió con la cabeza. Tal vez, si tenía suerte, ella podría acabar con mi vida antes de que las banshees tomaran control sobre mi alma. Sin embargo, los planes de mi hermana eran muy diferentes.

Cristina se desprendió de su sombra que ganó altura y corporeidad. El ente de oscuridad que la niña controlaba hizo una señal y las banshees

detuvieron su marcha.

—¡Por favor, no lo hagas! —le rogó Amaia a Cristina.

Las damas de la muerte giraron sobre sí mismas sin dejar de llorar y se volvieron contra el grupo oscuro de mi madre. Algunos magos y brujas intentaron huir, pero uno a uno fueron cayendo tomándose el pecho y con expresiones de dolor. Incluso Amaia, a quien suponían aliada de la muerte, cayó sin vida. Tal vez ella nunca había tenido control sobre las banshees. Sin embargo, aquellos seres respondían a los deseos de Cristina.

Mi hermana permanecía de pie en medio de los cuerpos inertes con una expresión indescifrable en el rostro. Una vez que cumplieron su misión, las banshees se marcharon deslizándose al ras del suelo de la misma forma que habían llegado. Se adentraron en el bosque y su llanto se fue escuchando cada vez más lejano.

Cristina se arrodilló a mi lado y desató uno de mis brazos lo más rápido que sus pequeñas manos lo permitían. Temblando me deshice de las cuerdas que me apesaban y una vez libre retrocedí arrastrándome en la tierra hasta quedar sentado con la espalda apoyada contra un pino. La mayoría de las velas permanecían encendidas y dibujaban luces y sombras en los cadáveres del extinto aquelarre.

La criatura que acompañaba a la niña como si fuera su oscuro ángel de la guarda le susurró algo al oído y ella me lo transmitió.

—No te preocupes, papá pudo llegar al hotel gracias a sus antiguos aliados. Ya encontró a los demás que estaban encerrados y vienen en camino. No tardarán en llegar —dijo y me regaló una tierna sonrisa que me produjo un escalofrío.

Aquello significaba que mis amigos estaban vivos. Saberlo me reconfortó e intenté no preguntarme cómo Crisy era capaz de mantenerse tan tranquila después de la masacre de la que había sido autora. Me había salvado, pero qué sucedería si alguna vez dejaba de considerarme su aliado. Tenía solo cinco o seis años y su magia sobrepasaba a la de cualquiera que hubiese existido jamás.

La criatura a su lado volvió a camuflarse como una simple sombra. Tal vez fuera un ente creado por ella, pero algo me decía que aquello era mucho más que una simple invocación. El ser parecía contar con voluntad propia y eso me aterraba.

—¡Rápido! ¡Ponete de pie! ¡Los demás ya vienen! —apremió Cristina que

parecía emocionada y se levantó.

Hice acopio de todas mis fuerzas para incorporarme. Sentía que las piernas me podían fallar en cualquier momento y apoyé mi espalda en el grueso tronco del pino que tenía detrás.

Escuché pisadas y distinguí las luces de unas linternas entre la espesura. Uno a uno fueron apareciendo los rostros de todas las personas importantes para mí a las que creía haber perdido para siempre. Los primeros en llegar fueron los hermanos Nairov, que miraron con asco y asombro los cadáveres. Los siguieron Tamara y Sebastián que llevaba a Ailén de la cintura. La recepcionista tenía una venda en la cabeza y varios hematomas, pero estaba viva. Finalmente se hizo presente mi padre, secundado por Alfonso Aigam y Ariel. La sombra le había dicho a Crisy que mi padre había llegado gracias a la ayuda de antiguos aliados. Sin lugar a dudas se refería al viejo Al y a su nieto.

Las miradas de todos los presentes se alternaban entre los muertos, Cristina y las marcas en mi cuerpo. Nadie parecía comprender nada de lo que había sucedido. Incluso yo, que había estado presente cuando ocurrió, tenía dificultades para seguir el hilo de mis pensamientos. De alguna forma el destino se había torcido a mi favor gracias a mi pequeña hermana.

—Aquel que controle la muerte tendrá dominio sobre la vida —dijo Cristina, rompiendo el silencio de la noche y se arrodilló ante mí.

Un murmullo se extendió entre los presentes que poco a poco se postraron a mi alrededor. Me miraban con respeto y admiración, aunque también podía distinguir el miedo aflorando de su interior.

No entendía qué era lo que pretendía Cristina al darme el mérito de sus acciones. De pronto recordé la advertencia que me había hecho el rostro de Susana en el lago. Tenía que mantenerme alejado de Crisy. Estaba claro que la niña era muy peligrosa, pero había salvado mi vida y nuestros destinos ya se habían unido.

Busqué apoyo en los ojos de mi padre. Andrés Rochi por primera vez me observaba con profundo orgullo. A la vista de todos había acabado con el aquelarre más poderoso y con ello me había ganado una posición de liderazgo. Sin embargo, no sería más que un títere de quien realmente tenía el verdadero poder. Sería el rostro visible, pero también alguien reemplazable si no se cumplían los deseos del poder detrás del poder. Crisy sería el verdadero poder oculto y nada ni nadie en la tierra tendría la fuerza para enfrentarse a sus deseos.

El miedo se apoderó de cada fibra de mi ser. Quizás Tamara pudiera comprender lo que en verdad había sucedido. Ella tenía que saber qué

hacer. Siempre había sido como un faro que con su luz me guiaba cuando todo parecía perdido.

Estaba arrodillada ante mí y me observaba con auténtico terror. No quedaba ningún rastro del amor que alguna vez había visto en ellos. Sentí que mi corazón se rompía y me invadió la desesperanza. Mi destino había sido escrito y me había transformado en lo que mi padre y el viejo Al se habían esforzado en convertirme. Me había vuelto el líder del aquelarre aunque tan solo fuera en forma simbólica.

Cristina se levantó y se acercó a mí. Tomó mi mano y luego extendió su otra mano hacia mi padre. Se puso de pie y los tres quedamos tomados de la mano como si fuéramos una familia normal. Nuestra dinastía acababa de comenzar. Sin embargo, no estaba dispuesto a afrontar todo lo que vendría sin la compañía de Tamara. Imitando a mi hermana, extendí mi mano hacia mi novia que con las pupilas dilatadas por el miedo y una mano en su vientre se unió a mí. Mantenerla a mi lado por miedo era mejor que perderla por completo. Nunca iba a renunciar a ella. Yo sí la amaba.

□□□FIN□□□

Alejandra Abraham

Image not found.

Image not found.

Muchas gracias por acompañarme a lo largo de esta historia. Espero que la hayan disfrutado tanto como yo disfruté al escribirla.

¿Qué les pareció la historia?

¿Esperaban este final?

En el hipotético caso de que se convirtiera en trilogía, ¿qué personaje les gustaría que fuera el narrador principal?

Les mando un abrazo muy grande. Sus votos y comentarios son un gran incentivo para seguir escribiendo.

¡Nos leemos pronto!